
LA
D·I·S·T·A·N·C·I·A
ENTRE
TÚ Y YO
neo
KASIE WEST


LA
D·I·S·T·A·N·C·I·A
ENTRE
TÚ Y YO
neo
KASIE WEST

LA D·I·S·T·A·N·C·I·A ENTRE TÚ Y YO

KASIE WEST

Plataforma
Editorial



Título original: The Distance Between Us, originalmente publicado en inglés, en 2013, por HarperTeen, an imprint of HarperCollins Publishers, Nueva York

First Published by HarperTeen, an imprint of HarperCollins Publishers. Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Cover art © 2013 by Trevillion Images. Hand lettering by Sarah Jane Coleman. Cover design by Torborg Davern

Primera edición en esta colección: septiembre de 2016

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-16620-78-4

Adaptación de la cubierta en castellano: Lola Rodríguez

Composición: Grafime

Índice

CAPÍTULO 1

E stoy a punto de quemar la página con la mirada. Debería saber esto. Normalmente puedo analizar una ecuación con facilidad, pero hoy no soy capaz de encontrar la respuesta. Suena la campanilla de la puerta, así que me apresuro a ocultar los deberes debajo del mostrador y levanto la mirada. Veo que entra un chico hablando por el teléfono móvil.

Esto es nuevo.

No lo del teléfono móvil, sino lo del chico. No es que los hombres no suelan entrar en las tiendas de muñecas de porcelana… Vale, no, en realidad no lo hacen. Los hombres no suelen entrar en la tienda. Son una visión extraña. Cuando entran, caminan arrastrando los pies tras figuras femeninas y parecen extremadamente cohibidos… o aburridos. Pero este chico no parece ni cohibido ni aburrido. Se encuentra completamente solo, y se lo ve muy confiado. La clase de confianza que solo el dinero es capaz de comprar. Muchísimo dinero.

Sonrío un poco. Hay dos clases de personas en nuestro pequeño pueblo costero: los ricos y la gente que vende cosas a los ricos. Al parecer, tener dinero significa coleccionar cosas inútiles, como muñecas de porcelana (el adjetivo «inútil» jamás debería utilizarse cerca de mi madre para referirse a las muñecas). Los ricos son nuestra fuente constante de entretenimiento.

–¿Cómo que quieres que sea yo quien la elija? –dice el señor Ricachón al teléfono–. ¿No te dijo la abuela cuál era la que quería? –Suelta un prolongado suspiro–. Vale. Yo me encargaré.

Se guarda el móvil en el bolsillo y me hace señas para que me acerque a él. Sí. Me hace señas. Eso es exactamente lo que hace. Ni siquiera ha mirado en mi dirección, pero ha levantado la mano para mover dos dedos hacia él. Con la otra mano se rasca la barbilla mientras examina las muñecas que tiene delante.

Lo evalúo con la mirada mientras camino hacia él. Un ojo poco entrenado tal vez no captaría la riqueza que emana, pero yo la conozco bien, y el chico apesta a

ella. Tan solo el conjunto que lleva puesto probablemente cueste más que toda la ropa que hay en mi pequeño armario. Sin embargo, no parece caro; es un conjunto que trata de disimular a propósito lo mucho que cuesta: unos pantalones cargo y una camisa de botones de color rosa, con las mangas enrolladas. Pero la ropa está comprada en algún lugar especializado en conteo de hilos y puntadas triples. Es evidente que el muchacho podría comprar la tienda entera si quisiera. Bueno, él no, sus padres. No me había dado cuenta al principio, porque la confianza lo hacía parecer mayor, pero ahora que me encuentro más cerca de él puedo ver que es joven. ¿Tal vez de mi edad, diecisiete años? Aunque puede que tenga un año más que yo. ¿Cómo es que alguien de mi edad es ya tan experto en hacer señas? Habrá tenido una vida de privilegios, evidentemente.

–¿Puedo ayudarlo, señor?

Solo mi madre habría sido capaz de oír el sarcasmo que envenenaba esa única pregunta.

–Sí, necesito una muñeca de porcelana.

–Lo siento, se nos han acabado todas.

Muchas personas no entienden mi sentido del humor. Mi madre dice que soy demasiado irónica. Creo que eso significa que no le parecen graciosas las cosas que digo, pero también significa que yo soy la única que sabe siempre si estoy bromeando o no. A lo mejor, si me riera después de alguna broma, como hace mi madre cuando está ayudando a los clientes, más gente me comprendería, pero no soy capaz de hacerlo.

–Qué gracioso –dice, pero no lo hace como si pensara que es gracioso de verdad, sino más bien como si deseara que yo no hablara en absoluto. Todavía no me ha mirado ni una sola vez–. En cualquier caso, ¿cuál de estas crees que le gustaría a una mujer mayor?

–Todas.

Un músculo se tensa en su mandíbula, y entonces se gira hacia mí. Durante una fracción de segundo veo sorpresa en sus ojos, como si hubiese esperado tener delante a una anciana… la culpa es de mi voz, que es algo más grave de lo normal. Sin embargo, eso no le impide decir la frase que ya se está derramando

de sus labios:

–¿Y cuál te gusta más a ti?

¿Se me permite decir que no me gusta ninguna? A pesar del hecho de que es mi futuro inevitable, esta tienda es el amor de mi madre, no el mío.

–Me inclino por los eternos llorones.

–¿Disculpa?

Señalo la versión de porcelana de un bebé que tiene la boca abierta en un llanto silencioso y los ojos cerrados con fuerza.

–Prefiero no verles los ojos. Los ojos pueden decir muchas cosas. Los de estos muñecos dicen «queremos robarte el alma, así que no nos des la espalda».

El chico me recompensa con una sonrisa que borra todos los contornos duros y arrogantes de su rostro, dejándole un aspecto muy atractivo. Sin duda, debería convertir eso en algo permanente. Pero, antes de que termine de pensarlo siquiera, la sonrisa desaparece.

–Se acerca el cumpleaños de mi abuela, y se supone que tengo que comprarle una muñeca.

–Es imposible equivocarse. Si le gustan las muñecas de porcelana, le gustará cualquiera de las que tenemos.

Vuelve a mirar hacia la estantería de muñecas.

–¿Por qué los llorones? ¿Por qué no los que duermen?

Está mirando fijamente a una bebé de aspecto pacífico, con un lazo rosa en sus rizos rubios, las manos debajo de la mejilla y la expresión relajada.

Yo también la miro fijamente, y la comparo con el llorón que hay a su lado. El que tiene los puños apretados, los dedos de los pies curvados y las mejillas rosadas por la irritación.

–Porque esa es mi vida: gritar sin producir ningún sonido.

Vale, en realidad no he dicho eso. Pero lo he pensado. Lo que digo de verdad después de encogerme de hombros es:

–Los dos están bien.

Porque si he aprendido algo de los clientes es que en realidad no quieren que les des tu opinión. Quieren que les digas que su opinión es válida. Así que si el señor Ricachón quiere a la bebé dormilona para su abuela, ¿quién soy yo para tratar de detenerlo?

Niega con la cabeza, como si estuviera sacudiéndose un pensamiento de encima, y después señala un estante completamente diferente, lleno de muñecas de las que absorben el alma. La chica a la que señala está vestida con un uniforme escolar a cuadros y lleva de la correa a un terrier escocés negro.

–Creo que esa valdrá. Le gustan los perros.

–¿A quién? ¿A tu abuela, o a…? –Entrecierro los ojos para leer el cartel de la muñeca–. ¿O a Peggy?

–Es bastante evidente que a Peggy le gustan los perros –dice el chico, con el fantasma de una sonrisa bailando en sus labios–. Me refería a mi abuela.

Abro el armarito de abajo para buscar la caja de Peggy. Tras sacarla, tomo con cuidado a la niña y al perro del estante, junto al cartel con su nombre, y me dirijo hacia la caja registradora. Mientras la empaqueto cuidadosamente, el señor Ricachón señala la caja.

–¿Cómo es que el perro no tiene nombre? –Lee el nombre en la caja–: «Peggy y su perro».

–Porque la gente suele querer poner el nombre de sus queridas mascotas a los animales.

–¿De verdad?

–No. No tengo ni idea. Puedo darte el número del fabricante de Peggy, por si quieres preguntárselo.

–¿Tienes el número del fabricante de esta muñeca?

–No.

Introduzco el precio en la caja registradora y presiono la tecla de «Total».

–Eres difícil de entender –dice.

¿Por qué está tratando de entenderme? Estábamos hablando de muñecas. Me entrega una tarjeta de crédito, y yo la paso por la máquina. El nombre de la tarjeta es Xander Spence. ¿Se pronunciará como «Zander», con zeta, o «Xander», con equis? No voy a preguntárselo. En realidad, me da igual. Ya he sido lo bastante agradable. Esta conversación ni siquiera habría necesitado una lección de mi madre si hubiera estado aquí. A mi madre se le da mucho mejor que a mí esconder el resentimiento. Incluso es capaz de escondérmelo a mí. Supongo que se debe a años de entrenamiento.

Suena un teléfono móvil, y el chico se lo saca del bolsillo.

–¿Diga?

Mientras espero a que la máquina escupa el tique, abro el cajón que hay debajo de la caja registradora y guardo el cartel del nombre junto a los otros que hemos vendido este mes. Eso nos ayuda a recordar qué muñecas tenemos que volver a encargar.

–Sí, he encontrado una. Tiene un perro. –Escucha durante un minuto–. No. No es que sea un perro. Es que tiene un perro. La muñeca tiene un perro. –Hace girar la caja y mira la imagen de Peggy, ya que la verdadera Peggy está protegida en su interior–. Supongo que sí que es mona. –Me mira y se encoge de hombros, como si estuviera preguntándome si estoy de acuerdo. Asiento con la cabeza: sin duda, Peggy es mona–. Sí, acaba de confirmármelo la vendedora. Es muy mona.

Sé que no estaba diciendo que yo fuera mona, pero, tal como lo ha enfatizado, ha sonado como si fuera así. Bajo la mirada, arranco el papel y después le doy un bolígrafo al chico para que lo firme. Lo hace con una mano, y comparo la firma con la de la tarjeta antes de devolvérsela.

–No, no me refiero a… A ver, ella también, pero… Bueno, ya sabes lo que quiero decir. No pasa nada. Llegaré pronto a casa. –Suelta un suspiro–. Sí, después de ir a la panadería. Recuérdame que me vaya de casa cuando tu ayudante tenga un día libre. –Cierra los ojos con fuerza–. No me refería a eso.

Sí, por supuesto que me hace apreciar más las cosas. Vale, mamá, nos vemos pronto. Adiós.

Le entrego la muñeca dentro de una bolsa.

–Gracias por tu ayuda.

–No hay de qué.

Toma una tarjeta profesional del recipiente junto a la caja registradora y la examina durante un momento.

–¿«Y más»?

El nombre de la tienda es Muñecas y Más. Está preguntando qué otras cosas hay en la tienda, dado que solo ve muñecas. Asiento con la cabeza.

–Muñecas y más muñecas –respondo, y él inclina la cabeza hacia un lado–. Antes vendíamos pulseras, animales de peluche y esas cosas, pero las muñecas se pusieron celosas.

Me dirige una mirada que parece decir: «¿Estás hablando en serio?». Evidentemente, nunca se ha encontrado a nadie como yo en ninguna de sus salidas para «visitar a la gente común y apreciar más tu vida».

–Déjame adivinarlo: las muñecas os amenazaron con robaros el alma si no cumplíais con sus exigencias.

–No, nos amenazaron con liberar las almas de los clientes anteriores. No podíamos permitir eso.

Se ríe, cosa que me sorprende. Me siento como si me hubiera ganado algo que no muchas otras personas se han ganado, y sonrío aun a mi pesar.

Señalo la tarjeta con la cabeza.

–A mi madre le gustan más las muñecas. Se cansó de vender ratones de peluche.

Además, ya no podíamos permitirnos los extras. Teníamos que abandonar algo, y no iban a ser las muñecas. Y dado que estamos en un estado perpetuo de

bancarrota (con apenas dinero suficiente para mantenernos a flote), el nombre de la tienda y de las tarjetas profesionales sigue siendo el mismo.

Le da un golpecito a la tarjeta con el dedo.

–¿Susan? ¿Esta es tu madre?

Y eso es lo único que dice la tarjeta, su nombre de pila seguido por el número de la tienda, como si fuera una stripper o algo parecido. Siempre me da vergüenza cuando entrega tarjetas fuera de la tienda.

–Sí, señor.

–¿Y tú quién eres?

Me mira a los ojos.

–Su hija.

Sé que está preguntándome mi nombre, pero no quiero decírselo. Lo primero que aprendí de los ricos es que la gente común es para ellos una distracción divertida, pero nunca quieren nada que sea real. Y a mí me parece bien. Los ricos son otra clase de especie, que observo solo desde una distancia segura. No interactúo con ellos.

Vuelve a colocar la tarjeta en su sitio y da unos pocos pasos hacia atrás.

–¿Sabes dónde está la panadería de Eddie?

–A dos manzanas de distancia, en esa dirección. Ten cuidado. Sus magdalenas de arándanos tienen alguna clase de sustancia adictiva.

Asiente con la cabeza.

–Tomo nota.

CAPÍTULO 2

–No, no trabajamos con Barbies, solo con muñecas de porcelana –digo al teléfono por quinta vez. Pero la mujer no me escucha, y continúa diciendo que su hija se morirá si no le consigue la reina de las hadas–. Lo entiendo. Tal vez debería probar en el centro comercial.

–Lo he hecho, pero se les han acabado.

Murmura algo sobre que pensaba que éramos una juguetería, y después cuelga.

Dejo el teléfono en su sitio y miro a Skye poniendo los ojos en blanco, pero ella no se entera, porque está tumbada en el suelo, sosteniendo su collar en el aire y observándolo balancearse de un lado a otro sobre ella.

Skye Lockwood es mi mejor y única amiga. No es porque los compañeros del instituto sean mala gente ni nada parecido; simplemente se olvidan de que existo. Teniendo en cuenta que me marcho antes de la hora de la comida y nunca asisto a sus reuniones sociales, es normal que lo hagan.

Skye tiene un par de años más que yo y trabaja en el local de al lado, en una tienda que vende muchos «y más». Es una tienda de antigüedades llamada Tesoros Ocultos que yo llamo Basura Evidente. Pero a la gente le encanta esa tienda.

En el mundo de la ciencia, si Skye fuera un cuerpo anfitrión, yo sería su parásito. Ella tiene una vida, y yo finjo que es la mía. En otras palabras, a ella le gustan de verdad algunas cosas (música, ropa vintage ecléctica y peinados extraños), y yo finjo que esas cosas también me interesan. No es que las odie; es solo que realmente no me importan. Pero Skye me cae bien, así que ¿por qué no unirme a ella? Sobre todo porque no tengo ni idea de qué es lo que me gusta a mí realmente.

Paso sobre ella con un suspiro.

–¿Has averiguado ya las respuestas a las grandes cuestiones de la vida?

Skye utiliza a menudo el suelo de la tienda para tener divagaciones filosóficas, que en realidad es una forma bonita de decir «discusiones consigo misma».

Suelta un gemido y se pone el brazo sobre los ojos.

–¿Qué podría estudiar si fuera a la universidad?

Si dependiera de ella, se quedaría trabajando en la tienda para siempre, pero la universidad es muy importante para su padre, que nunca pudo asistir y ahora dirige una funeraria.

–¿Quejología?

–Ja, ja. –Se impulsa para quedarse sentada–. ¿Qué vas a estudiar tú cuando vayas?

Ni idea.

–Los efectos a largo plazo de las divagaciones filosóficas.

–¿Qué hay del arte del sarcasmo?

–Estoy convencida de que ya me he ganado el equivalente a un máster en eso.

–No, en serio, ¿qué vas a estudiar?

Oigo mucho esas palabras: «no, en serio», o «de verdad», o «venga, en serio». Son las palabras de alguien que quiere que le dé una respuesta real. Y yo no quiero darla.

–No he pensado demasiado en ello. Supongo que seré una de esas personas sin especialidad durante algún tiempo.

Vuelve a tumbarse.

–Sí, a lo mejor eso es lo que hago yo también. A lo mejor cuando vayamos a algunas clases encontraremos nuestro verdadero camino.

De pronto, se sienta y suelta un jadeo.

–¿Qué pasa?

–¡Deberíamos ir juntas a clase! El curso que viene. Tú y yo. ¡Sería increíble!

Ya le he dicho un millón de veces que no voy a ir a la universidad el próximo curso. Mi madre se opondrá a este plan (es la razón por la que no se lo he contado), pero voy a tomarme uno o dos años libres para poder ayudar a tiempo completo en la tienda. Sin embargo, Skye parece tan feliz que me limito a sonreír y asentir con la cabeza sin comprometerme a nada.

Comienza a cantar una canción inventada.

–Caymen y yo yendo juntas a clase, encontrando nuestro verdadero camino…

Su voz se suaviza y se convierte en un tarareo feliz mientras vuelve a bajar al suelo.

Un par de niñas pequeñas acaban de marcharse después de toquetearlo todo. Mi madre insiste en que, cuando la gente conoce el nombre de un muñeco, es más fácil que se enamore de él, así que hay un cartel enfrente de cada uno. Ahora las tarjetitas de los nombres están todas hechas un desastre, giradas y volcadas. Es muy triste que sepa que la tarjeta del nombre de Bethany está delante de Susie. Muy. Muy. Triste.

Suena el teléfono de Skye.

–¿Hola? No. Estoy en la tiendecita de los horrores.

Así es como llama a mi tienda.

Hay un momento de silencio antes de que continúe.

–No sabía que ibas a venir. –Se pone en pie y se reclina contra el mostrador–. ¿Ah, sí? ¿Cuándo? –Se retuerce un mechón de pelo en el dedo–. Bueno, estaba un poco distraída durante la serie. –La voz de Skye encaja con su nombre, ligera y etérea, lo que provoca que todo lo que sale de su boca suene dulce e inocente–. Entonces, ¿sigues aquí? –Rodea unas cunas de bebés y mesas cubiertas de mantas para dirigirse hasta el escaparate y mira al exterior–. Ya te veo… Estoy al lado, en la tienda de muñecas. Ven aquí.

Se guarda el teléfono en el bolsillo.

–¿Quién era?

–Mi novio.

–El novio. Entonces, ¿eso significa que por fin voy a conocerlo?

Sonríe.

–Sí, estás a punto de ver por qué le dije que sí en cuanto me pidió salir la semana pasada. –Abre la puerta principal de golpe, y la campanilla casi sale volando–. Hola, cariño. –Él la rodea con los brazos, y entonces ella se aparta–. Caymen, este es Henry. Henry, Caymen.

No sé si es que no estoy mirando con suficiente fuerza, pero realmente no veo gran cosa. Es flacucho, con el pelo largo y grasiento y la nariz puntiaguda. Unas gafas de sol cuelgan del cuello de su camiseta, de un grupo musical, y tiene una larga cadena enganchada a la hebilla del cinturón que le cae hasta la mitad de la pierna antes de desaparecer en su bolsillo trasero. Sin pretenderlo, calculo cuántos pasos le habrá costado llegar desde la tienda de Skye hasta la mía, y cuántas veces debe de haberle golpeado la cadena en la pierna.

–Qué pasa –dice a modo de saludo. Sí, en serio. Eso es lo que ha dicho.

–Eh… ¿nada?

Skye me dirige una amplia sonrisa que dice: «¿Ves? Sabía que te encantaría». Esta chica podría encontrar cualidades positivas hasta en una rata ahogada, pero yo todavía estoy tratando de hallar sentido a la pareja. Skye es guapa, aunque no tiene una belleza convencional. De hecho, la gente normalmente se para a mirarla primero porque les impresiona su pelo rubio y revuelto con las puntas rosa, el piercing con forma de diamante de su barbilla o su ropa alocada. Pero después siguen mirándola porque es impresionante, con sus penetrantes ojos azules y unos pómulos preciosos.

Henry está girando en círculo, mirando las muñecas de porcelana.

–Vaya, qué flipe.

–Sí, ¿verdad? La primera vez es un poco abrumador.

Miro a mi alrededor. Lo cierto es que sí que resulta un poco abrumador al principio. Las muñecas cubren casi cada centímetro de la pared, en una explosión de colores y expresiones. Todas nos miran fijamente. Y no solo se encuentran en las paredes, sino que el espacio del suelo es un laberinto de mesas, cunas y cochecitos abarrotados de muñecas. Si hubiera un incendio, no habría ningún camino despejado para llegar hasta la puerta. Tendría que apartar a los bebés de mi camino para escapar. Puede que sean bebés falsos, pero, aun así…

Henry camina hasta una muñeca con una falda escocesa.

–Aislyn –dice, leyendo el nombre de la tarjeta–. Yo tengo esta ropa. Debería comprar la muñeca para irnos juntos de gira.

–¿Tocas la gaita? –pregunto.

Me dirige una mirada extraña.

–Nop. Soy el guitarrista de Sapos Crujientes.

Ah, así que es eso. Es la razón por la que Skye está con él: siente debilidad por los músicos. Pero podría encontrar a alguien mucho mejor que un tío que parece haber sido la inspiración para el nombre de su grupo musical.

–Die, ¿estás lista?

–Sip.

¿«Die»? Tendría que preguntarle al respecto.

–Hasta luego, Caimán –dice Henry con una carcajada, como si hubiera estado guardándose el chiste sobre mi nombre desde el momento en que nos presentaron.

No iba a tener que preguntarle a Skye lo de «Die», después de todo. Es uno de esos tipos que ponen motes a todo el mundo.

–Adiós –Sapo Crujiente–, Henry.

Mi madre entra por la puerta trasera mientras ellos salen por la delantera. Lleva los brazos llenos de bolsas de la compra.

–Caymen, hay unas cuantas bolsas más; ¿puedes ir a por ellas?

Se dirige directamente hacia la escalera.

–¿Quieres que salga de la tienda?

Parece una pregunta tonta, pero realmente es muy especialita con eso de salir de la tienda. En primer lugar, porque las muñecas son caras, y si alguien robara alguna de ellas, sería una gran faena. No tenemos ninguna clase de sistema de vigilancia en vídeo, ni ninguna alarma en la tienda: sería demasiado caro mantenerlos. Y, en segundo lugar, mi madre le da mucha importancia al servicio al cliente. Si alguien entra en la tienda, se supone que no puede pasar ni un segundo antes de que le dé la bienvenida.

–Sí, por favor.

Suena como si le faltara aliento. ¿Mi madre, la reina del yoga, está sin aliento? ¿Es que ha estado corriendo?

–Vale.

Me dirijo hacia la puerta principal para asegurarme de que no viene nadie, y después voy a la parte de atrás a por el resto de la compra. Cuando la llevo al piso de arriba, paso por encima de las bolsas que ha dejado justo al otro lado de la puerta y a continuación dejo las mías sobre la encimera de nuestra cocina, del tamaño de una casa de muñecas. Ese es el verdadero tema de nuestras vidas. Las muñecas. Las vendemos. Vivimos en su casa… o al menos el equivalente en tamaño: tres habitaciones diminutas, un baño y una cocina en miniatura. Y estoy convencida de que el tamaño es la principal razón por la que mi madre y yo estamos tan unidas. Miro por el lateral de la pared y veo a mi madre tumbada en el sofá.

–¿Estás bien, mamá?

Se sienta, pero no se pone en pie.

–Solo estoy cansada. Me he levantado muy temprano esta mañana.

Comienzo a guardar la compra y meto la carne y el zumo de manzana congelado en el congelador. Una vez le pregunté a mi madre si no podríamos comprar

zumo embotellado, y me dijo que era demasiado caro. Yo tenía seis años, y fue la primera vez que me di cuenta de que éramos pobres. Y desde luego, no fue la última.

–Ay, cariño, no hace falta que guardes las cosas. Lo haré yo dentro de un momento. ¿Puedes volver a la tienda?

–Claro.

De camino hacia la puerta, llevo también a la encimera las bolsas que mi madre había abandonado en el suelo, y después me marcho. Mi cerebro tarda todo el trayecto hacia el piso inferior en recordar que cuando he ido a clase por la mañana mi madre seguía en la cama. ¿Cómo va a haberse levantado muy temprano, entonces? Miro por encima del hombro, hacia la empinada escalera, tentada de darme la vuelta y decirle que he descubierto su mentira. Pero no lo hago. Ocupo mi lugar detrás de la caja registradora, saco la lectura para clase de Inglés y no levanto la mirada hasta que suena la campanilla de la puerta principal.

CAPÍTULO 3

P or la puerta entra una de mis clientas favoritas. Es una mujer mayor, pero es muy ingeniosa y divertida. Tiene el pelo de un rojo intenso, a veces rozando el púrpura, dependiendo de cuánto tiempo haya pasado desde que se lo tiñó. Y siempre lleva un pañuelo al cuello, sin importar el calor que haga fuera. Estos días, el tiempo otoñal justifica ocasionalmente el uso de un pañuelo, y el de hoy es de un naranja brillante con flores púrpura.

–Caymen –me saluda con una sonrisa.

–Hola, señora Dalton.

–¿Está tu madre hoy, cariño?

–Está arriba. ¿Quiere que vaya a buscarla, o puedo ayudarla yo?

–Había hecho un pedido especial de una muñeca, y me preguntaba si ya habría llegado.

–Voy a comprobarlo. –Saco una carpeta del cajón de debajo de la caja registradora, donde anotamos los pedidos. Encuentro fácilmente el nombre de la señora Dalton, ya que solo hay unas pocas entradas, y la mayoría son suyas–. Parece que la entrega está programada para mañana, pero voy a llamar para asegurarme, no sea que venga usted para nada.

Hago una llamada y averiguo que la muñeca llegará mañana, después del mediodía.

–Siento haberte molestado. Tu madre ya me lo dijo, pero esperaba que hubiera suerte. –Sonríe–. Esta es para mi nieta. Su cumpleaños es dentro de unas semanas.

–Qué bien. Seguro que le encanta. ¿Cuántos años cumplirá la pequeña afortunada?

–Dieciséis.

–Ah. La pequeña afortunada… es mayor.

No sé qué más decir sin parecer maleducada.

La señora Dalton se ríe.

–No te preocupes, Caymen, tengo más regalos para ella. Este es más para complacer a su abuela. Le he comprado una muñeca todos los años desde que cumplió uno. Me resulta muy difícil romper las tradiciones, por muy viejas que sean.

–Mi madre le da las gracias por ello.

La señora Dalton se ríe. Siempre pilla mis bromas; tal vez porque ella también tiene un punto irónico.

–Es la única chica, así que la tengo muy mimada.

–¿Y qué tradición tiene para los chicos?

–Una patada en el trasero.

–Esa es una estupenda tradición. Creo que también debería comprarles una muñeca a ellos por sus cumpleaños. Seguramente se sienten excluidos.

Se ríe.

–Tal vez debería probar. –Mira la carpeta encima del mostrador con ojos tristes, como si esperase que la fecha cambiara mágicamente y su muñeca hubiera llegado ya. Abre el bolso y comienza a escarbar en él–. ¿Cómo le va a Susan?

Echo un vistazo hacia la parte trasera, como si mi madre fuera a bajar ante la simple mención de su nombre.

–Está bien.

La mujer saca un librito rojo y comienza a pasar las páginas.

–¿Mañana por la tarde, has dicho? –Asiento con la cabeza–. Vaya, no puedo.

Tengo hora para ir a la peluquería.

–No pasa nada. Se la guardaremos hasta que venga. Puede venir el miércoles, o cualquier día de esta semana, en realidad. Como usted prefiera.

Toma el bolígrafo negro que hay encima del mostrador y anota algo en el libro.

–A lo mejor puedo enviar a alguien para que la recoja por mí. ¿Podría hacerlo?

–Por supuesto.

–Se llama Alex.

Escribo el nombre de Alex en la línea de recogida.

–De acuerdo.

Me toma la mano y la aprieta con las suyas.

–Eres muy buena chica, Caymen. Me alegra que estés aquí para tu madre.

A veces me pregunto cuánto hablarán estas señoras con mi madre. ¿Qué es lo que saben sobre nuestra historia? ¿Saben lo de mi padre? Hijo consentido de una familia rica, salió corriendo antes de que mi madre pudiera terminar de decir: «Estoy embarazada. ¿Qué deberíamos hacer?». Mis abuelos paternos la obligaron a firmar unos papeles que ella no comprendía y en los que básicamente ponía que no podía ir tras él para pedirle la pensión alimenticia. Le dieron dinero para cerrarle la boca, dinero que acabó convirtiéndose en los fondos iniciales para abrir la tienda de muñecas. Y por eso no tengo ningún deseo en absoluto de conocer a la joya que tengo por padre. Aunque él ni siquiera lo ha intentado.

Vale, tal vez sí que tenga un pequeño deseo. Pero, después de lo que le hizo a mi madre, me parece mal.

Le aprieto las manos a la señora Dalton.

–Ah, ya me conoce, estoy compitiendo por el premio de Mejor Hija del Universo. He oído que este año te regalan una taza.

Vuelve a sonreír.

–Creo que ya te lo has ganado.

Pongo los ojos en blanco. Ella me da una palmadita en la mano, y después se toma su tiempo al salir de la tienda, examinando las muñecas a su paso.

Me siento en mi taburete y sigo leyendo un rato. Cuando dan las siete, echo un vistazo a la escalera por enésima vez. Mi madre no ha bajado, y eso es muy extraño. Casi nunca me hace quedarme aquí abajo sola si ella está en casa. Después de cerrar, bajar las persianas y apagar las luces, tomo el fajo de cartas y voy al piso de arriba.

La casa huele increíblemente bien. Huele como a zanahorias dulces cocidas y puré de patatas con salsa.

Mi madre está junto al fogón, removiendo la salsa. Justo cuando estoy a punto de saludarla, ella habla:

–Lo sé. Y ese es el problema. –Me doy cuenta de que está hablando por teléfono, así que me dirijo a mi habitación para quitarme los zapatos. A mitad de camino, oigo que dice–: Oh, por favor. No viven por aquí para mezclarse con la gente normal.

Debe de estar hablando con su mejor amiga. Ella no sabe que he escuchado a escondidas muchas conversaciones como esta, pero así es. Me quito los zapatos en mi habitación y vuelvo otra vez a la cocina.

–Huele muy bien, mamá –comento.

Ella da un salto, y entonces dice:

–Bueno, Caymen acaba de llegar. Será mejor que te deje.

Se ríe por algo que dice su amiga, y su risa es como una canción melódica.

A la cocina no le gusta que haya dos personas dentro al mismo tiempo, así que continuamente me ataca con los bordes de la encimera y las manijas de los cajones en las caderas y la parte inferior de la espalda. Enseguida abandono la idea de que vayamos a caber las dos, así que paso junto a la encimera para

dirigirme hacia la pequeña zona para comer.

–Siento no haber bajado contigo –dice tras colgar el teléfono–. Pensaba que sería buena idea hacer una cena caliente. Ha pasado ya algún tiempo desde la última vez.

Me siento y examino el correo que he traído.

–¿Es que es algún día especial?

–No. No hay ninguna razón.

–Gracias, mamá. –Levanto una factura de la luz dentro de un sobre rosa. No tengo ni idea de por qué eligen el rosa para los retrasos. ¿De verdad es el color que anuncia al mundo (o al menos al cartero): «Esta gente son unos fracasados y unos irresponsables»? Cualquiera pensaría que un amarillo vómito serviría mejor para hacer ese anuncio–. Aviso de cuarenta y ocho horas.

–Uf. ¿Es el único?

–Eso parece.

–Vale. Lo pagaré después por internet. Déjalo en la encimera.

Ni siquiera tengo que ponerme en pie para alcanzarla; está a menos de un brazo de distancia de la mesa. Mi madre lleva dos platos de comida humeante y coloca uno delante de mí. Hablamos mientras comemos.

–Ah, mamá, se me olvidó contarte lo del tío que entró en la tienda el otro día.

–¿Ah, sí?

–Me hizo señas para que me acercara.

–Seguro que solo estaba tratando de llamar tu atención.

Continúo.

–Además, nadie le ha enseñado a sonreír, y en algún momento hasta frunció los labios.

–Bueno, pues espero que te guardaras esos pensamientos para ti.

Toma un poco de puré de patatas.

–No, le dije que impartías clases de sonreír por las tardes. Creo que vendrá mañana. –Levanta los ojos de golpe, pero debe de darse cuenta de que estoy bromeando, porque suelta un suspiro a pesar de que veo que está tratando de ocultar una sonrisa–. La señora Dalton ha vuelto a venir hoy.

Esta vez me dirige una sonrisa de verdad.

–También vino la semana pasada. Se emociona mucho cuando está esperando a que le llegue alguna muñeca.

–Lo sé. Es muy mona.

Me aclaro la garganta y paseo el tenedor por el puré de patatas formando un remolino antes de mirar a mi madre.

–Siento haberte abandonado abajo hoy. Me he quedado inmersa en el papeleo aquí arriba.

–Tranquila.

–Sabes que aprecio mucho lo que haces, ¿verdad?

Me encojo de hombros.

–No es nada.

–Pues claro que sí. No sé qué haría sin ti.

–Creo que tendrías un montón de gatos.

–¿En serio? ¿Crees que sería una loca de los gatos?

Asiento lentamente con la cabeza.

–Sí. Eso, o muchos cascanueces.

–¿Qué? ¿Cascanueces? Si ni siquiera me gustan las nueces.

–No hace falta que te gusten las nueces para tener un montón de muñecos de madera con la boca enorme.

–Entonces, ¿crees que sin ti yo tendría una personalidad completamente diferente y me gustarían los gatos o los cascanueces?

Sin mí, tendría una vida completamente diferente. Probablemente habría ido a la universidad y se habría casado, en lugar de que sus padres la repudiaran.

–Bueno, pues claro. ¿Hola? Si no me tuvieras a mí en tu vida, no tendrías humor ni amor. Serías una mujer muy muy triste.

Vuelve a reír.

–Muy cierto. –Pone el tenedor encima del plato y se levanta–. ¿Has terminado?

–Sí.

Toma mi plato y lo coloca debajo del suyo, pero no antes de que me dé cuenta de que apenas ha comido. En el fregadero, se apresura a enjuagar los platos.

–Mamá, tú has cocinado. Yo limpiaré.

–Gracias, cariño. Creo que voy a irme a la cama a leer.

Tan solo tardo unos veinte minutos en limpiarlo todo. De camino a mi habitación meto la cabeza en el cuarto de mi madre para darle las buenas noches, pero veo que está profundamente dormida, con un libro abierto sobre el pecho. Debe de estar verdaderamente cansada hoy. A lo mejor sí que se levantó temprano, como me ha dicho, para hacer ejercicio o algo así, y después se volvió a la cama. Le cierro el libro, lo dejo sobre la mesita de noche y apago la luz.

CAPÍTULO 4

A l entrar en la tienda de muñecas al día siguiente, después de clase, me sorprende ver a un hombre de pie frente al mostrador. Lleva ropa oscura, tiene una barba también oscura y muy corta y está muy bronceado. Sí, desde luego tiene una temática oscura. Parece exudarla, y a pesar de ello mi madre tiene las mejillas rosadas y está sonriendo. Cuando suena la campanilla de la puerta, los dos me miran.

–Hola, Caymen –saluda mi madre.

–Hola.

–Bueno, ya nos veremos, Susan –dice el hombre extraño. Mi madre asiente con la cabeza, y él se marcha.

–¿Quién era ese? –pregunto, metiendo la mochila debajo de la caja registradora–. ¿Alex?

–¿Quién es Alex?

–El tío que se suponía que iba a recoger la muñeca de la señora Dalton.

–Ah, no, tan solo era un cliente.

Claro. Lo observo mientras pasa frente al escaparate. Un hombre soltero de cuarenta y pico años es cliente de una tienda de muñecas. Estoy a punto de decirlo, pero entonces mi madre habla:

–Me alegra que hayas venido. Tengo que ir a hacer un par de cosas en la oficina de correos antes de la una. –Toma dos cajas y un fajo de sobres y se dirige hacia la puerta trasera–. Ah, y la muñeca de la señora Dalton está en la parte de atrás.

–Vale, nos vemos luego.

La puerta principal se abre y levanto la mirada medio esperando que el «cliente»

de mi madre vuelva a entrar, pero quien aparece es Henry, con aspecto melancólico. No sé si es que se ha dado una ducha o que llevar la funda de una guitarra hace que un chico parezca más atractivo de lo que es, pero en cualquier caso de pronto queda un poco más claro lo que Skye ve en él.

–Hola, Caimán.

Uf. Probablemente se habrá olvidado de mi verdadero nombre.

–Hola, Sapo. Skye no está aquí.

–Lo sé. Esperaba poder tocarte una canción que he compuesto para ella. Para que me digas si crees que le gustará.

–Vale. Claro.

Se sienta en el suelo y saca la guitarra de la funda. A continuación, se reclina contra un armarito bajo, se estira y cruza las piernas por delante del cuerpo. Las muñecas en los estantes de cristal iluminados por encima de él y la cuna de madera que tiene al lado hacen que parezca que está preparando un vídeo musical psicodélico. Rasguea unos cuantos acordes, y después se aclara la garganta y comienza a cantar.

La canción es bastante buena, aunque roza lo cursi. El verso sobre cómo se moriría sin Skye hace que me entren ganas de reír, pero logro contenerlas. Sin embargo, cuando acaba de cantar comprendo completamente qué es lo que Skye ve en él. Estoy segura de que yo misma lo estoy mirando con ojos soñadores, así que cuando el sonido de alguien aplaudiendo rompe el silencio que hay después de la canción, se me encienden las mejillas.

Xander se encuentra junto a la puerta de entrada, y hoy parece incluso más rico todavía. Su aspecto consiste en pelo perfectamente peinado, ropa de diseño y unos mocasines Gucci de cuero sin calcetines debajo.

–Una canción genial –le asegura a Henry.

–Gracias –responde él, y después me mira buscando mi verificación.

–Sí, ha sido increíble.

Toma aire, aliviado, y después guarda la guitarra en su funda. Dirijo mi atención hacia Xander.

–Me han mandado a hacer otro recado –explica.

–¿Otro día en que mezclarte con la gente común te ayude a apreciar más tu vida?

Juraría que dije algo parecido la última vez, pero la expresión ofendida de su rostro me hace saber que probablemente tan solo lo pensara. Bueno, de todos modos solo ha sido una broma… más o menos. Si no es capaz de aceptar una broma, la culpa es suya.

–Más o menos –murmura.

Henry se pone en pie.

–La muñeca escocesa es mía, así que mantén las manos alejadas de ella.

Xander levanta las manos.

–No me interesa.

Tengo la sensación de que Xander piensa que Henry está hablando de otra cosa que no es una muñeca con falda escocesa, pero, ya que Xander no está interesado, en cualquier caso da igual.

Henry se dirige hacia la puerta.

–Cantaré la canción en nuestro concierto del viernes por la noche, ¿te apuntas? Vamos a tocar en Gritos Chillones, a las diez en punto.

Gritos Chillones es un bar de mala muerte a unas cinco manzanas de distancia, adonde van grupos de la zona a tocar para un público pequeño y básicamente borracho a cambio de poco o ningún dinero. A veces voy allí con Skye, pero en realidad no me hace mucha gracia.

Xander lo observa mientras se marcha y después vuelve a girarse hacia mí, con actitud profesional.

–Mi abuela me ha pedido que recoja una muñeca que ha encargado.

–¿Tu abuela?

Abro el libro de pedidos, preguntándome si se me habrá escapado alguno.

–Katherine Dalton.

–¿La señora Dalton es tu abuela?

–¿Por qué te resulta tan sorprendente?

Cierro la boca abierta. «Porque la señora Dalton es dulce, y tiene los pies en la tierra, y es increíble… Tú te tomas demasiado en serio a ti mismo, tienes una manicura perfecta, y lavas tu ropa con dinero (o al menos esa es la excusa que le doy para una postura tan buena).»

–Es solo que no tenía ni idea.

–Entonces, ¿es que nunca habla de su brillante nieto?

–Pensaba que iba a enviar a Alex.

–Yo soy Alex.

Ah. Claro. Xander. De Alexander.

–Entonces, ¿te llaman Alex o Xander? –En su cara aparece una sonrisita arrogante, como si pensara que lo había buscado en Google o algo por el estilo–. Tu tarjeta de crédito –añado, recordándole que la utilizó la última vez que vino a la tienda.

–Ah. Sí, me llaman Xander, pero mis abuelos prefieren Alex. Me pusieron el nombre por mi abuelo, y ya sabes cómo son estas cosas.

No tengo ni idea de cómo son estas cosas.

–Sí, claro.

–Entonces, hija de Susan… –Apoya los codos en el mostrador, mira una manzanita de madera que nos dio un cliente hace años, y comienza a hacerla girar como si fuera una peonza–. ¿Tienes mi muñeca?

Me río un poco al oír cómo suena eso.

–Sí, la tengo. Dame un momento. –Voy a buscar la caja de la habitación de atrás y la llevo hasta el mostrador. Me sorprende que mi madre no la haya abierto para inspeccionar la muñeca. A veces vienen con alguna grieta o rotas, y el servicio de transporte que utilizamos se responsabiliza de ello. Tomo un cúter de una taza plateada que hay junto a la caja registradora y corto la cinta de embalar–. Tan solo deja que me asegure de que no le hayan amputado ningún miembro durante el trayecto.

–Vale.

Saco la caja de la muñeca de la caja del envío, moviendo solo unas cuantas bolitas de porexpan en el proceso, y la abro con cuidado.

–«Mandy» –dice Xander, leyendo el nombre que aparece en la tapa.

–Mandy tiene buen aspecto. Tu abuela estará contenta. Supongo que será para tu hermana.

–No. Es para mi prima, Scarlett. La muñeca se parece mucho a ella… da un poco de mal rollo.

–¿Tu prima lleva calcetines de encaje y vestidos de punto?

–Bueno, eso no. Pero el pelo se parece… y, desde luego, tiene la misma mirada astuta que ella.

–Entonces, ¿tu prima tiene el pelo negro y al estilo bob, y va en busca de problemas?

–Exacto.

Deslizo la caja en su dirección por encima del mostrador.

–Saluda a tu abuela de mi parte.

–¿Y sabrá de parte de quién estoy saludándola?

–¿No lo sabe todo el mundo?

–Todo el mundo menos yo, al parecer.

Saca el teléfono móvil y presiona un par de botones.

–¿Qué estás haciendo? –pregunto.

–Voy a saludar a mi abuela de tu parte.

Pongo los ojos en blanco.

–Eso es trampa.

–No sabía que estuviéramos jugando a ningún juego. –Me ofrece la primera sonrisa del día, y de pronto me alegra que no suela emplearla muy a menudo. Es mucho más desarmante que cualquier arma–. Hola, abuela. Ya tengo tu muñeca… Sí, una señorita en la tienda me ha ayudado con ella. Dice que te salude de su parte… No, no es Susan. –Me río en voz alta–. Su hija. Pelo oscuro, ojos verdes.

Bajo la mirada, sorprendida de que sepa de qué color son mis ojos. Los suyos son castaños, con motas doradas. Aunque no es que me haya fijado.

–¿Dieciséis… o algo así? –Abre mucho los ojos, preguntando si ha acertado. Niego con la cabeza–. ¿Diecisiete? –Y medio–. ¿Caymen? –Me mira levantando las cejas, y yo me encojo de hombros–. Bueno, pues Caymen te manda un saludo… ¿Dulce? No sé si es dulce, pero desde luego tiene algo. –Permanece un rato en silencio–. Sí que me estoy portando bien. Deberías decirle a ella que se porte bien conmigo. Ni siquiera quería decirme su nombre… No, no es porque haya sido malo.

Adoro a la señora Dalton.

Escribo en el libro la fecha y la hora de recogida del pedido especial. Después, por alguna razón añado «ander» al «Alex» que había escrito antes. A continuación, cierro el libro y lo guardo bajo el mostrador. Xander sigue escuchando atentamente algo que le está diciendo su abuela. En un momento dado me mira a los ojos y levanta un dedo. Se mete la mano en el bolsillo y saca la cartera y una tarjeta de crédito sin mirarla siquiera.

–Ya la ha pagado –susurro.

Asiente con la cabeza y guarda la tarjeta.

Su abuela dice algo que le hace sonreír. Esa sonrisa… Pero bueno, ¿qué es lo que tiene esa sonrisa? Tal vez sean los dientes blancos y perfectamente rectos lo que la hacen tan increíble. Pero es algo más que eso. Es un tanto torcida, y una de las comisuras se levanta más que la otra. Y de vez en cuando, se muerde el labio inferior con los dientes superiores. Es una sonrisa muy expuesta, a diferencia del resto de su apariencia, que es una fortaleza.

–Oye, abuela, tengo que colgar. Caymen me está mirando, y seguramente estará preguntándose si voy a marcharme alguna vez de la tienda para que pueda seguir trabajando.

Es extraño oírle decir mi nombre. Lo hace parecer algo más que un cliente cualquiera, casi como si ahora nos conociéramos.

Se guarda el teléfono en el bolsillo.

–Caymen.

–Xander.

–¿Significa esto que he ganado el juego?

–No me había dado cuenta de que estuviéramos jugando a ningún juego.

Toma la muñeca y retrocede con esa sonrisa suya mientras se muerde el labio.

–Yo creo que sí.

CAPÍTULO 5

H ace cosa de un año, mi madre comenzó a organizar fiestas de cumpleaños para niñas pequeñas en la trastienda. En ese momento me pareció ridículo (y todavía sigue pareciéndomelo), pero tenía la idea de encargar muñecas sin terminar y hacer que las niñas vinieran y les dieran los últimos toques: ropa, color del pelo y de ojos, etcétera, para que así pudieran volverse a su casa con su muñeca personalizada. Al principio, mi madre les dejaba pintarles los ojos, pero al final el resultado siempre daba muy mal rollo. Así que ahora yo me quedo frente a la caja registradora pintando ojos mientras mi madre está en la fiesta de la trastienda y ayuda a las niñas a elegir los conjuntos y el pelo. En un buen día, terminamos con cien dólares en los bolsillos. La mayoría de los sábados tenemos suerte si cubrimos las pérdidas, porque mi madre es muy buenaza y deja que las niñas escojan más de las tres prendas de vestir permitidas.

Hoy creo que hemos ganado como veinte pavos, y deseo más que nada que dejemos de organizar fiestas los sábados. Pero a mi madre la hacen feliz –alguna tontería sobre las risas de los niños pequeños–, así que no me quejo. Las niñas salen de la tienda soltando risitas, aferrándose a sus muñecas recién vestidas y tocándolo todo a su paso. Mi madre se pasará las dos próximas horas limpiando la «sala de las fiestas», que antes conocíamos simplemente como la sala de descanso.

Levanto la mirada cuando Skye entra, con Henry detrás de ella.

–Anoche te echamos de menos –dice mi amiga.

Busco entre mis recuerdos, pero no encuentro nada.

–¿Qué pasaba anoche?

–Mi grupo tocaba en Gritos Chillones –señala Henry, con un tono de voz que deja claro que era evidente.

–Ah, sí. ¿Qué tal fue?

Skye sonríe.

–Me compuso una canción.

Henry deja la guitarra en el suelo y se sienta junto a ella.

–Hemos pensado que podíamos hacer una repetición de la noche.

–Genial –asiento, mirando la lista que hizo mi madre de la ropa de muñeca que se nos estaba acabando y marcando la que ya había encargado.

–No parece muy emocionada, pero sí que lo está –le dice Skye a Henry.

–Desde luego –le aseguro secamente.

El chico rasguea unos acordes.

–Caimán no tiene vida –canta.

Le lanzo el bolígrafo, pero necesito utilizarlo, así que camino hasta detrás de Henry y lo recojo del suelo.

Skye se ríe.

–Sí que tiene vida, Henry. Es solo que es muy aburrida.

–Teniendo en cuenta que paso contigo la mitad del tiempo, Skye, yo tendría cuidado con lo que dices.

–Caimán tiene una vida aburrida –canta el muchacho–. Necesita trabajo duro y esfuerzo.

–No, me parece bien el aburrimiento, gracias.

De hecho, estoy acostumbrada a mi monótona vida, y ahora solo siento la necesidad de arrancarme el pelo como una vez por semana.

Skye endereza una muñeca que hay en el estante detrás de ella.

–Pero en serio, Caymen, tendrías que haber venido anoche. ¿Por qué no lo hiciste?

–¿A qué hora llegaste a casa? –pregunto.

–No lo sé… a las dos o así.

–Pues por eso no fui. Tenía que trabajar esta mañana.

–Es como si ya fuera adulta –dice Henry.

«¿Y a ti quién te ha preguntado?»

–Tócale alguna canción, Henry. Una de verdad.

–Vale.

Mientras él comienza a tocar, Skye me quita el papel de las manos y lo deja sobre el mostrador.

–Tómate un descansito, anda. –Me arrastra hasta el suelo enfrente de Henry, y me mira mientras él canta–. Ah, alguien preguntó anoche por ti.

–¿Dónde?

–En Gritos Chillones.

–¿Quién?

–No lo sé, un chico que parecía como si fuera el dueño del sitio. Iba muy bien vestido, y tenía los dientes superblancos.

Por alguna razón, esa noticia hace que me recorra una oleada de miedo.

–¿Xander?

Se encoge de hombros.

–No lo sé. No dijo cómo se llamaba.

–¿Qué es lo que dijo?

–Bueno, lo oí mientras hablaba con otro tío detrás de mí. Le preguntó si conocía a una chica llamada Caymen, y el otro tío le dijo que no. Cuando me giré para

decirle que te conocía, ya se estaba alejando.

–¿Y se marchó?

–No, se quedó un rato. Escuchó a Henry mientras tocaba y pidió un refresco, y después se marchó.

Xander me estaba buscando. Eso no era bueno. El señor Ricachón y su estilo de vida completamente excesiva tenían que permanecer alejados.

–¿Estaba solo?

–No, iba con una chica. Tenía el pelo negro y corto… parecía aburrida. –¿Su prima, tal vez? Me encojo de hombros–. ¿Quién es?

–Nada, el nieto de una clienta.

–¿El nieto rico de una clienta rica?

–Sí.

–Deberíamos tener más amigos ricos. Llevaría nuestro entretenimiento hasta el próximo nivel.

–¿De qué estás hablando? –Señalo a Henry–. Esto es totalmente de primera clase. Tenemos nuestro propio músico personal.

–Pero si ni siquiera estáis escuchando mi canción –se queja él.

–Lo siento. Suena genial, cariño.

Henry deja de tocar y vuelve a guardar la guitarra en su funda.

–Caimán, voy a hacerte un favor.

–Por favor, no lo hagas.

–Escúchame. Voy a presentarte a un amigo mío. Podemos hacer una cita doble. –Echa un vistazo a Skye–. Tic. Es el vocalista de Sapos Crujientes.

Skye sonríe ampliamente.

–Ah, sí, es genial. Te va a encantar, Caymen.

–¿Tic? ¿Como el tictac de un reloj?

–No, como cuando te da un tic. –Henry pestañea con fuerza, imitando lo que supongo que es un tic–. No es su nombre real.

–No me digas –replico.

–Es cierto. Pero se me ha olvidado su verdadero nombre. En serio, seríais perfectos el uno para el otro. Te gustará.

Me pongo en pie y voy a por mi papel otra vez.

–No. No quiero salir. Y desde luego no quiero ir a una cita a ciegas con alguien llamado Tic que Henry piensa que es perfecto para mí.

–Por favor, por favor, por favor –suplica Skye, tirándome del brazo.

–Ni siquiera conozco a ese chico. Me sentiría patética.

–Eso tiene solución –dice Henry–. Le diré que venga a la tienda un día de esta semana para saludarte.

Me giro hacia él con rapidez.

–Ni se te ocurra.

–Eso suena como un desafío –señala con una risa.

–No, no lo es, Sapo. No lo hagas.

¿Estaría mal que le tirara una de las muñecas a la cabeza?

–No te preocupes. Lo haré con astucia. No le diré que quieres salir con él ni nada parecido.

–Bueno, eso está bien, teniendo en cuenta que no quiero salir con él.

–Ansiedad –canturrea Skye.

Henry vuelve a reírse y se pone en pie.

–No te preocupes, Caimán, estarás bien. Tan solo sé tú misma.

No puede haber dicho eso de «sé tú misma». Odio esa frase. Como si Yo Misma y Tic ya se hubieran conocido y se llevaran bien, y lo único que tuviera que hacer es asegurarme de que Yo Misma está ahí esta vez. No tiene lógica alguna.

–¿Estás lista para irnos, Die?

–Sí. ¡Nos vemos pronto!

Me dirige una sonrisa muy taimada y yo suelto un gruñido. Esto no mola nada. Van a enviar a un tío llamado Tic a mi tienda, y no puedo hacer nada para evitarlo.

CAPÍTULO 6

T ras una semana levantando la mirada ansiosamente cada vez que suena la campanilla de la puerta, comienzo a pensar que a lo mejor Skye ha logrado convencer a Henry para que no cumpla con su horrible amenaza de mandar a Tic a mi tienda. Pero entonces sucede un lunes por la tarde. Un chico entra en la tienda de muñecas sujetando una pila de papeles.

Tiene el pelo corto y rizado, y la piel de color moca. Un piercing en el labio atrae aún más la atención hacia sus gruesos labios. Lleva los vaqueros metidos en unas botas del ejército, y una camiseta que dice: «Mi grupo mola más que el tuyo». De una forma algo así como torturada, es en realidad bastante atractivo. Y demasiado guay para mí. Me pregunto por qué Skye no estará saliendo con él, porque parece pegar mucho más con ella.

–Eh –saluda. Tiene la voz ronca, como si acabara de despertarse o necesitara aclararse la garganta–. Henry me dijo que estaríais dispuestos a poner unos folletos en el mostrador para nuestro próximo concierto.

Mira a su alrededor.

–Seguro que a las señoras mayores les encantaría ir a un concierto de rock –digo.

Frunce el ceño.

–Sí, Henry parecía pensar… –Pierde el hilo de sus palabras mientras mira un bebé de porcelana dentro de un moisés–. A lo mejor me he equivocado de tienda.

–No, está bien. Déjalos aquí.

Camina hasta el mostrador, deja una pequeña pila de papeles encima y después me echa un vistazo. Debe de gustarle lo que ve, porque señala los folletos y dice:

–Deberías venir.

El folleto tiene la foto de un sapo que parece haber sido arrollado por un camión.

¿Quién demonios lo habrá diseñado? En su tripa pone «Sapos Crujientes», y en la parte de abajo, «El viernes por la noche, a las diez, en Gritos Chillones».

Tengo en la punta de la lengua algo sarcástico sobre los folletos listo para salir, pero me detengo.

–Sí, lo intentaré.

–Suena como si lo que quisieras decir realmente es que es lo último que querrías hacer. –Pestañea con fuerza, recordándome de dónde ha salido su mote–. Yo soy el cantante. ¿Eso hace que te entren más o menos ganas de ir?

Sonrío.

–A lo mejor un poco más.

–Me llamo Mason.

Mucho mejor que Tic.

–Caymen.

Por favor, no lo conviertas en un mote.

–Encantado de conocerte, Caymen. –Cinco puntos–. Entonces… ¿cuáles son las posibilidades de que te vea realmente el viernes por la noche?

Bajo la mirada otra vez hasta el folleto, y después la elevo hacia él.

–Bastante decentes.

Se tira del piercing del labio.

–Diles a las señoras mayores que va a ser una pasada.

–Lo haré.

Justo cuando se dispone a marcharse, mi madre sale por la puerta de atrás y el chico se detiene.

–Hola –saluda ella.

–Mamá, este es Mason. Mason, esta es mi madre, Susan.

–Hola, Susan, encantado de conocerte.

–Lo mismo digo. –Señala al techo–. Caymen, estaré arriba haciendo unas llamadas si me necesitas para algo.

Tiene los hombros hundidos, y lleva la mano hasta la barandilla de la escalera.

–¿Va todo bien?

–Sí, yo… Sí, estoy bien.

La observo marcharse, y después vuelvo a mirar a Mason.

Él le da unos golpecitos a los folletos sobre el mostrador.

–Nos vemos el viernes.

Se despide de mí con la mano mientras sale por la puerta.

Me muerdo el labio y miro el sapo del papel. Necesito un conjunto nuevo, o un corte de pelo nuevo. Algo nuevo. Me aseguro de que nadie vaya a entrar por la puerta principal, y después voy al despacho de mi madre para ver si ya ha rellenado el cheque de mi sueldo. Normalmente lo deja en un sobre encima del escritorio. No es demasiado, y le he dicho un millón de veces que me siento rara cuando me paga, pero ella insiste en hacerlo.

En el cajón de la derecha se encuentra el libro de cuentas, repleto de facturas y papeles sueltos. Lo saco y paso las páginas hasta el final, de donde la he visto sacar el cheque varias veces. Pero allí no hay nada. Comienzo a cerrar el libro, pero algo de color rojo me llama la atención. Examino la página y mis ojos se detienen en el último número, un «2.253» rojo. Eso es más de lo que gastamos en un mes. Lo sé porque yo me encargo a veces de las facturas.

El corazón me tamborilea descontrolado, y la culpa me dificulta la respiración. Estoy buscando mi sueldo y resulta que mi madre no puede permitirse pagarme. Estamos más que arruinadas. No me extraña que mi madre parezca tan estresada últimamente. ¿Significa eso que vamos a perder la tienda? Durante un solo segundo pienso en una vida sin la tienda de muñecas.

Durante ese único segundo me siento libre.

CAPÍTULO 7

M iro al espejo grande que cuelga en mi habitación. Por más que retroceda, no soy capaz de ver mi cuerpo entero. Mi habitación es demasiado pequeña. Me he alisado el pelo, me he puesto mis mejores vaqueros y una camiseta negra, y después mis botas moradas. Nada nuevo. Me he enfrentado al hecho de que esta no es una buena idea en absoluto. En ocho horas tengo que estar levantada y preparándome para trabajar. Sabiendo lo mal que van las cosas en la tienda, me siento culpable. Como si no hubiera hecho suficiente. Por centésima vez me digo que no tengo que quedarme demasiado rato, tan solo presentarme allí y después marcharme.

Mi madre pasa junto a mi habitación, y después retrocede.

–Pensaba que ya te habrías ido.

–No, y no tengo que hacerlo si me necesitas.

–Caymen, estoy bien. Y ahora vete de aquí. Estás genial.

Mientras recorro las cinco manzanas hasta Gritos Chillones, contemplo lo que me rodea. El pueblo parece el escenario de una película del oeste. Todas las fachadas de las tiendas están hechas de revestimientos verticales o ladrillos rojos. Algunas tiendas incluso tienen puertas batientes estilo saloon. Las aceras son de adoquines. Lo único que faltan son los postes horizontales para atar a los caballos enfrente de las tiendas. En lugar de eso, hay una calle ancha y plazas de aparcamiento en batería. El mar está a varias manzanas de distancia, pero en las noches tranquilas puedo oírlo, y siempre puedo olerlo. Respiro hondo.

A dos puertas de nuestra tienda de muñecas se encuentra el estudio de baile, y me sorprende ver que tiene todas las luces encendidas a estas horas de la noche. Las ventanas están completamente abiertas, y en una noche tan oscura eso hace que todo en el interior esté tan claro como la pantalla de un cine. Hay una chica dentro, probablemente de mi edad, bailando frente a una pared llena de espejos. Los movimientos gráciles de su cuerpo demuestran que lleva años estudiando.

Me pregunto por qué algunas personas parecen nacer sabiendo lo que quieren hacer con su vida, mientras que otras, como yo, no tienen ni idea. Suelto un suspiro y continúo caminando hacia el local.

Esta noche, Gritos Chillones está lleno de gente de la zona. Reconozco a algunos del instituto, así que asiento con la cabeza en señal de saludo. El escenario apenas podría llamarse así; es más bien una plataforma desvencijada. La zona que hay a su alrededor está llena de mesas desparejadas, y la barra se encuentra junto a una pared. Hay tanta gente que realmente me cuesta dar con Skye.

–Hola –me saluda cuando la encuentro. Su pelo está más rosa esta noche, y me siento apagada a su lado.

–Hola. Hay mucha gente hoy.

–Lo sé. Es genial. Debes de haber causado una buena impresión en Tic, porque justo estaba preguntando si ibas a venir.

Asiente con la cabeza en dirección a una puerta que hay junto a un lado del escenario, donde supongo que se estarán preparando los del grupo.

–¿Tenemos que llamarlo así?

Todavía no he decidido cuál es mi opinión sobre Mason, pero debe de haber alguna, ya que de lo contrario no estaría aquí en lugar de haberme quedado durmiendo.

–Sí, claro que sí, Caimán.

–Por favor. Tú también no, Die.

Se ríe.

–Lo sé, son horribles, ¿verdad? Aunque me hace mucha gracia cuando llamas «Sapo» a Henry.

–¿Y cómo van las cosas con Sapo?

–Muy bien.

Skye es extremadamente leal. Henry tendría que hacer algo horrible de verdad para que rompiera con él a estas alturas. Aunque no creo que vaya a hacerlo; aparte del atroz abuso de los motes, Henry es bastante decente.

Vuelvo a mirar al escenario, esperando a que lleguen sus ocupantes.

–Supongo que esta noche te enamorarás locamente de él, porque va a ponerse en plan estrella del rock contigo.

–Pues claro. –Sonríe–. Y tú te enamorarás locamente de Tic, porque su voz es como la miel.

Tiene razón. Al menos, con la parte de la miel. Desde que comienza a cantar, soy incapaz de quitarle los ojos de encima. Su voz tiene una cualidad suave y áspera que hace que quiera balancearme con el ritmo. Cuando escucho a Skye soltando unas risitas junto a mí, salgo finalmente del trance.

–Te lo dije –señala cuando la miro.

–¿Qué? Solo estaba escuchando. Es de mala educación no escuchar.

Vuelve a reírse.

Cuanto termina la última canción, Mason salta del escenario y desaparece en la parte de atrás con los otros chicos. Henry es el primero en salir, y se enrolla con Skye durante un rato justo delante de mí. Qué asco. ¿Por qué de pronto deseo tener alguien con quien enrollarme? Se me da bien estar sola. Prácticamente tengo dominado ese arte. Entonces, ¿qué ha cambiado? La sonrisa de Xander, mordiéndose un labio, pasa por mi mente. No. Aparto la imagen.

Cuando estoy segura de que si tomo una muestra de saliva de la boca de Skye el ADN será de Henry, digo:

–Vale, ya basta.

Skye se aparta, riendo, y Henry hace como si acabara de darse cuenta de que me encontraba ahí. Claro.

–¿Qué hay? –dice, y después se inclina hacia la barra y pide un agua con hielo. Toma el vaso y buscamos una mesa. No hay ninguna libre, así que nos quedamos

en una esquina, hablando.

Al final, Mason sale y me pasa un brazo alrededor del cuello. Su camiseta está pegajosa a causa del sudor, y casi revierte el efecto que han tenido sus canciones en mí.

–Eh, Caymen, has venido.

–Aquí estoy.

–¿Qué tal lo hemos hecho esta noche?

–Muy bien.

–¿Te has traído a alguna señora mayor?

Mira a nuestro alrededor, como si fuera una posibilidad real.

–Casi, pero lo canceló en el último minuto. Supongo que hay algún grupo de heavy metal tocando en el centro esta noche.

–¿Qué grupo? –pregunta Henry, y Mason empieza a reír.

–Era una broma, idiota –dice.

–No me llames idiota.

–Pues no actúes como si lo fueras.

Henry arruga los labios.

–No eres idiota, cariño –dice Skye, y entonces comienzan a enrollarse otra vez. Puaj. ¿En serio?

–¿Quieres algo de beber? –pregunta Mason, y me dirige hacia una mesa que acaban de dejar libre.

–Sí, por favor.

Me siento, y él vuelve con dos botellas de cerveza. Me tiende una y yo levanto una mano.

–Ah, no bebo alcohol. Tengo diecisiete años.

–¿Y qué? Yo tengo diecinueve.

–Mi madre dice que antes de que cumpla los dieciocho todavía tiene el derecho de asesinarme.

Mi madre siempre me dice que le eche la culpa si alguna vez me encuentro en una situación incómoda. Parece funcionar bien.

Mason se ríe.

–Vale, no pasa nada.

Se sienta junto a mí, y lo observo beber durante un minuto.

–Voy a por agua –digo.

–Ah. –Se pone en pie de un salto–. Siéntate; yo te la traigo.

Lo observo alejarse, y no soy capaz de decidir si me siento agitada porque estoy hablando con el vocalista de un grupo o porque es Mason. Cuando otras dos chicas se acercan a él junto a la barra y él se gira para hablar con ellas, me doy cuenta de que se trata de la primera opción. Después de todo, apenas lo conozco. Me hace sentir muy superficial.

El camarero le tiende el vaso de agua con hielo, pero Mason continúa hablando con ellas.

De repente, me pongo en pie. Debería irme. Tengo que levantarme temprano.

Camino hasta el lugar donde habíamos dejado a Skye y a Henry y le doy unos golpecitos en el hombro a mi amiga.

–Oye, me marcho.

Ella se aparta de Henry.

–Espera. –Mira a su alrededor y encuentra a Mason–. No, no te vayas. Siempre lo atacan un montón de chicas. No es culpa suya.

–No estoy preocupada por él. No me marcho por eso. –Al menos, así es como intento convencerme a mí misma–. Es solo que tengo que trabajar por la mañana. Nos vemos pronto.

Me alejo para despedirme de Mason, y oigo que Skye dice:

–Espera, te acompañamos.

Mientras pasamos junto a Mason me despido con la mano y formo la palabra «adiós» con la boca, pero entonces Skye le dice:

–Vamos a acompañar a Caymen a casa.

Él me hace un gesto con la mano para que espere y asiente con la cabeza educadamente hacia la chica que tiene delante, terminando con la conversación que mantenían. Deja el agua con hielo que había pedido sobre la barra, y entonces camina hacia mí.

–Yo también voy.

Henry y Skye caminan por delante de nosotros, hablando en voz baja. Mason me pasa un brazo por encima del hombro; estoy aprendiendo con rapidez que es de los que toquetean mucho. Permanecemos en silencio durante una manzana.

–No sabía que tenías que marcharte tan pronto –dice al fin.

–Sí. Tengo que trabajar por la mañana.

–Volveremos a tocar el fin de semana que viene.

No sé si me está invitando o si solo lo dice por decir, así que asiento con la cabeza.

–Gracias –digo cuando llegamos a la tienda, y me saco las llaves del bolsillo.

Se inclina hacia mí y, como nunca se me habría pasado por la mente que fuera a tratar de besarme, por mucho que le guste toquetear, y encima con testigos, no me aparto con la suficiente rapidez y me siento aturdida cuando sus labios rozan los míos. Son increíblemente suaves.

–Oh, eh… vaya –digo, apartándome.

Él no se aparta y me mira a los ojos.

–Gracias por venir esta noche.

Su voz ronca hace que mi corazón vuelva a cobrar vida con un tamborileo, y de nuevo me sorprende mi reacción ante él.

–Vale, nos vemos.

Skye me sonríe, como si esto fuera lo más emocionante del mundo. Yo tan solo quiero escapar.

CAPÍTULO 8

L a tienda no abre hasta las nueve, pero, como si fueran un reloj, mis ojos se abren el sábado a las seis de la mañana. Trato de volver a dormir, pero mi cuerpo no quiere, así que miro fijamente al techo durante un rato, pensando en la noche anterior. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Mason pretendía besarme? ¿Me había girado hacia él mientras trataba de abrazarme o algo parecido? Mi cerebro tiene la necesidad de desmontar y reconstruir la noche de modo que adquiera sentido.

Se me ocurren dos posibilidades lógicas. Una es que se tratara de un accidente, y Mason fuera demasiado amable para decirlo. Y la otra es que realmente sea muy amistoso y bese a todo el mundo. Ahora que tengo algunas explicaciones razonables, me siento mejor. Tan solo espero que no nos encontremos durante un tiempo.

Tras una hora intentando volver a dormir sin éxito, salgo de la cama y me doy una ducha antes de que mi madre ocupe el cuarto de baño. Me pongo unos vaqueros y una camiseta y meto los pies en unas zapatillas negras de felpa. Con el cabello húmedo, voy a por la lista de pedidos que ayer dejé abajo para poder meterlos en el ordenador.

La comparo una vez más con la lista que había hecho mi madre. Todavía falta una hora para que abramos, así que, como tengo mucho tiempo para terminar de prepararme, me meto la lista en el bolsillo y me dirijo hacia el ordenador. Antes de llegar al escalón inferior, oigo un golpe en la puerta principal. Mi mano va de inmediato a mi pelo mojado, y mi cerebro piensa de inmediato que se trata de Mason. Pero esa posibilidad no encaja con ninguna de las explicaciones que se le habían ocurrido a mi cerebro. Las estrellas del rock demasiado afectuosas no aparecen en la puerta la mañana después. Todavía no hemos abierto, así que las persianas aún están bajadas sobre el cristal. No tengo que abrir la puerta.

Un segundo más tarde, suena el teléfono de la tienda.

Mason no tiene el número de la tienda, ¿verdad? ¿Se lo habría dado Skye? Descuelgo antes de que mi madre tenga oportunidad de responder en el piso de

arriba.

–Muñecas y Más, dígame.

–Hace una semana alguien me advirtió de que no comprara las magdalenas de arándanos de la panadería de Eddie, pero no la escuché y las compré de todos modos. Ahora tengo antojos insaciables a horas extrañas.

Me siento tan aliviada al comprobar quién está al otro lado de la línea que suelto una extraña combinación entre una risa y un suspiro, y después me aclaro la garganta con rapidez.

–Están adulteradas con sustancias adictivas.

–Ahora te creo. –Sonrío–. Y bien, ¿vas a dejarme entrar? Hace un poco de frío aquí fuera. Las compartiré contigo. –Mis ojos se dirigen rápidamente hacia la puerta–. Creo que esta magdalena tiene tu nombre… ah, no, lo siento, es el mío.

–Yo…

–No querrás que muera de hipotermia, ¿verdad? –pregunta.

–No creo que haga tanto frío aquí para eso.

Voy arrastrando los pies hasta la puerta para abrirla, y después la sujeto para que Xander pase.

–Hola.

Su voz resuena en el teléfono que sigo sujetando junto a la oreja. Presiono el botón de colgar.

Ha pasado tanto tiempo que casi había olvidado lo guapo… y lo rico que era. Pero es algo que va con él, al igual que el aire frío, cuando entra en la tienda. Vuelvo a cerrar la puerta con llave y me giro para mirarlo. Lleva una bolsa marrón de la panadería de Eddie y dos vasos de cartón con tapas.

–Chocolate caliente. –Levanta el vaso de su mano derecha–. O café. –Levanta el de la mano izquierda–. Tan solo he tomado un sorbito de cada uno, así que a mí no me importa.

Genial. A lo mejor la riqueza es una enfermedad contagiosa. Señalo su mano derecha.

–Chocolate caliente.

–Suponía que serías de las que prefieren el chocolate caliente.

Tomo el vaso de chocolate caliente que me tiende e intento que no note que me tiemblan las manos mientras lo hago. Eso significaría que el hecho de que haya aparecido de forma inesperada en mi puerta me ha pillado por sorpresa.

Mi mirada recorre todo su cuerpo. Me irrita que a estas horas de la mañana Xander parezca tan… despierto. Si lo viera en mitad de la noche, con el pelo revuelto por estar dormido y los ojos soñolientos, ¿tendría el mismo aspecto perfecto?

–Una mirada tan fija puede volver inseguro a cualquier tío.

–No es una mirada fija. Es una mirada observadora.

–¿Qué diferencia hay?

–La intención de una observación es obtener datos para formular alguna teoría o conclusión.

Inclina la cabeza hacia un lado.

–¿Y qué teoría has formulado?

«Que estás al menos un paso por delante de lo normal.» Un grueso anillo negro en su meñique choca con una mecedora cuando se gira para mirar a su alrededor, en la tienda oscura. Levanto las cejas. «Quizá sean dos pasos.»

–Que eres una persona mañanera.

Extiende los brazos a ambos costados, como si estuviera diciendo «eh, me has pillado».

–Yo también he hecho una observación.

–¿Y cuál es?

–Que tienes el pelo muy mojado.

Ah. Es cierto.

–Sí, bueno, es que has venido sin avisar. Yo no me despierto con un aspecto perfecto.

No como otros.

Entonces su cara muestra que se ha dado cuenta de algo, y espero a que lo exprese. Mira por encima del hombro, hacia la parte trasera.

–¿Es que vives aquí?

–Sí, hay un apartamento en el piso de arriba. –Ahora me siento confusa–. Entonces, si no sabías que vivía aquí, ¿por qué has llamado a la puerta antes de que abriera?

–Porque suponía que tendrías que venir temprano para prepararlo todo antes de abrir.

–Ahí es donde una buena cantidad de observación habría sido útil. –Se ríe–. No tienes ni idea de cuántas pesadillas puede ocasionar una tienda de muñecas de porcelana. A lo largo de los años he sido asesinada por muñecas de aspecto angelical de una multitud de formas diferentes.

–Eso es muy… morboso.

Me río.

–Y bien, ¿qué haces aquí?

–He ido a la panadería de Eddie. ¿No es evidente? Y como fuiste tú quien me llevó a probar el veneno, me parecía justo compartir la recompensa.

–Te gusta mirar las muñecas, ¿a que sí? Las echas de menos cuando no estás.

Me dirige una de esas sonrisas tan poco frecuentes.

–Sí, echo terriblemente de menos este sitio cuando no estoy aquí.

Dejo el teléfono sobre el mostrador, rodeo el vaso caliente con ambas manos y conduzco a Xander hasta el almacén. Me siento en el viejo sofá y pongo los pies sobre la mesita de centro. Él deja la bolsa de Eddie y su café en la mesa, junto a mis pies, se quita la chaqueta y se sienta junto a mí.

–Así que Caymen…

–Así que Xander…

–Como las islas.

–¿Qué?

–Tu nombre. Caymen. Como las islas Caimán. ¿Es el lugar favorito de tu madre para ir de vacaciones o algo así?

–No, es su tercer lugar favorito. Tengo un hermano mayor llamado Paris, y una hermana mayor llamada Sydney.

–Vaya. –Abre la bolsa, saca una magdalena y me la entrega. La parte superior brilla a causa del azúcar–. ¿En serio?

Desenvuelvo la magdalena con cuidado.

–No.

–Espera, ¿entonces no tienes hermanos mayores, o es que no se llaman así?

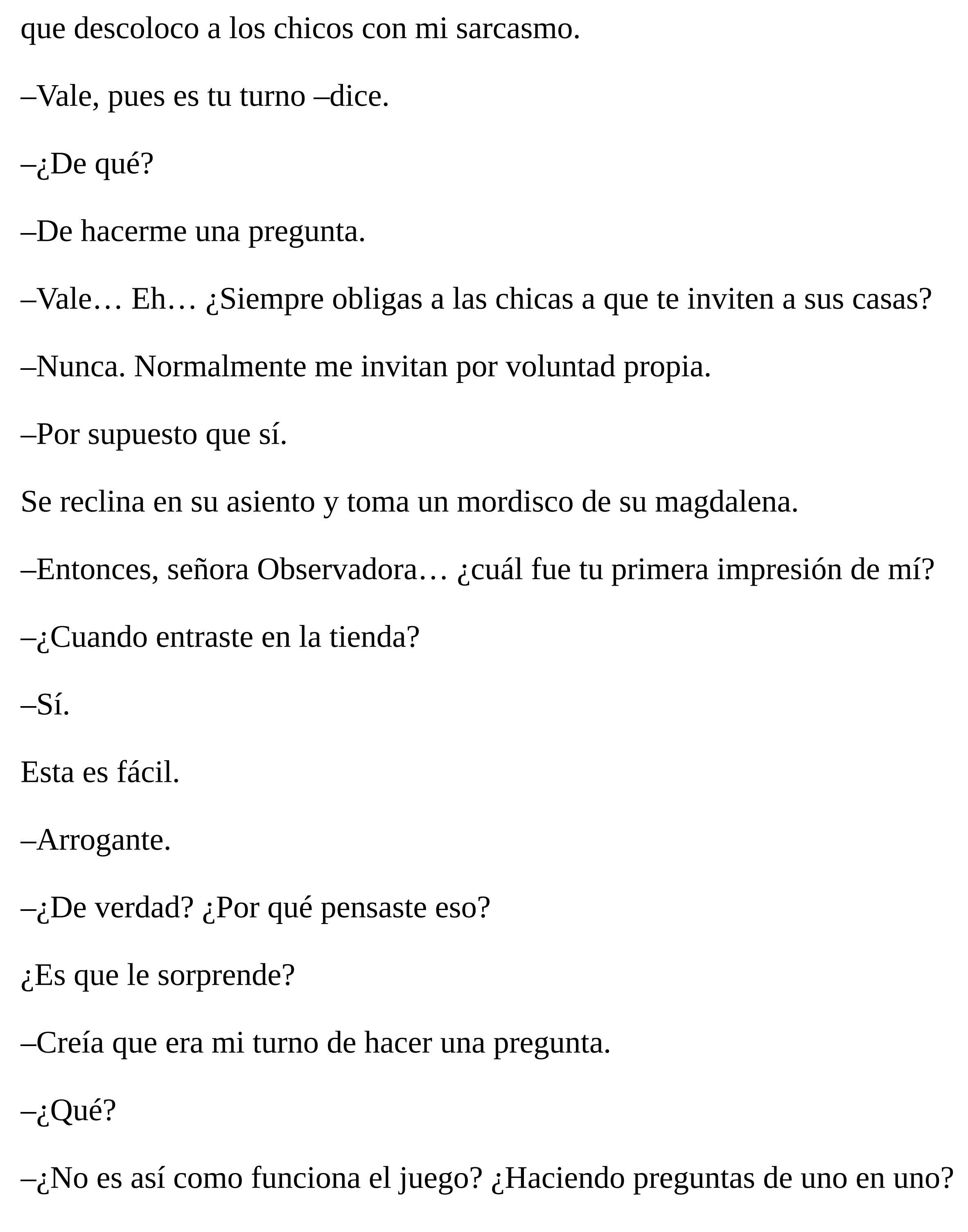
–Soy hija única.

Básicamente porque nací fuera del matrimonio y no tengo contacto alguno con mi padre. ¿Esa declaración haría que saliera corriendo? Probablemente. Entonces, ¿por qué no la he hecho en voz alta?

–Nota personal: Caymen es muy buena con el sarcasmo.

–Si estás tomando notas para un informe oficial, me gustaría que tacharas la palabra «muy» y la sustituyeras por «excepcionalmente».

Sus ojos se iluminan con una sonrisa que no llega a alcanzar del todo sus labios, pero eso parece significar que le resulto graciosa. Mi madre siempre me ha dicho



que descoloco a los chicos con mi sarcasmo.

–Vale, pues es tu turno –dice.

–¿De qué?

–De hacerme una pregunta.

–Vale… Eh… ¿Siempre obligas a las chicas a que te inviten a sus casas?

–Nunca. Normalmente me invitan por voluntad propia.

–Por supuesto que sí.

Se reclina en su asiento y toma un mordisco de su magdalena.

–Entonces, señora Observadora… ¿cuál fue tu primera impresión de mí?

–¿Cuando entraste en la tienda?

–Sí.

Esta es fácil.

–Arrogante.

–¿De verdad? ¿Por qué pensaste eso?

¿Es que le sorprende?

–Creía que era mi turno de hacer una pregunta.

–¿Qué?

–¿No es así como funciona el juego? ¿Haciendo preguntas de uno en uno?

Me mira con actitud expectante, y me doy cuenta de que no tengo ninguna pregunta. O tal vez es que tengo demasiadas. Como por ejemplo, ¿por qué está aquí en realidad? ¿Cuándo va a darse cuenta de que yo no me junto con los suyos? ¿Qué es exactamente lo que ha hecho que se interesara, para empezar? Si es que se trata de interés.

–¿Puedo ir a terminar de prepararme?

CAPÍTULO 9

–No. Vale, es mi turno. ¿Por qué te pareció que era arrogante?

Miro fijamente el doblez en la manga de su camiseta; una clara señal de que la han planchado. ¿Quién plancha las camisetas?

–Me hiciste un gesto para que me acercara –señalo, recordando el primer día.

Sus ojos castaños se dirigen rápidamente hacia los míos. Incluso sus ojos, con sus motas doradas, me recuerdan a su riqueza.

–¿Que hice qué?

–Quédate ahí. Voy a hacer de ti.

Camino hasta el extremo más alejado del almacén y finjo salir por una puerta, sujetando un teléfono móvil junto a mi oreja. Me pavoneo unos cuantos pasos, me detengo y miro fijamente la pared, y después levanto la mano y le hago señas para que se acerque. Espero a que se ría, pero cuando le echo un vistazo tiene una expresión mortificada en el rostro.

–Tal vez lo haya exagerado un poquito –digo, aunque en realidad no lo he hecho.

–¿Así es como me viste?

Me aclaro la garganta y regreso despacio hasta el sofá.

–Entonces, ¿eres el jugador de fútbol o el genio de las matemáticas?

–¿Perdona?

–Tu abuela fanfarronea mucho. Me estoy preguntando cuál de sus nietos eres.

–Soy el que no ha hecho gran cosa.

Toco la pata de la mesa con la zapatilla.

–Sabes con quién estás hablando, ¿verdad?

–Claro. Con Caymen.

Pongo los ojos en blanco.

–Me refiero a que yo soy la reina de no haber hecho nada, así que estoy segura de que te he superado con creces.

–¿Qué es lo que no has hecho que te gustaría hacer?

Me encojo de hombros.

–No lo sé. Trato de no pensar demasiado en ello. Estoy completamente satisfecha con mi vida. Creo que la infelicidad viene de las expectativas sin cumplir.

–Entonces, cuanto menos esperes de la vida…

–No, no es eso. Tan solo intento ser feliz y no desear poder hacer más.

Bueno, al menos estaba mejorando en ese objetivo. Y tener gente como él a mi alrededor solo sirve para recordarme todo lo que no tengo.

Se termina su magdalena y tira el envoltorio al interior de la bolsa.

–¿Y te funciona? ¿Eres feliz?

–Por lo general.

Levanta su vaso de papel en señal de brindis.

–Entonces, eso es todo lo que importa, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y muevo el pie hasta la mesita de centro. El formulario de pedidos que llevo en el bolsillo cruje con el movimiento, así que lo saco.

–Debería irme. Tengo trabajo que hacer antes de abrir.

–Claro. Por supuesto, yo también debería irme.

Titubea durante un momento, como si quisiera decir algo más, pero no lo hace. Me pongo en pie y él me imita y recoge su chaqueta. Lo conduzco hasta la puerta principal y la abro.

Mientras se aleja, me doy cuenta de lo poco que nuestra sesión de preguntas y respuestas ha revelado sobre cada uno. No tengo ni idea de los años que tiene, ni de a qué instituto va o qué le gusta hacer. ¿Nos hemos mantenido alejados de esas preguntas a propósito? ¿Hemos hecho preguntas ridículas y sin sentido porque en el fondo sabemos que no queremos conocer a la otra persona?

Presiona un botón de sus llaves, y el sofisticado coche deportivo plateado que hay frente a la puerta emite un «bip». Tan solo el coche ya responde a cualquier pregunta que podría tener acerca de él. No hace falta decir nada más. Abre la puerta, me lanza esa sonrisa, y me oigo gritar:

–¿Estás en el último curso?

Él asiente con la cabeza.

–¿Y tú?

–Sí. –Levanto la bebida–. Gracias por el desayuno.

–No es nada.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella. ¿Por qué?

Tardo varios minutos en apartarme de la puerta y dirigirme al piso superior. Mi madre está en el cuarto de baño, así que arrastro una silla hasta el viejo ordenador y comienzo a introducir los pedidos.

–¿Ha sonado el teléfono? –pregunta mi madre cuando sale a la zona del comedor, frotándose el pelo húmedo con una toalla.

–Sí. He respondido yo.

–¿Quién era?

–Nada, alguien preguntando a qué hora abríamos.

Y esta es la primera vez que le he mentido a mi madre, pues siempre nos lo contamos todo. Me siento sorprendida. Debería haber dicho algo como: «Era ese chico llamado Xander… sí, se hace llamar Xander a propósito; que lleva camisetas planchadas y joyas». Aquello habría sido divertido. Mi madre podría haber fingido que se sentía ofendida. Podríamos haber hablado de que probablemente se irá a cortar el pelo dos veces al mes. Me habría dado su educado discurso de «es mejor que no estemos con gente como esa», y yo habría estado de acuerdo. Y sí que estoy de acuerdo.

Entonces, ¿por qué no lo he hecho?

–¿Puedes terminar tú este pedido, mamá? El pelo se me va a secar fatal si no utilizo el secador.

–Sí, claro.

–Gracias.

Me encierro en el cuarto de baño y me presiono los ojos con las palmas de las manos. ¿Qué me ha detenido?

La lealtad.

No quería que mamá tuviera pensamientos negativos sobre él. De algún modo, ese chico ha logrado salir de la caja llena de gente que yo ya tenía marcada como «vedada» con un rotulador permanente, y se ha vuelto diferente. Y ahora, para mi gran irritación, siento alguna clase de lealtad hacia Xander Spence.

Tengo que cambiar esto de inmediato.

CAPÍTULO 10

E l lunes por la mañana me despido de mi madre con la mano y abro la puerta principal de la tienda. Mientras camino hacia el instituto, me fijo en un coche deportivo que parece igual que el de Xander aparcado un par de puertas más allá. Me inclino para mirar en su interior, y cuando vuelvo a enderezarme Xander se encuentra a mi lado. Doy un salto, y él me tiende un vaso de chocolate caliente y toma un sorbo del suyo.

Miro el vaso; el mismo que ayer.

–Tan solo lo quiero si tú bebes de él primero –digo, negándome a preguntarle qué está haciendo aquí. Aquello podría revelar que me importa.

Me quita el vaso, toma un sorbo y después me lo devuelve.

Me sorprende tanto que haya respondido a mi sarcasmo que no puedo evitar reírme.

–Creo que hay reuniones los jueves por la noche en Luigi's para los adictos a las magdalenas de Eddie. Si no funciona, he oído que hay una pastilla que podrías tomarte.

–Me temo que todavía no estoy dispuesto a renunciar a mi adicción –replica.

Le lanzo una mirada de soslayo. Todavía estamos hablando de magdalenas, ¿verdad?

–Lo siento.

–Y bien, ¿de quién es el turno para hacer preguntas? –dice.

–Mío –respondo, aunque en realidad no me acuerdo. Pero prefiero preguntar antes que responder.

–Vale, pues dispara.

–¿Tienes algún hermano?

Sé que no tiene hermanas, porque su abuela me dijo que tan solo tenía una nieta y él ya me ha dicho que es su prima.

–Sí, tengo dos hermanos mayores. Samuel tiene veintitrés años y acaba de graduarse en la Escuela de Derecho.

–¿De qué universidad?

–De Harvard. –Por supuesto–. Y mi otro hermano, Lucas, tiene veinte años y está estudiando la carrera.

–Son nombres bastante normales.

–¿Normales?

–No hay ningún Chet, ni un Wellington ni nada.

Levanta una ceja.

–¿Es que conoces a algún Wellington?

–Pues claro que no, pero seguro que tú sí.

–No, la verdad es que no conozco a ninguno.

–Hum… –digo.

–Vale, es mi turno.

Sonrío, pero me siento nerviosa al mismo tiempo. Realmente desearía poder controlar todas las preguntas que se hicieran. Así podría permanecer alejada de aquellas que no quiero responder.

–¿Llevas lentillas?

–¿Qué? ¿Esa es tu pregunta?

–Sí.

–Pues no, no llevo. ¿Por qué?

–Es que nunca había visto unos ojos tan verdes como los tuyos… pensaba que a lo mejor eran lentillas de color.

Giro la cabeza para que no vea mi sonrisa, y lo maldigo en secreto por hacerme sentir especial.

–¿Y tú llevas?

–Pues claro que no. ¿Crees que me pondría los ojos de un castaño aburrido a propósito?

–Esas motas doradas hacen que parezcan más de un color ámbar.

Quiero pegarme una patada por admitir que me he dado cuenta, sobre todo cuando su sonrisa se ensancha.

–Bueno, yo me quedo aquí –digo, y señalo el viejo instituto que está a mi derecha. Lo construyeron hace setenta y cinco años, y aunque su arquitectura es bonita y ya no se ve mucho, sin duda podría beneficiarse de algunas mejoras.

Contempla el edificio. Me muevo en mi sitio con incomodidad, preguntándome lo que estará pensando de él. Preguntándome por qué me importa lo que piense de él. Probablemente irá a uno de los institutos privados del pueblo. Sí, de verdad hay tanta gente rica aquí como para que hagan falta dos institutos privados en un pequeño pueblo de costa.

Vuelve a dirigir los ojos hacia mí.

–Nos vemos luego.

–¿Te refieres a que vas a estar aquí a las doce en punto para acompañarme a casa? Porque no sé si podré soportarte dos veces al día.

Suelta un fuerte suspiro.

–Y mi abuela piensa que eres simpática. –A continuación, frunce un poco el ceño–. ¿En tu instituto salís al mediodía?

–Bueno, no todos, pero sí, yo salgo al mediodía.

–¿Por qué?

–Eh… –Hago un gesto hacia la tienda–. Para trabajar.

Sus ojos se ensanchan.

–¿Te pierdes la mitad de las clases para trabajar en la tienda?

–No es para tanto… fue idea mía. Realmente no me molesta en absoluto ayudar. –Sé que estoy divagando porque en el fondo sí que me molesta, y un montón, así que corto mi lista de excusas y termino con un–: Será mejor que me vaya.

–Vale. Adiós, Caymen.

Da media vuelta y camina hacia su coche sin mirar siquiera atrás.

–Caymen –dice el señor Brown cuando entro en la clase de Ciencias unos minutos después.

–Lo siento, me he quedado atrapada en una enredadera con espinas y he tenido que desenredarme de sus garras.

En cierto sentido, es cierto.

–Aunque tus excusas son con diferencia las más creativas, no te llamaba por eso.

El resto de la clase ya ha comenzado con una práctica de laboratorio, y quiero hacerla. Parece que hasta hay elementos químicos de verdad.

El señor Brown debe de haberse dado cuenta de mi mirada, porque dice:

–Tan solo será un momento. –Camino de mala gana hasta su escritorio, y él desliza unos cuantos papeles hasta mí–. Esta es la universidad de la que te había hablado. Se especializa en Matemáticas y Ciencias.

Tomo los papeles.

–Ah, sí, gracias.

A principios de curso comprendí que es mejor seguirles el juego a los profesores acerca de la universidad que tratar de explicarles que voy a tardar un tiempo en ir. Meto los papeles en la mochila y ocupo mi asiento. Cuando comenzamos el curso teníamos un número impar de alumnos en clase, y el señor Brown pidió un voluntario para estar solo. Yo levanté la mano, porque prefiero hacer las prácticas sola para que nadie me las estropee. Es mucho más fácil no tener que depender de nadie.

* * *

A la mañana siguiente, Xander me está esperando otra vez en el exterior de la tienda, apoyado tranquilamente contra una farola, como si lleváramos toda la vida caminando juntos hasta el instituto. Toma un sorbo de mi chocolate caliente y a continuación me lo da mientras comenzamos a caminar.

Tomo un sorbo y me abraso la garganta al tragar. Esto no funciona. Necesito que Xander desaparezca, para poder volver a mi costumbre de burlarme de la gente como él. Para que deje de hacer que desee que llegue cada mañana.

–Entonces, señor Spence, tu hermano mayor es abogado, y el segundo va a una universidad muy cara. ¿Qué te depara el futuro?

–Soy un poco como tú.

–¿En qué universo?

Parece pensar que es una broma, y se ríe.

–Todo el mundo espera que me encargue del negocio familiar.

–¿Qué te hace pensar que es el mismo futuro que el mío?

–Tú trabajas allí, vives allí, ayudas a llevar la tienda… Estoy seguro de que tu madre piensa en ti como su futura sustituta.

Me había resignado a ese hecho hacía mucho, pero oír que otra persona lo dice

dispara algo dentro de mí.

–No voy a llevar la tienda de muñecas para siempre.

–Entonces será mejor que comiences a enviar señales diferentes. Pronto.

–Es más complicado que eso.

No puedo marcharme y hacer otra cosa. Mi madre depende de mí.

–Lo entiendo perfectamente.

Ahora es mi turno de reír. No puede entender perfectamente nada de mi situación. Es mucho más obvio, por su estilo de vida, que si deja atrás cualquiera que sea su «negocio familiar», este sobrevivirá. Las facturas de su familia se seguirán pagando. Tiene un futuro de posibilidades infinitas.

–¿Qué harás entonces? –me pregunta.

–No lo sé todavía. Me gusta la ciencia, pero ¿qué se supone que puedo hacer con eso? –Para saberlo habría tenido que crecer pensando que tenía elección en el asunto–. Y bueno, ¿por qué tú?

–¿Por qué yo?

–Sí, ¿por qué esperan que tú te encargues del negocio? ¿Por qué no tus hermanos?

–Porque yo no he hecho nada. No he manifestado mi potencial, de modo que mi padre lo ha hecho por mí. Dice que soy bueno en muchos campos, así que eso debe de significar que yo tengo que ser la cara del negocio. Así que me mandan al mundo exterior.

–¿Cuál es el negocio familiar?

Inclina la cabeza hacia un lado, como si estuviera intentando decidir si lo pregunto en serio.

–El Road’s End.

Trato de comprender el sentido de su frase.

–¿Tenéis un hotel?

–Algo así.

–¿Cómo que algo así? O lo tenéis o no lo tenéis.

–Hay como quinientos.

–Vale.

–Contándolos todos.

–Ah. –Entonces lo comprendo–. Son todos vuestros.

Joder. Este tío no es solo rico, es RICO. Todo mi cuerpo se tensa.

–Sí. Y tengo que prepararme para encargarme de uno de ellos algún día. Al igual que tú.

Al igual que yo.

–Somos prácticamente gemelos.

A estas alturas, ya estamos enfrente de mi instituto. Entonces, ¿por eso ha comenzado a pasar el tiempo conmigo? Quiero decirle que si piensa que ha encontrado alguna clase de conexión conmigo a través de nuestras situaciones «similares», debería pensarlo otra vez. Pero no soy capaz de decirlo, y no sé muy bien si es para no herir sus sentimientos o los míos.

–Nos vemos…

Esta vez soy yo quien se aleja primero y no mira atrás.

CAPÍTULO 11

P or primera vez desde que puedo recordar, hay dos clientes en la tienda. Es decir, dos grupos que no han llegado juntos, y los dos necesitan ayuda.

No se me dan muy bien los niños; tal vez sea esa la verdadera razón por la que me destierran a la «zona de pintar ojos» durante las fiestas. Así que, sin tener que hablarlo siquiera, mi madre se dirige hacia la mujer con la niña pequeña, mientras que yo camino hasta la señora de mediana edad.

–Hola. ¿Puedo ayudarla en algo?

–Sí. Hace un par de meses vine aquí… tal vez fuera más bien seis, no estoy muy segura… y había una muñeca.

Como no continúa, digo:

–Tendré que investigar al respecto. No nos gusta que entren muñecas en la tienda.

Suelta una risita poco entusiasta; más bien una risa nerviosa.

–Sé que tendría que ser más específica.

Camina por la pared del fondo, mirando atentamente todas y cada una de las muñecas.

Yo la sigo.

–Si me la describe, puedo comenzar a hacer una rueda de reconocimiento de sospechosos.

–Tenía el pelo negro y rizado, con un hoyuelo en la mejilla izquierda.

La mujer se está describiendo a sí misma: mucha gente se enamora de muñecos que se parecen a ellos. Examino a la mujer con un poco más de atención y trato

de pensar en alguna muñeca que tengamos que se parezca a ella.

–Tina –digo finalmente–. ¿Recuerda si estaba sentada?

–Sí. –La mujer me dirige una enorme sonrisa–. Sí, creo que se llamaba Tina.

–Debería estar por aquí. Déjeme que lo compruebe. –Voy hasta la esquina de la tienda donde vi a Tina por última vez, pero no la encuentro–. Voy a mirar en la parte de atrás.

Casi siempre volvemos a pedir la misma muñeca cuando se vende con facilidad.

La pared lateral del almacén está llena de estantes, y en ellos hay cajas lo bastante grandes como para guardar una única muñeca. En el extremo de cada caja hay un nombre escrito; es como nuestra propia cripta de muñecas de porcelana. A media altura veo el nombre de Tina. Arrastro la escalera hasta allí y bajo la caja, que parece muy ligera.

En el suelo, tras escarbar entre las bolitas de porexpan, descubro por qué: no hay ninguna muñeca. Qué raro. Me quedo allí durante un momento, confundida y sin saber qué hacer, y después salgo al exterior e interrumpo a mi madre en mitad de una frase.

–Perdona, mamá, ¿podemos hablar un momento?

Levanta un dedo en mi dirección, y cuando termina de hablar con la clienta, camina conmigo hasta detrás de la caja registradora.

–¿Qué pasa?

–He ido a sacar a Tina de su caja, pero parece que la han abducido.

–Ah, sí, lo siento. La vendí hace tiempo… debí de olvidar poner la placa de su nombre en el cajón.

–Ah, vale, es que me he asustado. Le diré a la clienta que podemos pedírsela.

Comienzo a alejarme.

–Caymen –dice mi madre, manteniendo la voz baja.

–¿Sí?

–¿Podrías intentar vender lo que tenemos en existencias antes de encargar otra muñeca?

Asiento con la cabeza. Por supuesto. Eso tiene más sentido que cualquier cosa de las que han pasado en los últimos cinco minutos. Mi madre quiere vender lo que tenemos en inventario antes de hacer más pedidos de muñecas. Es una buena idea para sacarnos del agujero, y de hecho me alivia un poco saber que tiene un plan para solucionar el gran número rojo en su libro.

–Lo siento –le digo a la señora–. Tina ha encontrado otro hogar, pero sé que le encantarán otras muñecas que tenemos muy parecidas a ella. Déjeme que le muestre mi favorita.

Lo de «favorita» era un término relativo, que significaba que era la que me parecía menos inquietante.

La mujer no muerde el anzuelo. Tras enseñarle cinco muñecas que se parecen mucho a Tina, se muestra visiblemente molesta. La voz comienza a temblarle, y sus mejillas se oscurecen un tono.

–Es que de verdad que quiero a Tina. ¿No hay alguna forma de encargarla? ¿Tenéis algún catálogo?

Mi madre, que acaba de despedirse de sus clientas, se une a nosotras.

–¿Puedo ayudarla en algo?

–Teníais una muñeca que quería comprar, pero ya no está.

–Tina –le recuerdo a mi madre.

–¿Le ha enseñado Caymen algunas otras muñecas?

–Sí, pero esas no me gustan.

–¿Hay algo específico en Tina que la hace especial para usted?

–Sí. Mi padre me compró una muñeca cuando era pequeña. La regalaron cuando

me hice adolescente, y desde entonces he perdido a mi padre. Cuando vi a Tina hace unos meses no podía creer lo mucho que se parecía a mi muñeca. Ese día me marché sin comprarla, pero desde entonces no he sido capaz de sacármela de la cabeza. De verdad que solo quiero esa muñeca.

Se le escapan unas lágrimas de los ojos, y la mujer se apresura a secárselas.

Aparto la mirada y me siento algo avergonzada por ella. O tal vez sea más que eso. A lo mejor estoy celosa porque alguien pueda tener una relación tan cercana con su padre que, incluso después de que haya muerto, el hecho de pensar en él haga que se emocione. Cuando yo pienso en mi padre, tan solo siento vacío.

Mi madre le da una palmadita en el brazo y dice:

–Lo entiendo perfectamente.

Pero ¿de verdad lo entiende perfectamente? Su propio padre renegó de ella. ¿Está pensando en eso mientras consuela a esta señora? ¿Piensa mucho al respecto? ¿O será que, al igual que yo, intenta guardar ese tema en las partes más alejadas de su mente, esperando que nunca escape, especialmente delante de otros?

–Siento mucho su pérdida –continúa mi madre–. A veces son las cosas pequeñas las que nos devuelven a esa persona especial de alguna manera. –Hace un gesto en mi dirección, y después dice–: Caymen puede ser un poco insistente a veces, pero desde luego que encargaremos esa muñeca. Seguro que podríamos hacerle incluso un precio especial.

Sé lo que está haciendo; me está convirtiendo en el chivo expiatorio. Pero no me importa cargar con las culpas. Lo que me preocupa es el hecho de que una vez más mi madre no está pensando en nuestros problemas financieros. ¿Habría quebrado ya la tienda de no ser porque yo evitaba que hiciera demasiados descuentos a los clientes, o que permitiera que las niñas escogieran demasiada ropa para sus muñecas en las fiestas de cumpleaños?

–Por supuesto –digo–. Déjeme que le enseñe el catálogo para que podamos asegurarnos de que estamos hablando las tres de la misma muñeca. –La conduzco hasta el catálogo, y entonces añado–: Necesitaremos el pago por adelantado antes de hacer el pedido.

Lo último que necesitamos es encargar una muñeca y que la señora jamás aparezca para llevársela.

Mi madre se gira hacia mí cuando la mujer se marcha.

–Caymen.

–¿Qué?

–No puedo creer que estuvieras con esa clienta como media hora sin averiguar por qué quería la muñeca. Nos preocupamos por la gente, Caymen. He conocido a demasiadas personas que solo se preocupan por sí mismas como para criar a una hija que no piensa en los demás, aunque sean desconocidos.

La crítica no tan velada de mi madre hacia mi padre no se me escapa, pero la generalización me molesta. ¿No es posible que el dinero no tuviera nada que ver con las actitudes de la pequeña fracción de gente rica horrible a la que estuvo expuesta?

–Me dijiste que tratara de venderle una de las muñecas que ya teníamos.

–No a costa de sus sentimientos.

–Los sentimientos no cuestan nada. Las muñecas sí.

Me dirige una pequeña sonrisa, y después me recorre la mejilla con la mano.

–Tal vez algún día entiendas, mi querida hija, que los sentimientos pueden ser lo más costoso del universo.

Y esa es la clase de actitud que va a suponer la ruina financiera de la tienda.

* * *

Mientras permanezco sentada en mi habitación más tarde, su frase se repite una y otra vez en mi mente. «Los sentimientos pueden ser lo más costoso del universo.» ¿Qué significa eso? Bueno, entiendo lo que significa, pero ¿qué

significa para ella? ¿Estaba hablando de mi padre? ¿De sus sentimientos hacia él?

Saco un cuaderno titulado «Donante de órganos» del estante superior de mi armario, voy hasta una página vacía y escribo la frase que ha dicho mi madre. Aquí guardo toda la información que tengo sobre mi padre. En realidad, sé muchas cosas: su nombre, dónde vive, e incluso qué aspecto tiene. Una vez lo busqué en internet, por curiosidad. Trabaja para un bufete importante en Nueva York. Sin embargo, saber cosas sobre alguien no es lo mismo que conocerlo. Así que en este cuaderno escribo todas las cosas que mi madre ha dicho alguna vez sobre mi padre. No es gran cosa. Había conocido a mi padre desde que era joven, y fue una relación corta que terminó rápido. A menudo me pregunto si realmente lo conocía. Rara vez respondía a mis preguntas, así que dejé de preguntar, pero de vez en cuando dice alguna cosa de pasada que quiero recordar. Cosas que podrían ayudarme… ¿a descubrirlo a él? ¿A descubrirme a mí?

Incluso pensar en eso me enfada. Como si necesitara que mi padre fuera una persona completa. Dejó a mi madre para que se las arreglara por su cuenta, ¿cómo podría querer parecerme en algo a él? Pero soy práctica y racional, y si necesito encontrarlo algún día, quiero saber todo lo que pueda. Cierro el libro y vuelvo a subrayar el título. Nunca sabes cuándo podrías necesitar un riñón o algo parecido. Por eso es por lo que guardo este cuaderno. Es la única razón.

CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente, mi actitud no ha mejorado demasiado. Pensar en mi padre siempre me pone de mal humor, y el descubrimiento de la caja vacía de la muñeca me ha hecho darme cuenta de que la tienda tiene aún más problemas de lo que pensaba. Suponía que siempre estaríamos en números rojos, pero ahora sé que no es así. Sin embargo, el hecho de que mi madre haya encargado la muñeca de la señora A PRECIO DE COSTE hace que me dé cuenta de otra cosa: mi madre tal vez no tenga suficiente sentido del negocio para sacarnos de nuestros problemas financieros. ¿Estamos a unos meses de quedarnos sin casa? Siento ese peso cayendo sobre mis hombros, y no sé qué hacer con la carga adicional.

Tomo la mochila y salgo de la tienda. El aire es frío hoy, y me muerde las mejillas a salir. A mitad de la manzana, Xander aparece junto a mí y me entrega mi bebida, a la que ya ha dado un sorbo. Saboreo el calor mientras recorre mi boca y mi garganta. No puedo creer que llevemos toda la semana yendo juntos a clase. Oculto mi sonrisa mientras tomo otro sorbo largo.

–¿Estás bien?

Lo miro y veo que está mirándome fijamente, con ojo crítico.

–¿Qué? Sí, claro.

–Es que normalmente tienes algo sarcástico que decir nada más salir por la puerta.

¿Es que ya me conoce tan bien?

–¿Soy tu dosis necesaria de maltrato diario?

–Eso servirá. –Tose un poco–. Vale, tengo un juego nuevo. Un desafío, si te apetece.

–Te escucho.

–Tú no sabes lo que quieres hacer con tu vida. Yo no sé lo que quiero hacer con la mía. Pero los dos sabemos que no queremos hacerlo con muñecas o en hoteles.

–Eso ha sonado fatal, pero te sigo.

–Pues yo voy a descubrir tu destino, y tú puedes descubrir el mío.

–Eh… ¿qué?

–Voy a tratar de averiguar lo que te gusta hacer.

–¿Cómo?

–Probando cosas diferentes, claro. Como si fueran jornadas de orientación profesional, si quieres llamarlo así. Yo organizaré la primera. Mañana a la una en punto. Estate preparada.

–Mañana es sábado. ¿No tienes algún partido de tenis que ver o algo parecido?

–¿Qué? No. Odio el tenis.

Miro a mi alrededor.

–Tal vez deberías hablar en voz baja cuando digas cosas así. No creo que quieras que te echen del club.

–¿Estás intentando escaquearte de la primera jornada de orientación profesional?

–Trabajo los sábados.

–Es el momento de comenzar a enviar señales diferentes.

Trato de ver mentalmente el calendario mensual del mostrador trasero. Recuerdo haberlo llenado con mi madre al comenzar el mes, como siempre hacemos.

–Tenemos una fiesta programada. No puedo dejarla sola ni de broma.

Pero tal vez después de la fiesta…

No dice una palabra, tan solo me mira levantando una ceja. La presión de la

carga que descansa sobre mis hombros se identifica, y la furia me embarga. ¿Por qué estoy a cargo de la tienda de mi madre? ¿Por qué no tengo ninguna elección sobre mi futuro?

–Vale, mañana a la una en punto.

* * *

Cuando llega el sábado, todavía no le he contado a mi madre que voy a salir. Mi corto estallido de furia se ha convertido en culpa. Mi madre está estresada, y la tienda, en bancarrota: este no es un buen momento para rebelarme. Pero ¿alguna vez habrá un buen momento? Una tarde no va a significar la ruina de la tienda… al menos, eso espero.

El horario me confirma que hay una fiesta de cumpleaños desde las diez hasta el mediodía. Me viene genial para poder ayudar y terminar justo a tiempo para irme con Xander. Para irme con Xander. A una cita. ¿Es eso lo que es? Trato de no sonreír, pero mi cara parece querer hacerlo ante este pensamiento. Me recuerdo que Xander lo llamó «jornada de orientación profesional», y eso parece ayudar.

Mi madre se encuentra en la parte de atrás preparando la fiesta mientras yo vigilo la tienda. Soy consciente de que tengo que hablar con ella, pero no sé qué decir. Esa culpa me está royendo las tripas. No hay nadie en la tienda, así que recorro lentamente el pequeño pasillo y observo a mi madre mientras coloca la ropita de las muñecas sobre la mesa.

Se gira para ir a por más prendas y entonces me ve.

–Hola. –Echa un vistazo por encima de mi hombro–. ¿Me necesitas?

–No. Tan solo quería asegurarme de que no necesitas mi ayuda.

«Eres una debilucha, Caymen.»

–No, tranquila. ¿Tienes todas las pinturas para los ojos preparadas?

–Sí.

–Entonces creo que ya está.

–Vale. –Camino hacia la parte delantera, pero me obligo a volver atrás. Ella ya ha vuelto a su tarea, y me resulta mucho más fácil hablar con la parte posterior de su cabeza–. Eh… A la una en punto he quedado para salir, si te parece bien.

Se endereza y se gira para mirarme, sacudiéndose las manos. Durante diecisiete años, siempre he esperado a que la tienda cerrara antes de hacer nada. He organizado mi vida basándome en el horario de apertura; todo para evitar lo que pensaba que sería una mirada de decepción si preguntaba. Pero lo que veo me hace sentir aún más culpable: agotamiento. Está en la arruga entre sus ojos, en la inclinación hacia abajo de su barbilla. Pero no en su voz cuando habla.

–Pues claro, Caymen, diviértete. ¿Qué vais a hacer Skye y tú?

–No, no es Skye. Solo… es un amigo del instituto.

Todavía no estoy preparada para explicarle a mi madre por qué he decidido ir en contra de todo lo que defiende y de todo lo que yo siempre he aceptado para quedar con el Rey de los Ricos en persona. No necesita más estrés en su vida en estos momentos. Y de todos modos, ¿qué sentido tendría decirle nada cuando dentro de unas pocas semanas Xander se cansará de ver cómo vive la otra mitad? Se aburrirá de mí y seguirá adelante, buscando el siguiente sorbo de emoción.

Mi madre vuelve a su tarea.

–A la una.

CAPÍTULO 13

C uando las diez niñas pequeñas entran en la tienda, las acompaño hasta la parte de atrás y no vuelvo a ver a mi madre hasta que comienza a sacar las muñecas y me dice de qué color debo pintar los ojos de cada una. Concentro toda mi energía en no salirme de las líneas premarcadas de los ojos de las muñecas, añadiendo verde y negro. Alguien ha pedido ojos castaños, de modo que aplico una capa oscura de marrón. A continuación, echo un poco de pintura dorada en la bandeja de plástico y tomo el pincel más fino. Concentrándome mucho, añado unas pequeñas motas doradas al marrón.

La campanilla de la puerta delantera suena y doy un respingo, trazando una línea dorada sobre la pupila negra.

–Mierda –mascullo.

–Llego un poco pronto –dice Xander cuando levanto la mirada, sorprendida.

El reloj de la caja registradora dice que son las doce y media, y la fiesta tendría que haber terminado hace media hora. No me había dado cuenta de que fuera tan tarde. De haberme percatado, habría ido a la parte de atrás para meterles prisa, tal como tengo que hacer a menudo.

Xander camina hacia mí y se frota la mejilla con un dedo.

–Tienes algo en la cara. ¿Pintura, quizás?

–Ah, sí.

Me froto la mejilla.

–Todavía tienes.

Se acerca más, y me doy cuenta de que sigo sujetando el pincel con la pintura dorada y de que la muñeca con las motas doradas en los ojos se encuentra enfrente de mí, en el mostrador.

–¿Puedes vigilar la tienda un momento? –pregunto abruptamente, y después salto del taburete, tomo la muñeca y me dirijo hacia la parte de atrás sin esperar respuesta–. Mamá, te has pasado de tiempo.

–¿Qué? ¿De verdad? –Da una palmada–. Es hora de ir terminando, niñas. –Me lanza una mirada encima del hombro; una combinación de «lo siento» y «ya me conoces». Y tanto que la conozco; y esa mirada me hace reír–. ¿Has terminado con esa muñeca?

Toma el secador que hay encima del mostrador para secar los ojos, y yo miro la muñeca que tengo en las manos.

–Sí. Ah, espera. No. Me han salido mal.

Mi madre examina los ojos de la muñeca.

–Queda bien –dice. La mancha dorada sobre la pupila parece hecha a propósito, como un brillo–. Creo que deberías dejarla.

–Vale. –Le entrego la muñeca–. Mi amigo ya ha llegado. –Sus ojos recorren la habitación al oír el anuncio–. No me marcharé hasta que se vayan las niñas, pero déjame el desastre para cuando regrese. Te ayudaré.

–Está bien –responde, y yo me dirijo hacia la parte delantera. Detrás de mí, mi madre dice–: Vale, vamos a ponerle la ropita a esta muñeca.

Xander está mirando otra vez una tarjeta profesional cuando vuelvo a salir.

–No hay ningún mensaje oculto –digo, y él deja la tarjeta en su sitio.

–No tienes teléfono móvil.

–¿Te lo ha dicho la tarjeta?

Limpio las pinturas, les pongo los tapones y después envuelvo los pinceles en una servilleta de papel para enjuagarlos en la trastienda. Echo un vistazo por encima del hombro, esperando que mi madre no salga justo ahora. Todavía estoy tratando de averiguar cómo pedirle a Xander que salga de la tienda sin que la razón sea obvia.

–Nunca llevas uno en la mano, no tienes un bulto rectangular en el bolsillo de los vaqueros y no me has dado el número.

–Tus habilidades de observación están mejorando. En cualquier caso, no creo que el último factor demuestre tu teoría. –Dejo las pinturas en un recipiente de plástico–. Enseguida saldré. ¿Por qué no me esperas en el coche? –Xander no se mueve–. No tardaré demasiado. Enseguida acabo.

–Vale.

Espero a que eche a andar hacia la puerta, y a continuación llevo los pinceles hacia el fregadero de la sala de las fiestas, los enjuago con agua y jabón y los dejo en un bote para que se sequen. Las niñas ya están reuniendo sus cosas y comparando las muñecas. Me apresuro a adelantar al grupo, y cuando doblo la esquina veo que Xander sigue ahí plantado. Me detengo en seco mientras las pequeñas caminan a mi alrededor. Xander sonríe cuando las niñas pasan junto a sus piernas, y yo me giro y esquivo a un par de ellas para bloquear la visión de mi madre.

–¿Qué pasa? –me pregunta.

–Creo que una de las niñas se ha dejado la chaqueta ahí atrás.

–Vale. Voy a por ella.

Una de las niñas se detiene junto a Xander.

–Te pareces a mi muñeco Ken –dice, levantando la mirada hacia él.

–¿De verdad? –pregunta él, y la niña asiente con la cabeza.

–¿Sabes a quién te pareces tú?

Se pone en cuclillas y comienza a sacar el teléfono móvil, pero entonces llego hasta él, le agarro el brazo y lo arrastro hasta la puerta.

–Tenemos que irnos.

Él suelta un gruñido.

–Caymen, que estaba hablando con esa niña.

–Que claramente está delirando.

–Oye, muchas gracias.

–Claramente te pareces más a Derek, el moreno, que a Ken. –Lo conduzco hasta su coche, y después digo–: Enseguida vuelvo.

Para cuando entro de nuevo, mi madre ya ha salido de la habitación de atrás.

–No he visto ninguna chaqueta

–Debo de haberla entendido mal. Lo siento.

–Vale. –Suelta un suspiro–. Ha sido una fiesta divertida. La niña del cumpleaños no podía dejar de abrazar a su muñeca.

–Parece que lo han pasado muy bien. –Cambio el peso nerviosamente de un pie al otro–. En fin, mi amigo está esperando. Nos vemos luego.

Me dirijo rápidamente hacia la puerta.

–¡Oye, Picasso! –me llama. Me detengo, pensando que habrá visto a Xander fuera y va a echarme la bronca. Me giro con lentitud–. Tienes pintura en la cara.

Se mete el pulgar en la boca y después se acerca a mí, levantándolo.

–Ni se te ocurra.

Me froto la mejilla, y ella se ríe.

–Diviértete.

–Gracias, mamá. Siento dejarte aquí sola.

–No pasa nada, Caymen.

–Gracias.

Xander está sentado en el coche, jugueteando con la radio cuando entro. El olor

a cuero nuevo asalta mis sentidos. El coche tiene más botones y pantallas de lo que he visto en un coche en toda mi vida.

Apaga la radio mientras me abrocho el cinturón.

–Entonces, ¿decías que aunque tuvieras teléfono móvil no me darías el número?

Tardo un segundo en darme cuenta de que está retomando nuestra conversación anterior.

–Yo no he dicho eso. Tan solo decía que no es un factor que demuestre tu teoría.

Baja la visera que tengo delante y abre la tapa que oculta el espejo.

–Todavía tienes pintura en la cara.

Me pasa un dedo por la mejilla, recorriendo la línea de pintura. Me quedo sin aliento durante un momento cuando su dedo parece detenerse un segundo más tarde de lo necesario.

–Qué pintura más tozuda.

Giro la cabeza para ver mejor la mancha azul, y la froto hasta que desaparece.

Xander abre el compartimento que hay encima de mis rodillas y saca un par de guantes de cuero. No puedo evitar reírme cuando se los pone.

–¿Qué pasa?

–Tienes guantes para conducir.

–¿Y qué?

–Que es gracioso.

–¿Gracioso de adorable?

Niego con la cabeza.

–Si tú lo dices…

Acelera un par de veces y después se mete en la carretera.

–¿Por qué tengo la sensación de que no querías que conociera a tu madre?

Pensaba que no se habría dado cuenta, pero al parecer no es así.

–Porque no quería.

–Bueno, eso explica la sensación.

–Es un poco… Bueno, digamos solamente que necesito un poco de tiempo antes de que os conozcáis.

Cincuenta años probablemente serán suficientes.

–Seguro que me caería bien.

Me río.

–Pues claro que te caería bien.

Se detiene en un semáforo, y tres mujeres con abrigos de colores brillantes cruzan la calle frente a nosotros.

–Espera, ¿estás insinuando que yo no le caería bien a ella? Nunca he conocido a una madre a quien no le cayera bien.

Mi mirada se dirige hacia sus manos enguantadas.

–Hay una primera vez para todo. –Miro las fachadas de las tiendas durante un rato, y después pregunto–: ¿Adónde vamos?

–Ya lo verás.

Quince minutos más tarde nos encontramos frente al hotel Road’s End.

CAPÍTULO 1 4

–¿Tu hotel? Estoy bastante segura de que no quiero ser limpiadora cuando sea mayor –le digo a Xander mientras recorre el aparcamiento.

–Aunque quisieras, no creo que pudieras. Es un trabajo duro.

Me dispongo a responder algo sarcástico, pero me sorprende demasiado su comentario como para pensar en nada. Aparca el coche en la parte delantera y se baja, y yo lo sigo.

–Esto no tiene nada que ver con el hotel, salvo por el hecho de que servirá como telón de fondo.

–¿En plan «redrum»? –pregunto con voz cavernosa.

–¿Qué?

–¿Es que no has visto El resplandor?

–No.

–¿Jack Nicholson? ¿Volviéndose loco poco a poco?

–No.

–Probablemente sea una buena idea, teniendo en cuenta que tu familia tiene tantos hoteles. No te la recomendaría. Es una película de terror que pasa en un hotel. Da. Mucho. Miedo.

–¿Y qué es eso de «redrum»?

–Es «murder», «asesinato» en inglés, pero escrito al revés. –Termino con tres sonidos de advertencia–: Dum, dum, dum.

Vuelve a dirigirme una de esas miradas suyas como preguntándome si estoy

hablando en serio.

–Suena terrorífico.

–Lo es. Tienes que ver esa película. Me da igual si por su culpa no puedes volver a poner un pie en un hotel nunca más. Tienes que verla.

Lanza las llaves del coche a un auxiliar que hay junto a la entrada y después abre la puerta. El vestíbulo es espléndido. Muebles de lujo, grandes plantas, baldosas relucientes y… más grande que todo mi apartamento. La gente de la recepción sonríe cuando pasamos junto a ellos.

–Buenas tardes, señor Spence.

Él asiente levemente y me conduce por el pasillo colocando una mano sobre la parte inferior de mi espalda. Me recorre un escalofrío. Llegamos hasta un ascensor de puertas dobles doradas, y Xander presiona el botón de subir, quitando la mano de mi espalda. Dentro hay un ascensorista de verdad, con una chaqueta azul de grandes botones dorados. Nos dice «hola», y yo lo saludo con la mano. A continuación, presiona el botón que hay junto al número veinte y el ascensor comienza a subir y subir hasta que finalmente se detiene con un tintineo.

El pasillo al que salimos es ancho, y conduce a una única puerta. No tengo ni idea de qué puede haber detrás de la puerta de lo que obviamente es una suite que podría tener algo que ver con descubrir lo que quiero hacer para ganarme la vida.

Sin embargo, Xander parece emocionado cuando gira el picaporte y abre la puerta. Me siento abrumada por el caos y el ruido. Un par de tíos están montando unos focos blancos, y unas mujeres disponen cojines sobre el sofá. Hay un hombre con una cámara grande colgando del cuello que camina por ahí, analizando los diferentes escenarios. De vez en cuando saca una cosa negra con aspecto de palo y presiona un botón.

–¿Qué estamos haciendo aquí? –le pregunto a Xander.

–Es una sesión de fotos. Mi padre quiere que se hagan fotos nuevas de la habitación para la página web, así que me ha enviado aquí para supervisarlo. –Camina hasta una cómoda grande que hay contra una pared, saca una cámara de

su funda y le pone una lente–. Vas a ser la sombra del fotógrafo. Será como si fueras su aprendiza.

–¿Le has advertido de que una chica que no sabe nada de fotografía va a interponerse en su camino durante todo el día?

–Pues sí. –Se coloca frente a mí, me pasa la correa de la cámara por la cabeza, y después me quita el pelo de debajo. Intento no suspirar. Huele a jabón caro y detergente de lavandería–. Se sintió halagado porque alguien quisiera aprender de él.

–Si tú lo dices…

Su teléfono móvil suena, y Xander se gira para responder.

–¿Cómo que dónde estoy? –Su voz se ha vuelto dura y fría–. Sí, estoy en la sesión de fotos. Aquí es donde me has pedido que esté… Sí, bueno, pues hoy he decidido… Vale… Sí… No, esta noche tengo otros planes. Está bien.

Cuelga sin decir adiós.

Yo levanto las cejas y miro su teléfono.

–Mi padre.

Se encoge de hombros, como si la frialdad por teléfono no fuera más que una actuación.

–Señor Spence –lo llama el fotógrafo–. Si ya está preparado, podemos comenzar.

–Tan solo déjame que me cambie.

¿Que se cambie?

Mientras no está, el fotógrafo me llama y me enseña unas cuantas funciones básicas de la cámara, y también cómo y cuándo disparar. Xander regresa con un traje que le queda de maravilla. Llevar traje, junto al hecho de que tiene un corte de pelo bastante clásico, lo hace parecer mucho mayor. Toma una revista de la mesa y se sienta en el sofá. De verdad, nunca había visto a nadie a quien le sentara tan bien el traje. El fotógrafo dispara unas cuantas veces y después

comienza a dirigirlo. Tras sacar como una docena de fotos, se gira hacia mí.

–¿Por qué no pruebas a hacer unas cuantas mientras yo preparo la siguiente escena?

Y entonces se dirige hacia la cocina (la habitación del hotel tiene cocina) y comienza a cambiar las cosas de sitio.

–No me habías dicho que tú eras el modelo.

–¿No te dije que mi padre quiere convertirme en la cara del negocio? –dice, y baja la mirada. Por primera vez desde que lo conozco, veo que se ruboriza–. Me da vergüenza, pero ha descubierto que a la gente le gustan más las fotos con vida en ellas.

–Entonces, ¿estas fotos saldrán en folletos y esas cosas?

–Saldrán sobre todo en nuestra página web, pero sí, también en folletos.

Una página web. ¿Por qué no tenemos una página web para la tienda de muñecas? Sonrío y me llevo la cámara a los ojos.

–De acuerdo, bombón. A posar.

Mirar a Xander a través de la lente de una cámara es muy gratificante, porque puedo hacerlo sin preocuparme de mirarlo fijamente. A medida que avanza el día, aprendo a utilizar el zoom para enfocar su sonrisa o sus ojos. Su piel es increíble. Su pelo tiene la cantidad perfecta de cuerpo y brillo. Está un poco ondulado, lo cual, aunque sea bastante corto, hace que se mantenga en alto a la perfección.

Tengo la oportunidad de preparar unas cuantas tomas, así que juego con la luz que entra por las ventanas. Primero lo sobreexpongo, bañando su cara de luz. Y a continuación revierto el efecto y lo ilumino desde atrás, de forma que sea como una sombra oscura, todo contornos y curvas. Hago unas cuantas con el océano de fondo; la habitación del hotel tiene unas vistas perfectas.

–Suéltate un poco, Xander –digo en un momento dado.

–¿Qué? Estoy suelto.

–Estás demasiado formal en estas fotos. Se supone que estás de vacaciones, ¿verdad? Actúa como si fuera así.

–Llevo traje. En realidad, probablemente esté en una reunión de trabajo o algo parecido.

–¿Una reunión de trabajo para empleados estirados?

–¡Oye!

Se ríe, y tanto el fotógrafo de verdad como yo sacamos más fotos.

Justo cuando pienso que el fotógrafo ya ha obtenido todas las fotos que podría necesitar (y más), la puerta de la habitación se abre y entra un apuesto hombre de mediana edad. No necesito que Xander maldiga entre dientes para saber que se trata de su padre, pues el parecido es evidente. Los dos tienen los ojos castaños y el pelo de un castaño claro, los pómulos altos y los labios gruesos. Y los dos caminan exactamente de la misma manera: como si fueran los dueños del mundo. El hombre examina la habitación y se detiene en mí.

CAPÍTULO 15

E l señor Spence me observa durante treinta segundos completos, mirando desde mi corte de pelo, hecho hace seis meses en casa, hasta mis Converse andrajosas. A continuación, me hace un pequeño asentimiento en señal de saludo. Noto que piensa que soy la ayudante del fotógrafo, y si Xander quiere seguirle el juego, no voy a culparlo.

El chico nos mira alternativamente a su padre y a mí. Si yo dudaba tanto a la hora de presentarle a mi madre, solo puedo imaginar cómo se siente presentándome a su padre. Mantengo la boca cerrada y sujeto la cámara con fuerza.

El señor Spence ve el portátil abierto que hay en una esquina. El fotógrafo, probablemente dándose cuenta de lo que eso significa, dice:

–Son las tomas sin editar, pero si lo desea, puede ver las que he hecho hasta el momento.

Xander se pone en pie.

–En cualquier caso, ya hemos terminado.

Camina hasta la habitación y, justo antes de llegar a la puerta, me mira y dice mi nombre, casi como si esperara que yo supiera que tenía que seguirlo. Le lanzo una mirada de «¿estás seguro?», y él me tiende la mano. El corazón me da un vuelco, pero respiro hondo y camino hacia él, aunque no soy lo bastante estúpida como para tomarle la mano cuando llego. Simplemente paso junto a él y entro en la habitación. Xander me sigue y cierra la puerta.

Por alguna razón, estoy sin aliento.

La ropa que vestía está pulcramente colgada sobre una silla en la esquina, y Xander camina hacia ella murmurando algo que no logro entender. Mientras se quita la chaqueta del traje y comienza a desabotonarse la camisa que lleva debajo, un pensamiento me golpea: ¿y si yo soy su señal, otro de los mensajes

hacia su padre para mostrarle que no quiere ser parte de su mundo? ¿Y si soy un peón en su juego de rebelión? ¿Por eso ha comenzado a pasar el tiempo conmigo, una chica pobre? Eso sí que molestaría de verdad a su padre. Me doy la vuelta hacia la pared mientras se cambia.

Me quito la cámara del cuello y recorro con el dedo el botón plateado de la parte superior.

–No te preocupes –dice–, no voy a cambiarme aquí. Iré al baño.

Pero cuando me doy la vuelta otra vez, pensando que es seguro, tiene la camisa desabotonada por completo. A pesar de que tiene la ropa sobre el brazo y se dirige al cuarto de baño adyacente, mi cara enrojece al ver su pecho desnudo y bien definido.

Incluso después de que la puerta se cierre, el corazón continúa latiéndome a un ritmo acelerado. Recorro la habitación con lentitud, tratando de calmarme. Xander no va a tener este efecto sobre mí. No voy a permitírselo.

Los muebles de la habitación y la ropa de cama son más bonitos que cualquier cosa de mi casa. Recorro con la mano el lujoso tejido. Cuando Xander sale del cuarto de baño, vestido, le pregunto:

–Oye, ¿esta cámara es tuya o es del fotógrafo?

–Es mía.

–¿Crees que podrías prestármela durante un par de días?

–Claro. ¿Para qué?

–Tengo un fetiche con las muñecas de porcelana. He pensado que podría sacarles algunas fotos de buena calidad.

Niega con la cabeza.

–Vamos a probar otra vez. ¿Para qué?

–Me ha gustado la idea de la página web. A lo mejor ha llegado el momento de que nuestra tienda tenga una.

Tal vez podría salvarnos de la ruina financiera.

–Hum. Esa no me parece la mejor forma de demostrarle a tu madre que no tienes ningún interés en la tienda.

Me encojo de hombros.

–Tan solo crearé la página y dejaré que ella se encargue. Para que entre en el mundo moderno.

Tal vez una página web podría acabar ocupando mi lugar. La gente podría hacer sus propios pedidos, podríamos ganar más dinero… y entonces mi madre podría permitirse contratar a un empleado a tiempo parcial. Intento no hacerme demasiadas ilusiones, porque podría tardar meses, pero me gusta la idea.

Xander no responde, pero toma la cámara y asiente con la cabeza en dirección a la puerta, al otro lado de la cual se encuentra su padre. ¿Cómo de mal va a parecer esto cuando salgamos de aquí, con él completamente cambiado de ropa?

Debe de sentir mi vacilación, porque dice:

–Me da igual lo que piense, Caymen.

Por supuesto que le da igual lo que piense. Probablemente quiera que su padre piense que está pasando algo entre los dos.

–Vale.

Abro la puerta y trato de caminar tan tranquilamente como puedo. Sin embargo, mi cara no lo pilla y se ruboriza. El padre de Xander sigue examinando las fotos en la pantalla de la esquina.

Me giro hacia Xander, preguntándome adónde ir. Tiene la cámara en alto y me saca una foto. Levanto la mano.

–No lo hagas.

–Venga ya, ahora tú tienes que estar al otro lado de la cámara. Tengo que ver si hacer de modelo es algo que querrías hacer.

–Ni siquiera es una posibilidad.

–¿Con esos ojos? –Me saca otra foto–. Pues claro que es una posibilidad.

Tal vez sea mi imaginación, pero parece más ligón de lo normal. Me trago el nudo que siento en la garganta.

–Estos ojos están a punto de cometer un «redrum».

Se ríe más alto de lo que jamás lo había oído reírse, confirmando mis sospechas de que está haciendo todo esto porque su padre está presente.

–Venga ya, Caymen, suéltate –dice, citándome.

Cruzo los brazos y lo fulmino con la mirada. Él me saca otra foto, entre risas, y después camina hasta la cómoda, guarda la cámara en su funda y me la entrega.

–Vuélvete loca con tus muñecas.

–Gracias.

La mirada de Xander se centra en un punto por encima de mi hombro. Cuando me giro, me sorprende ver a su padre detrás de mí.

–Pensaba que eras parte del equipo; no me había dado cuenta de que eras amiga de mi hijo. –Me tiende la mano–. Soy Blaine Spence.

Le estrecho la mano.

–Caymen Meyers –logro decir con voz estrangulada. Todavía me impresiona que haya querido saludarme. ¿Será que quiere que le devuelva la cámara?

–Encantado de conocerte –dice, y parece muy sincero. ¿Estaría utilizando la psicología inversa con su hijo? Se gira hacia él–. Alexander, muchas de estas fotos son muy buenas.

El rostro de Xander se endurece de inmediato.

–Qué bien. Entonces, ya he terminado.

–Me gustaría que trabajaras con el diseñador en la elaboración de la web y los

folletos.

–No tengo mucho tiempo para eso, con el instituto y esas cosas, pero a lo mejor puedo encontrar un momento dentro de algunas semanas.

Me pone una mano en la parte inferior de la espalda, como si estuviera tratando de sacarme de la habitación con rapidez, y doy un respingo de sorpresa, pero dejo que me conduzca hasta la puerta.

–Encantado de conocerlo –le digo al hombre.

–Alexander.

Él se detiene.

–¿Ajá?

–Sí –lo corrige el señor Spence, enfatizando mucho la ese, y Xander tensa la mandíbula.

–¿Sí? –replica Xander, enfatizando la ese todavía más.

–El evento benéfico de tu madre es dentro de cuatro semanas, y tu presencia es obligatoria. Y tendrás los folletos listos para esa noche.

Salimos al pasillo, y Xander me dice:

–Espero que estés tomando nota. Se me da mucho mejor cabrear a mi familia que a ti.

–Estoy tomando nota.

Encontrar a la última persona de la tierra con la que mi madre (o, en el caso de Xander, su padre) querría que saliera y fingir que estoy saliendo con él. Por supuesto, mi madre tendría que saberlo de verdad, pero en eso es en lo que nos diferenciamos. Yo no estoy utilizando a Xander.

–Muchas notas. Cuando mi madre me diga que haga algo –señalo por encima del hombro hacia la puerta por la que acabamos de salir–, me pondré de morros y actuaré como una niñata.

–Qué maleducada.

Me lanza una media sonrisa, lo cual me molesta, ya que pensaba que esa frase sarcástica merecería al menos una sonrisa completa.

Presiona el botón de bajar que hay en la pared junto al ascensor.

–Entonces, ¿qué tal la fotografía? ¿Lo ves en tu futuro?

–Está en la lista de posibilidades.

–Pensé que tal vez te gustaría, porque habías dicho que te gustaban las ciencias, lo cual requiere observar cosas y fijarse en los detalles. Se te dan bien esas cosas, y son útiles al mirar a través de un objetivo. –Lo miro sorprendida–. ¿Qué pasa? –pregunta.

Me doy cuenta de que debo de estar mirándolo aturdida, así que me giro para mirar el reflejo borroso de los dos en las puertas doradas del ascensor.

–Eh… gracias… por darte cuenta.

Se encoge de hombros.

–Estoy tratando de encontrar algo que te guste de verdad. Así que el próximo día es tu turno.

–Sí, así es. Y como estamos utilizando nuestras habilidades para el día de orientación profesional, creo que debería buscar una profesión para ti en la que haya que planchar camisetas o utilizar un montón de productos para el pelo.

Se pasa una mano por el pelo.

–Yo utilizo muy pocos productos para el pelo. –Entramos en el ascensor y bajamos–. Entonces, ¿el próximo sábado, a la misma hora?

Trato de formar una imagen mental del calendario de la parte trasera de la tienda, pero no recuerdo si hay alguna fiesta de cumpleaños programada.

–Ajá… sí –me corrijo, mostrándole una sonrisa para hacerle saber que la corrección de su padre también me ha resultado irritante–. Creo que ese día me

irá bien. –Esperamos hasta que le traen el coche–. Ah, y ponte la ropa más cutre que tengas.

CAPÍTULO 16

Q uedo con Xander en la acera el sábado siguiente, tratando de evitar la situación de la semana pasada. Mi madre parece haberse tragado lo de que es un compañero del instituto, así que hasta que me obligue a presentárselo voy a seguir con este juego. Xander apaga el motor del coche y sale antes de darse cuenta de que estoy ahí.

Lleva unos buenos vaqueros, una camiseta aún más buena y unos zapatos tipo mocasín. Señalo su ropa.

–¿En serio? ¿No te dije que te pusieras la ropa más cutre que tuvieras?

Camina directamente hasta mí. Por lo general, es una cabeza entera más alto que yo, pero, como se encuentra en la calle y yo todavía en la acera, mis ojos están al nivel de su barbilla.

–Hola a ti también.

Hace una semana que no lo veo. Ha estado viajando con su padre por algún asunto de negocios. Durante un momento pienso que va a abrazarme y se me corta el aliento, pero entonces baja la mirada hasta su ropa.

–Esta es la ropa más cutre que tengo.

Le doy un empujón, satisfaciendo la necesidad que tenía de tocarlo.

–Eres un mentiroso. –Pero sé que lo dice en serio–. Vale, pues vamos a tener que hacer una parada técnica durante el camino.

Conducimos varias manzanas, y después señalo el aparcamiento del Ejército de Salvación.

–Primera parada, ropa nueva. Venga, vamos a buscarte un nuevo conjunto.

Entramos, y el olor a humedad que solo existe en presencia de los muebles

viejos me da la bienvenida. Me recuerda a Skye, porque pasamos mucho tiempo en lugares como este.

–¿Cuál es tu talla de zapatos? –pregunto.

–Cuarenta y cuatro… Espera… ¿vamos a comprar zapatos aquí? No sé si puedo llevar zapatos que ha usado otra persona.

–Creo que acabas de hacer una declaración filosófica. Y ahora venga, cariño, porque es eso o destrozarte tus bonitos zapatos.

–No me importa destrozarme los zapatos.

–Espera. ¿Te he dejado decidir? Da igual, porque evidentemente no se puede confiar en ti para que tomes decisiones. Vamos a comprar tus zapatos aquí.

Lo llevo hasta la zona de los zapatos, donde hay solo tres opciones con su talla. Escojo los más horribles, unas botas altas con cordones de neón.

Mientras él está en el probador, examino la zona de los jerséis. Me detengo mientras observo el estante. Entre un horrible jersey de color naranja neón y uno universitario de color azul, hay un vestido negro. Tiene cuentas cosidas a mano, un escote en forma de corazón, y tirantes en vez de mangas. Compruebo la talla, y veo que me quedaría bien. Me muerdo el labio y miro la etiqueta del precio: cuarenta pavos. Es caro para una tienda de segunda mano, pero es un buen precio. El vestido tiene aspecto vintage, y es el mejor que he encontrado hasta el momento. El hecho de que estuviera oculto entre dos jerséis deja claro que alguien más le ha puesto el ojo encima y lo ha escondido con la esperanza de volver en otro momento a por él. Pero cuarenta pavos es mucho más de lo que puedo permitirme. Todavía no he recibido el sueldo de este mes, y de todos modos estoy dudando sobre si debería aceptar o no el pago, pues mi madre no puede permitirse dármelo. Mi insignificante sueldo no supondrá mucha diferencia para la deuda de mi madre, pero me haría sentir mucho mejor.

–Estoy intentando no pensar quién ha llevado esta ropa antes –grita Xander desde el probador.

–¿Quieres un pañuelo, o vas a dejar de llorar? Ven aquí, que te vea.

Muevo el siguiente jersey para ocultar el vestido negro. Incluso aunque tuviera

cuarenta pavos, ¿adónde podría ir con un vestido como ese? ¿A algún evento importante con Xander? Espero no estar convirtiéndome en la clase de chicas que sueñan con chicos que jamás podrán tener.

La cortina del probador se abre y Xander sale abotonándose todavía los botones inferiores de la camisa de franela.

–Me siento como un imbécil.

–Está bien sentirse como un imbécil de vez en cuando. Ahora solo necesitas un jersey.

–Tengo mi chaqueta.

–¿Te refieres a tu carísima gabardina? No, esa no sirve.

Tomo una gris de un colgador y se la lanzo por encima de dos estantes de ropa.

–Vale, pues voy a volver a ponerme mi ropa.

–No, chico: vas a salir de aquí con eso. Venga, vamos a la caja.

Le lanzo una última mirada al vestido y después me alejo.

La señora de la caja nos mira como diciendo: «¿En serio?».

–Oye –digo, haciendo girar a Xander. Le quito el precio de los vaqueros, que está en la parte de atrás del cinturón. A continuación, arranco la etiqueta de la manga de la camisa, y le entrego a la señora el jersey y los zapatos.

–Son quince dólares en total –dice.

Xander le entrega un billete de veinte.

–¿Quince pavos? ¿Por todo esto? –Mientras caminamos hacia el coche, sigue sorprendido–. La semana pasada me compré unos calcetines por treinta.

–Eso es porque eres idiota.

–Gracias.

–Por cierto, me encantan tus nuevos zapatos.

Pone los ojos en blanco.

–Si la humillación es una carrera laboral, voy a decirte ahora mismo que no creo que me interese.

–Pero se te daría muy bien.

* * *

Llegamos hasta el cementerio y entonces Xander me mira.

–¿Qué estamos haciendo aquí?

–Explorar nuestro potencial.

–¿Aquí?

–Sí. Recuerda que soy muy morbosa. Vamos.

Lo he traído hasta aquí por un par de razones diferentes. Una, porque es gratis. No tengo dinero para que esta jornada de orientación profesional sea el equivalente a una sesión de fotos sofisticada. Y dos, porque realmente pienso que Xander tiene que ensuciarse las manos y relajarse un poco. Hasta ahora se está portando muy bien, pero no tiene ni idea de lo que le tengo preparado.

–Hola, señor Lockwood –digo, caminando hasta la funeraria, que se encuentra un poco más elevada que el resto del terreno. El padre de Skye es genial. Da la impresión de que debería vivir en mitad del cementerio, con su pelo largo y blanco y su nariz ganchuda y torcida. Siempre me pregunto si tendrá un cementerio por tener ese aspecto, o si tendrá ese aspecto por tener un cementerio.

–Hola, Caymen. –Lleva dos palas en la mano–. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

–Sip.

Tomo las palas.

–Vale, pues he empezado para que podáis haceros una idea de las dimensiones. Está allí, al otro lado de ese roble. –Se saca un walkie-talkie del bolsillo trasero y me lo entrega–. Avísame si tienes alguna duda.

Le doy una de las palas a Xander.

–Vale.

–¿Sepulturero? –pregunta mientras caminamos hacia el árbol–. ¿De verdad? ¿Pensabas que esta era una opción seria?

–No es solo cavar tumbas, Xander. Es por todo este sitio. Vivir una vida tranquila rodeado de la pacífica muerte.

–Sí que eres morbosa.

* * *

Tiene tierra pegada al pelo y embadurnada por la mejilla. Pero incluso en su estado actual, su confianza y su postura envarada se ven claramente.

–No nos van a enterrar aquí, ¿verdad?

–Me has pillado.

–No pensabas que fuera a hacer esto, ¿a que no?

Ni en un millón de años.

–Tenía mis dudas.

–Ojalá hubiera traído unos guantes.

Abre una de las manos y veo que tiene una ampolla sangrienta en la palma. Suelto un jadeo.

–¡Xander!

–¿Qué pasa?

Le tomo la mano para examinarla de cerca, y toco la piel abierta con cuidado.

–No me has dicho que te estabas haciendo daño en las manos.

Yo me había cubierto las mías con las mangas de mi jersey, pero el suyo le queda un poco pequeño.

–Tampoco es para tanto.

Me saco el walkie-talkie del bolsillo de los vaqueros.

–Señor Lockwood, creo que hemos terminado.

–Este agujero no es lo bastante profundo ni de lejos –señala Xander.

–Lo sé. Solo me refiero a que nosotros hemos terminado.

Hay un estallido de estática en el walkie-talkie, y entonces suena la voz del señor Lockwood.

–¿Estáis preparados para que envíe el tractor?

–Sí.

–Espera –dice Xander–. ¿Va a venir un tractor para cavar el resto del agujero?

–Sí, hace años que no se cavan las tumbas a mano. Simplemente pensé que sería divertido.

–Te voy a matar.

–Este sería el lugar perfecto.

Se lanza hacia mí y me derriba las piernas con uno de sus pies, pero entonces me

atrapa y me baja hasta el suelo con suavidad. Me río mientras forcejeo para liberarme. Él me sujeta las muñecas por encima de la cabeza con una de sus manos y utiliza las piernas para sujetar las mías. Con su otra mano, toma un puñado de tierra y me lo echa en el pelo.

Me río y sigo forcejeando, pero entonces me doy cuenta de que se ha quedado quieto. De pronto soy muy consciente de cada lugar de su cuerpo que presiona el mío. Me mira a los ojos, y su agarre sobre mis muñecas se afloja. Una sensación de pánico me atenaza el pecho, así que tomo un puñado de tierra de mi cabeza y se lo estampo contra la mejilla. El suelta un gruñido y se da la vuelta para alejarse de mí, incorporándose sobre el codo.

Me quedo tumbada durante un rato sobre la tierra suave, que noto fría en mi cuello. No soy capaz de decidir si acabo de evitar que pasara algo o si estaba todo en mi mente.

Xander suelta un gran suspiro.

–Necesitaba esto después de una semana con mi padre.

–¿Es muy duro contigo?

–Es duro con todo el mundo.

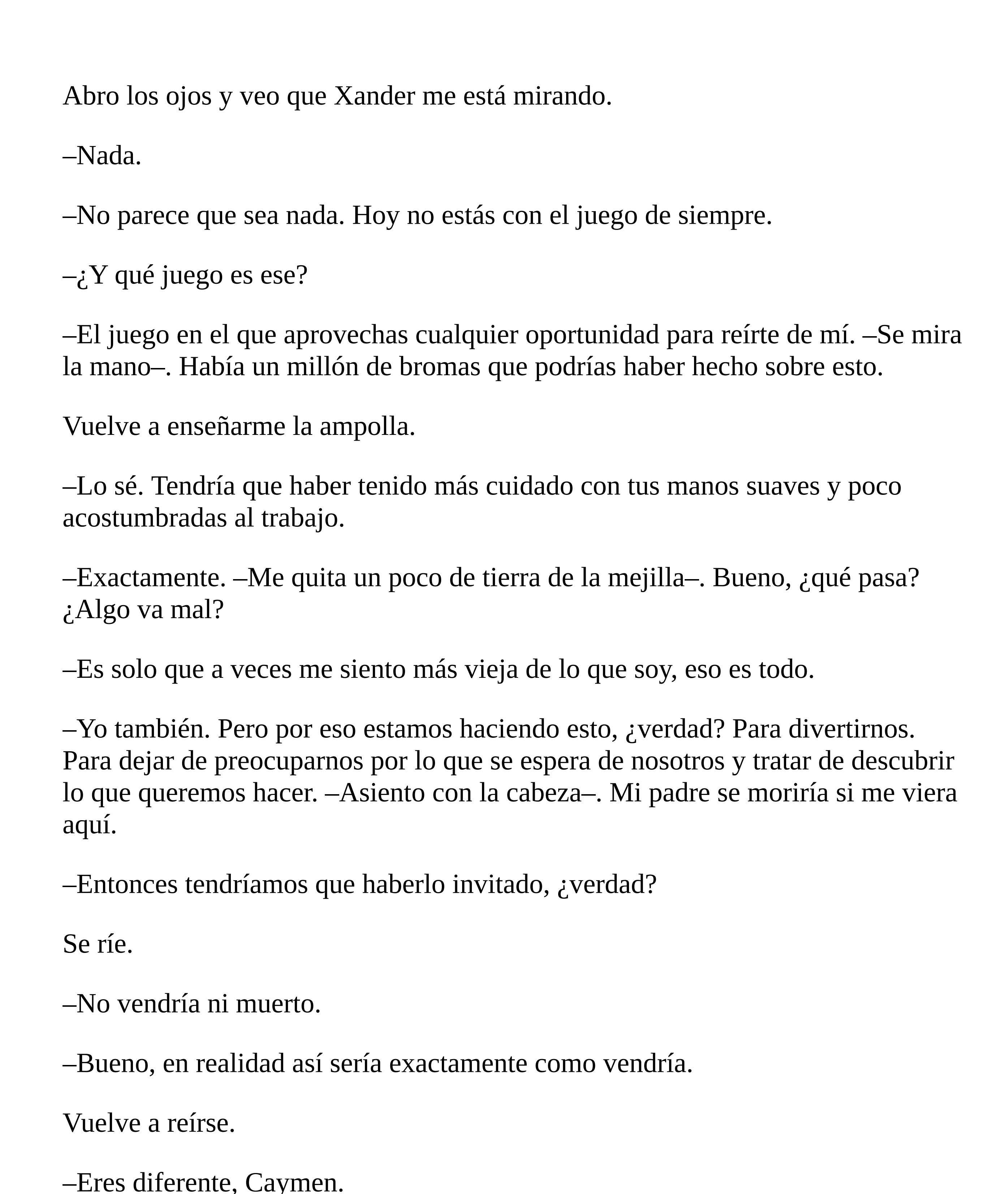
–Lo siento.

–No lo sientas. Puedo controlarlo.

He visto cómo Xander «lo controla». Se cierra, se vuelve frío, distante. Pero si eso es lo que lo ayuda a seguir adelante, ¿quién soy yo para discutírselo? Yo tampoco me relaciono con mi madre de la manera más saludable.

Me duele la espalda, y me siento genial estando tumbada, así que cierro los ojos. Es un lugar bastante pacífico, y el silencio parece presionarme al estar rodeada de tierra. A lo mejor aquí puedo olvidar todo el estrés de mi vida. Olvidar que soy una chica de diecisiete años viviendo la vida de una mujer de cuarenta. Pensar en ello me hace sentir como si alguien me hubiera tirado sobre el pecho dos toneladas de tierra que no esperaba.

–¿Qué pasa?



Abro los ojos y veo que Xander me está mirando.

–Nada.

–No parece que sea nada. Hoy no estás con el juego de siempre.

–¿Y qué juego es ese?

–El juego en el que aprovechas cualquier oportunidad para reírte de mí. –Se mira la mano–. Había un millón de bromas que podrías haber hecho sobre esto.

Vuelve a enseñarme la ampolla.

–Lo sé. Tendría que haber tenido más cuidado con tus manos suaves y poco acostumbradas al trabajo.

–Exactamente. –Me quita un poco de tierra de la mejilla–. Bueno, ¿qué pasa? ¿Algo va mal?

–Es solo que a veces me siento más vieja de lo que soy, eso es todo.

–Yo también. Pero por eso estamos haciendo esto, ¿verdad? Para divertirnos. Para dejar de preocuparnos por lo que se espera de nosotros y tratar de descubrir lo que queremos hacer. –Asiento con la cabeza–. Mi padre se moriría si me viera aquí.

–Entonces tendríamos que haberlo invitado, ¿verdad?

Se ríe.

–No vendría ni muerto.

–Bueno, en realidad así sería exactamente como vendría.

Vuelve a reírse.

–Eres diferente, Caymen.

–¿Diferente a qué?

–A cualquier otra chica que haya conocido.

Teniendo en cuenta que la mayoría de las chicas que ha conocido probablemente tendrán cincuenta veces más dinero que yo, no me parece una hazaña muy difícil de alcanzar. Pensar en ello hace que me escuezan los ojos.

–Es refrescante. Me haces sentir normal.

–Vaya. Será mejor que trabaje en eso, porque no eres nada normal.

Sonríe y me da un empujón juguetón en el hombro. El corazón me golpea las costillas.

–Caymen.

Tomo otro puñado de tierra y se lo estampo contra el cuello, y a continuación trato de emprender una huida rápida. Él me sujeta desde atrás, y veo su mano llena de tierra yendo hacia mi cara cuando los pitidos de advertencia del tractor comienzan a sonar.

–Salvada por los sepultureros –dice.

CAPÍTULO 17

X ander se pone en pie de un salto y me ayuda a levantarme. Tiramos las palas fuera del agujero, y después él me impulsa para que salga antes de hacerlo él.

–Entonces, ¿aquí vive tu mejor amiga? –pregunta mientras caminamos de vuelta hasta la funeraria, con las palas sobre el hombro. Yo asiento con la cabeza, y él se ríe un poco–. Vives encima de una tienda de muñecas de porcelana, y tu mejor amiga vive en un cementerio. Prácticamente has crecido rodeada de cosas espeluznantes. ¿No hay nada que te dé miedo?

Tú.

Me mira a los ojos, casi como si me hubiera leído la mente, o tal vez sea que mi pensamiento está escrito en mi cara.

Me aclaro la garganta.

–Los perros.

–¿Es que alguna vez te ha mordido algún perro?

–No. Pero la idea de que uno me muerda es suficiente.

–Interesante.

–Oh, por favor. No te pongas a analizar esa frase. Los perros tienen dientes afilados y muerden a la gente. –Se ríe–. ¿Qué hay de ti? ¿Cuál es tu mayor miedo?

Hace girar una de las palas una vez sobre su hombro, pensando. O bien no quiere decírmelo, o bien no tiene ningún miedo considerable a nada, porque tarda un rato en responder.

–La pérdida. Fracasar.

–¿Fracasar en qué?

–En lo que sea. A veces me resulta difícil comenzar algo, porque prefiero no intentarlo siquiera antes que fracasar.

–Pero nunca pasa nada bueno sin correr un poco de riesgo.

–Lo sé. Pero aun así…

Llegamos hasta las puertas traseras de la funeraria, y él apoya las palas contra la pared. Me sacudo el pelo, y él hace lo mismo. A continuación me hace girar y me sacude la espalda.

–¿Y aun así, qué? –pregunto, cuando no estoy segura de que vaya a continuar.

–Y aun así no soy capaz de superarlo.

Sus manos se quedan sobre mi espalda, y yo cierro los ojos.

–A lo mejor deberías permitirte fracasar en algo. Fracasar estrepitosamente. Así ya no tendrías tanto miedo después.

–Entonces, ¿debería ir a por los perros ahora o más tarde…?

–Vale, vale, lo pillo.

Tiene razón. No puedo decirle que se enfrente a su miedo si yo no estoy dispuesta a hacerlo con el mío. Y no me refiero a mi miedo a los perros.

–¿Te dan miedo solo los perros grandes o también los pequeñitos?

–Tienes perros, ¿a que sí? ¿De los que puedes llevar en un bolso?

–No –dice con voz burlona–. Claro que no.

–Su tamaño no importa. De hecho, a veces los pequeñitos son los peores. Pueden arrancarte un dedo.

–Y lo dice una chica a la que nunca han mordido.

–La idea, Xander. Es la idea.

Suelta una risita, y después me da una palmada sobre los hombros como indicando que ya no tengo tierra en la espalda.

–¿Estás lista para marcharnos?

–Sí. No, espera. Voy a curarte la mano, será rápido. El señor Lockwood tiene cosas dentro. –Llamo a la puerta y después abro una rendija–. ¿Señor Lockwood? –Entro en la casa–. Sígueme. Si no recuerdo mal, hay un botiquín de primeros auxilios por aquí.

Bajamos por un largo pasillo y abro la última puerta a la derecha. Me detengo en seco cuando veo que el señor Lockwood levanta la mirada desde un cadáver que yace en la mesa que tiene enfrente.

–Lo siento –digo.

El hombre tiene un gran corte en el pecho, sujeto con grandes grapas. Es evidente que le han hecho la autopsia. Tiene la cara hundida, así que no es un muerto reciente, sino uno que el forense habrá tenido desde hace varios días.

–No pasa nada, entrad.

La habitación está helada, y me recorre un escalofrío.

–Tan solo necesitaba un botiquín de primeros auxilios. Unas gasas, y quizás algo de antiséptico.

Señala en dirección a un cuarto de baño pequeño que hay junto a la habitación.

–Ahí está.

A continuación, aplica alguna especie de base en la cara del hombre.

Es difícil ignorar el olor que flota en la habitación. No es un olor horrible, sino el de algo que está conservado.

–¿Va a ser un funeral a féretro abierto?

–Sí. Mañana.

Hay una foto grande del hombre cuando estaba vivo pegada a la pared que hay

junto al señor Lockwood, que no deja de comprobarla para tomar referencias.

–Necesita un poco de trabajo –digo.

–En eso estamos. –Me tiende un pincel–. ¿Quieres poner algo de colorete?

–Xander, ¿qué dices? ¿Otra faceta de esta carrera profesional?

Me doy la vuelta, y lo veo paralizado en el umbral de la puerta, mirando al cadáver de la mesa con expresión aterrorizada. Su cara parece casi tan pálida como la del muerto que ha atraído su atención.

–Creo que no.

Voy hasta él, y tarda un momento en mirarme a los ojos.

–¿Estás bien? –pregunto.

–No me lo esperaba. Estoy bien.

–¿Seguro?

–Sí.

–Vale, ven aquí. –Lo conduzco hasta el cuarto de baño y cierro la puerta, esperando que dejar el cuerpo fuera de la vista ayude. Le sujeto la mano bajo el débil chorro del agua, y se la froto suavemente con jabón. Sus ojos no dejan de dirigirse hacia la puerta–. Quédate aquí.

Busco en los armaritos el botiquín de primeros auxilios. Cuando lo encuentro, lo dejo sobre la encimera y lo abro. Xander cierra el grifo y se seca las manos con cuidado.

Desenrosco el tapón de un antiséptico, y después vuelvo a tomarle la mano y echo un poco de líquido en la herida.

–¿Te duele?

–Tranquila.

Su aliento me roza la mejilla cuando responde, y me doy cuenta de lo cerca que

estamos. Le envuelvo la mano con gasa y levanto la mirada.

–Ya está, como nueva.

El color de su rostro ha cambiado a un enfermizo tono de gris.

–Gracias –masculla, y a continuación se apresura a pasar junto a mí y salir por la puerta.

Le doy las gracias al señor Lockwood y después me marcho. Cuando salgo al exterior, Xander se encuentra apoyado con una mano en el edificio y está vomitando en unos arbustos. Esto es un desastre. Entre la ampolla y el vómito, mi jornada de orientación profesional ha sido una mierda.

–Lo siento.

Camino hasta donde está y le froto el hombro, que es lo que siempre hace mi madre cuando vomito. No es que ayude demasiado, pero me gusta saber que está ahí.

–Estoy bien. ¿Cuánto crees que se cobra en la carrera de humillación profesional? Porque es evidente que sería muy bueno en ella.

–Nunca habías visto a alguien muerto antes, ¿verdad?

–No…

Se limpia la boca con la manga del jersey y se endereza.

–Nota mental: Xander tiene el estómago sensible. Mantenerlo alejado de carreras profesionales que tengan que ver con cosas desagradables.

Al llegar junto al coche, se quita el jersey y está a punto de quitarse también la camiseta con él. Se desprende de los zapatos, los mete en el maletero y los cambia por los otros, los bonitos. Intento no dejar que mi mirada se centre en la franja de piel que sigue expuesta por encima de sus vaqueros y me quito yo también el jersey.

–¿Quieres que conduzca? –pregunto, fijándome en su cara todavía pálida. Él duda durante un momento–. ¿Es que no confías en mí para conducir tu bebé?

–No es eso… Bueno, vale, sí que es eso.

–Eres un maleducado. –Se mete en el coche, y yo entro por el lado del copiloto–. ¿De verdad no vas a dejarme que lo conduzca? Al aparcacoches del hotel sí que le dejaste.

–Pero eso fue en un aparcamiento. Además, si lo estrellaras, no podríamos seguir siendo amigos. Entonces, ¿qué sería de ti?

–¿No tienes otros tres justo iguales que este?

–En realidad son cuatro, pero ¿quién los cuenta?

Creo que está de broma, aunque…

Arranca el motor y se aleja de la acera. Miro el reloj del salpicadero y veo que son las cinco. Me resulta difícil creer que ya hayan pasado cuatro horas.

Xander cambia al carril derecho y comienza a girar.

–¿Adónde vamos?

–Había pensado que podríamos ir a cenar. Hay un restaurante francés por aquí que me encanta.

Es evidente que ya se siente mejor.

–No debería ir. Mi madre se ha pasado la mitad del día sola en la tienda. Debería volver y ayudarla a recoger.

–Por una hora más no pasa nada.

–Debería volver ya.

Continúa conduciendo en la dirección incorrecta.

–Venga ya.

Me lanza su sonrisa. Juraría que podría emplearla para acabar guerras.

–Vale. Pero después, a casa.

–Pues claro.

* * *

Hasta que salgo del coche y echo a caminar hasta el sofisticado restaurante francés, no pienso en la capa de tierra que me cubre la piel. Xander me ha echado tierra en el pelo, y todavía noto que tengo un poco pegada al cuero cabelludo. Algo cohibida, trato de quitármela con los dedos. Cuando entramos en el restaurante veo que la gente que espera en el recibidor va muy arreglada. Estoy segura de que la encargada, que también va muy arreglada, está a punto de echarnos de aquí: después de todo, Xander tiene una mancha de tierra seca en la frente.

Sin embargo, le ofrece una sonrisa blanca y reluciente.

–Señor Spence. Sus acompañantes ya están aquí.

–¿De verdad? –La mira inclinando la cabeza hacia un lado–. Entonces, llévenos hasta allí.

–¿Tenías planes? –le pregunto cuando caminamos tras ella hacia una sala trasera.

–Al parecer, han hecho planes sin mí.

No tengo ni idea de lo que significa eso, pero, cuando llegamos a la sala, una docena de personas bien vestidas y arregladas se ríen al verlo. Uno de los chicos se pone en pie y se dirige a la encargada.

–¿Ve? ¿No le habíamos dicho que estábamos con Xander Spence?

–No debería haber desconfiado –dice, y después se dirige hacia Xander–: Me aseguraré de que venga un camarero para tomarle el pedido.

–Gracias.

Xander entra en la sala y camina hasta una silla vacía.

–Parece que has estado haciendo servicios comunitarios –comenta alguien, señalando su camisa de franela y su cara sucia.

La confianza de Xander no se ve afectada. Su postura es más erguida que nunca, y su presencia, más grande que la habitación. Hay un destello en sus ojos cuando dice:

–¿Quién es el estúpido que ha utilizado mi nombre para no tener que esperar?

El chico que ya está en pie, con gafas que estoy segura de que no necesita y un bronceado que probablemente pague cada semana, hace una reverencia.

–Ese soy yo.

–Debería haberlo sabido.

–Y además irá a tu cuenta –añade.

Xander mira a su alrededor, y entonces me ve junto a la entrada.

–Chicos, esta es mi amiga Caymen. Caymen, esta es gente que probablemente no quieras conocer, pero que a veces considero mis amigos.

Hay varios gritos de desaprobación, seguidos de risas.

No sé si estoy preparada para esta clase de iniciación, pues apenas he empezado a acostumbrarme a Xander. Por lo tanto, cuando este aparta la silla que tiene delante y me hace un gesto para que me siente, me entran ganas de salir gritando del restaurante.

Noto como si algo se retorciera en mi estómago una y otra vez, y no ayuda que una de las chicas del otro extremo me esté fulminando con la mirada. Xander parece no darse cuenta del hecho de que estoy cubierta de barro y muy mal vestida.

–Caymen. Ven, siéntate.

Aprieto fuerte los dientes, porque la frase «¿Te crees que soy un perro?» estaba a punto de salir por mi boca. Me siento impresionada por haberme detenido a tiempo.

–Tengo que ir al baño –murmuro, señalando el camino por el que hemos venido, y después desaparezco sin esperar su respuesta. Justo cuando ya casi no están al alcance de mi oído, oigo que una voz dice:

–¿Es que ahora acoges vagabundos, Xander?

Oigo más risas, y se me crispa la mandíbula mientras se tensa más. ¿Por qué estoy tan enfadada? Esto tan solo confirma todo lo que ya sabía sobre los ricos. Puede que Xander sea una ligera excepción, pero esas personas de allí son la norma. Cambio de dirección y me dirijo hacia donde se encuentra la encargada.

–¿Podría prestarme el teléfono? –le pregunto cuando se gira hacia mí.

–Por supuesto.

Llamo a Skye, y ella acepta venir a recogerme. A continuación, vuelvo a enfrentarme a la sala por última vez. Observo a Xander mientras me acerco, antes de que se fije en mí. Está escuchando a alguien al otro lado de la mesa y tiene una sonrisita en la cara, pero no se acerca siquiera a lograr la paz mundial. Casi parece una sonrisa ensayada.

Me digo que debo comportarme cuando llego hasta la sala privada. Ninguno de los demás da muestras de verme, así que no siento ninguna obligación por hacer otra cosa. Llego hasta donde se encuentra Xander y me inclino hacia él.

–Tengo que irme. No me encuentro bien.

Me siento un tanto culpable por mentirle, pero entonces recuerdo el comentario sobre los vagabundos que ha hecho su amigo y el sentimiento desaparece.

Comienza a levantarse.

–Te llevo a casa.

–No te preocupes, he llamado a Skye. Ya nos veremos.

–Caymen…

–No, en serio. Quédate y diviértete.

Le empujo el hombro para obligarlo a sentarse otra vez, y después abandono la sala.

CAPÍTULO 18

A garro el pomo de la puerta de la tienda y tiro, pero mi brazo se queda inmóvil.

–¿Está cerrada? –pregunta Skye.

Me doy cuenta por primera vez de que las ventanas están oscuras. Me pongo las manos sobre los ojos y aprieto la nariz contra la ventana, pero mi madre no está. Me saco las llaves del bolsillo y abro la puerta.

–¡Mamá!

No hay respuesta.

–¿Los sábados no soléis cerrar la tienda a las siete? –pregunta Skye.

–A lo mejor había poco movimiento.

Skye parece confusa, y es lógico que lo esté, ya que nunca hemos cerrado antes de la hora. No dice nada al respecto, pero rodea una cuna de bebé y se apoya en el mostrador.

–Enseguida vuelvo.

Después de mirar en la sala de fiestas y el almacén y no encontrarla, voy a la caja registradora y la abro, pero está vacía. Debe de haberse llevado las ganancias para ingresarlas, pero ¿por qué iba a cerrar pronto solo para eso? Tampoco he llegado tan tarde.

Me apresuro a subir las escaleras y entro en el apartamento.

–¡Mamá!

Me recibe el silencio. El contestador que hemos tenido desde que era pequeña no muestra la luz roja parpadeante de una llamada perdida, pero en la encimera hay una nota.

Caymen, tenía una cita con el médico a las cinco y media. Como no estabas aquí, he decidido cerrar la tienda y llevarme las ganancias para ingresarlas de camino al médico. No te preocupes por volver a abrir, de todos modos ha habido poca gente. Espero que lo hayas pasado bien. Mamá.

Leo otra vez la nota. Es difícil adivinar por un trozo de papel si alguien estaba enfadado al escribir en él. Le doy la vuelta y paso la mano por la parte trasera, para ver lo profundas que han quedado las palabras en la hoja. Después la sujeto cerca de la luz para ver si la escritura parece apresurada o furiosa, pero me da la impresión de que la ha escrito una persona de un humor normal. Suelto un suspiro, dejo la nota otra vez en la encimera y después miro a mi alrededor, sintiéndome un poco perdida.

Vuelvo a la tienda. Skye está hablando por teléfono, así que saco un producto de limpieza de los estantes de debajo del mostrador y comienzo a limpiar.

–Va a venir Henry –dice Skye cuando cuelga, y entonces suena la campanilla de la puerta–. En plan ya.

Suelto una risa.

–Qué rápido ha sido.

Henry nos saluda con la mano y después levanta la mirada.

–¿Por qué está tan oscuro?

Señalo las luces.

–Las luces están apagadas.

Skye suelta una risa dulce.

–Me parece que quería saber por qué están apagadas las luces.

Estoy algo distraída.

–Ah. Vale. Hemos cerrado pronto. ¿Qué vais a hacer, chicos?

Miro alternativamente a Skye y a Henry. Es evidente que tenían planes antes de que yo le pidiera a Skye que me recogiera.

–Henry ha venido para que podamos estar los dos contigo.

–Ah. Guay.

Henry se da un par de golpecitos en la mejilla, produciendo un ruidito.

–Eh… también has invitado a Tic. Estará aquí dentro de un rato.

–¿Qué?

Vuelve a darse un golpecito en la mejilla.

–Le hemos dicho a Tic que lo has invitado a venir un rato a la tienda.

–Vaya, eso es muy amable por mi parte. ¿Y por qué iba a hacerlo?

Skye sonríe.

–Porque te quedaste pillada cuando te besó.

–¿Por eso no he hablado con él en dos semanas? ¿Porque me quedé pillada? –Se encoge de hombros–. Dime que no le has dicho eso.

–Tranquila. Venga, nos quedaremos en la parte de atrás y así no te sentirás como si estuviéramos aquí plantados esperándolo.

Me lleva hasta el almacén.

–¿De verdad que le has dicho eso?

Me hundo en el sofá de la habitación de atrás y pienso en cómo controlar los daños mientras Henry y Skye hablan sobre un concierto que va a dar el grupo dentro de un par de semanas. Antes de que se me ocurra algún plan decente, la campanilla de la tienda suena y el corazón se me para.

–¡Estamos aquí atrás! –dice Skye.

¿Qué puedo decirle? «Hola, Tic. ¿Nos hemos besado? ¿Qué? Eh… yo no lo recuerdo.»

Levanto la mirada mientras el sonido de unas pisadas entra en la habitación.

–¡Xander!

Sí, he gritado su nombre, pero por lo demás me he quedado inmóvil. Se ha duchado y está completamente limpio, de vuelta a su yo habitual. Verlo de ese modo hace que sienta la capa de tierra que tengo en mi piel expuesta. Me froto el brazo. ¿Por qué no me habré duchado?

Xander asiente con la cabeza en dirección a Skye y Henry, y después dice:

–Caymen, te has dejado esto en mi coche. –Sostiene mi jersey en alto–. Y como no te quedaste a comer, he traído comida.

Ese parece ser su estilo: aparecer con comida. Chocolate caliente, magdalenas, y ahora comida francesa.

Deja la comida sobre la mesa de centro y saca varias cajas de poliestireno.

–Eh… solo he traído dos tenedores.

Skye avanza hacia la comida de rodillas.

–¿Quién necesita tenedores? –Toma un pedazo de pan cubierto de queso y se lo mete en la boca–. Hola. Me llamo Skye. Te vi hace un par de semanas en el club.

Xander asiente con la cabeza y contempla a Skye, desde la parte superior de su pelo color rosa chicle hasta sus botas del ejército con los cordones desatados.

–Xander, esta es mi mejor amiga, Skye, y su novio, Henry.

–Su novio –repite Xander.

–Pues claro.

Recuerdo el día que Xander entró en la tienda, cuando Henry me estaba cantando. Debió de tener la impresión de que el chico era mi novio.

Ups.

Sacude la cabeza.

–Encantado de conoceros, Skye y Henry.

–Igualmente –dice mi amiga, y da otro mordisco–. Hum, esto está increíble.

Xander se sienta junto a mí en el sofá y me entrega un tenedor de plástico.

–¿Te encuentras mejor?

–¿Mejor? –Tardo un segundo en recordar la excusa que he utilizado para salir del restaurante–. Ah. Sí. Mucho mejor.

Levanta una ceja, como si conociera mi secreto.

–Entonces, Henry… –comienza–. Tienes un grupo de música, ¿no? Es impresionante. ¿Habéis grabado algo?

–No. Estamos yendo poco a poco. Tenemos que conseguir dinero para grabar en un estudio.

–Tengo acceso a un estudio, y sois bienvenidos si queréis utilizarlo gratis en cualquier momento.

–¿Estás de coña?

–Eh… no. Llámame cuando quieras y lo organizamos.

Henry saca el teléfono, obviamente impaciente por guardar su número de teléfono antes de que retire la oferta. Xander le dicta el número.

–¿Dónde estáis? –oigo que grita Mason al mismo tiempo que suena la campanilla.

CAPÍTULO 19

M iro a Skye con los ojos muy abiertos, y ella se muerde el labio.

–¡Aquí atrás, Tic! –grita Henry.

Me pongo en pie, preguntándome si debería interceptarlo antes de que llegue, pero YA es demasiado tarde. Mason, con toda su gloria de pelo y labios bonitos, entra en el almacén y me dirige una amplia sonrisa.

–Pensaba que habías dicho que vendrías la semana pasada. Y en lugar de eso, vas y desapareces. –Cruza la habitación en tres pasos y me aplasta con un abrazo que huele a colillas y caramelos de menta–. No pensaba que fueras una de esas chicas que salen corriendo después de un beso.

Dice esto último junto a mi oído, pero sé que todos lo han escuchado. A continuación, me da un beso en la mejilla.

No podría haber escogido un momento peor. Le doy unas palmadas forzadas en el hombro, y después me libero de su abrazo. El silencio se extiende por la habitación, y lanzo una mirada dudosa hacia Xander para ver cómo se lo está tomando todo. Tiene su expresión seria estándar.

–Tío –dice Henry–. Xander acaba de decir que podemos utilizar su estudio para grabar algunos temas.

Mason parece perdido, así que doy un paso a un lado y los presento.

–Mason, este es Xander. Xander, Mason.

Xander extiende la mano, y Mason se la choca de lado.

–Qué hay, tío. –A continuación, examina atentamente a Xander, y después añade–: Yo te he visto antes en algún sitio.

–Ha estado en uno de nuestros conciertos –le explica Henry.

–No, no es eso. ¿Eres alguna clase de productor musical?

Xander suelta una única risa.

–No. Soy amigo de Caymen.

¿Ha enfatizado la palabra «amigo», o es que me estoy imaginando cosas?

Mason me mira con la frente todavía arrugada, como si estuviera tratando de pensar. Pestañea con fuerza, y después dice:

–Nop. No tengo ni idea. Gracias por lo del estudio.

–No es nada.

Mason se sienta junto a Skye en el suelo y se reclina sobre un codo. Con él en el suelo y Xander sentado tensamente en el sofá, es como si estuvieran haciendo una demostración de opuestos en directo para mí. No puede haber dos personas más diferentes que Xander y Mason, y lo más extraño es que, volviendo a ver a Mason, me doy cuenta de que probablemente encaje mejor conmigo. Desde luego, encaja mucho mejor que el chico rico al que constantemente estoy asignando motivos para querer pasar el tiempo conmigo. ¿No es triste que ni siquiera sepa cuál es mi tipo? ¿No debería saber cuál es mi tipo? Vuelvo a sentarme en el sofá con lentitud.

No sé qué decir para librarme del silencio incómodo. ¿Pensará Xander que lo he abandonado para quedar con otro tío? Quiero decir que no sabía que Mason fuera a venir, pero eso probablemente lo haría sentir estúpido. En lugar de eso, opto por no decir nada y tomo otro bocado de pollo como excusa para no hablar.

–Ah –dice Skye–. Mira lo que he encontrado esta semana. –Echa el puño hacia delante, y la cadena del brazalete que lleva en la muñeca se balancea con el movimiento–. Diez dólares.

Todos nos inclinamos hacia delante, y Mason pasa un dedo por la piedra azul.

–¿Te has gastado diez pavos en esto? No me parece comestible. Nosotros podríamos haber llenado el frigorífico con ese dinero. ¿A que sí, Henry?

–Amén, hermano –asiente él–. Creo que ahora mismo solo tenemos un sobre de

mostaza.

–Nop. Me la comí ayer –replica Mason, y nos reímos.

–¿Te comiste un sobre de mostaza? –pregunta Xander–. ¿Sin nada más?

–Tenía hambre.

Todos volvemos a reír.

–Yo una vez que tenía hambre me comí un cuenco de mayonesa –dice Henry.

–Una vez mi padre no hizo la compra en tres semanas –añade Skye–, y me comí unas zanahorias arrugadas del fondo del cajón de las verduras.

Mason me da en el pie con el suyo.

–Tienes tierra en la frente.

Xander se ríe, y yo me froto la frente.

–Sí, hoy hemos estado cavando en el cementerio.

Skye suelta un gritito.

–¡Ah! Se me olvidaba que ibais a ir hoy. ¿Qué tal ha ido?

Xander cierra y abre su mano vendada.

–Ha sido interesante.

Skye me dirige una sonrisa astuta.

Mason parece un tanto confuso, pero entonces me pregunta:

–¿Qué tal está tu madre?

–Está bien.

La habitación queda totalmente en silencio durante unos segundos, hasta que el teléfono de Xander suena y yo doy un respingo. Él se aparta del grupo y

responde empleando la voz fría que parece reservar solo para su padre.

–¿De qué conoces a este tío? –me pregunta Mason.

–Es el nieto de una clienta.

–Una clienta rica –añade Skye.

Mason se pone de rodillas.

–¿Qué es lo que estáis comiendo? ¿Mierda de pijos?

–Está bueno –asegura Skye–. Es comida de ricos. Deberías probarla.

Xander regresa mientras cuelga el teléfono.

–Caymen, tengo que irme corriendo.

–Vale.

–Encantado de conoceros a todos. –Cuando ya casi ha llegado hasta la puerta, con la mirada fija en mí, me doy cuenta de que estoy siendo maleducada, así que me pongo en pie de un salto para seguirlo. Una vez fuera, me detengo enfrente de su coche–. Tienes unos amigos interesantes.

La sonrisa ensayada que tenía en el restaurante vuelve a estar en su cara, y no me gusta.

–Sí, son guais. –Señalo su bolsillo–. ¿Quién te ha llamado?

–Mi padre. Emergencia en el hotel.

–¿En qué consiste una emergencia en el hotel?

–Esta vez algún idiota ha abierto un agujero en la camisa de un cliente mientras la planchaba. Mi encargo es buscar una camisa para reemplazarla, a ser posible en la ciudad.

Ha adoptado su voz profesional: seria y tranquila, como si estuviera hablando con un compañero de trabajo y no conmigo.

–¿A ser posible en la ciudad?

–Bueno, depende de la marca. Quizá no tengamos el comercio correcto en esta amplia metrópolis nuestra. Si no está, tendré que ir a San Francisco. Primero preguntaré por ahí.

–Entonces, ¿vosotros sois los responsables de que algún idiota haya quemado una camisa con la plancha?

Tiene las manos en los bolsillos, y está balanceando las llaves de arriba abajo. ¿Está diciendo con eso que quiere marcharse?

–Es que el idiota que la ha quemado es uno de nuestros empleados. Bueno, lo era. Lo han despedido.

–¿Despedido?

Xander tarda un momento en darse cuenta de por qué eso me ha impresionado.

–Acaba de costarle a la empresa un cliente importante.

El viento me ha puesto sobre la cara un mechón de pelo, y cuando Xander estira el brazo para apartarlo, lo muevo yo misma y doy unos pasos hacia atrás.

–Pásalo bien con tu emergencia.

Él baja la mirada hasta el nuevo espacio que he creado entre nosotros, y después niega con la cabeza.

–¿Ha conocido ya a tu madre? –pregunta con voz fría.

–¿Qué? ¿Quién?

–El tío del piercing en el labio.

–Mason. Sí, la ha conocido.

Tan solo fue una vez, de pasada, pero ahora mismo no me importa que Xander piense algo más. Estoy molesta. Pensaba que Xander sería diferente, pero esta noche me ha demostrado que no lo es. Quería que fuera diferente.

–¿Tu madre lo aprueba a él, y te preocupa que no vaya a aprobarme a mí?

–Los amigos de Mason nunca me han llamado «vagabunda». ¿De verdad es tan difícil de creer?

–¿Qué?

–Oí cómo me llamó tu amigo.

Suelta una risa corta y amarga.

–¿Por eso te marchaste? Deberías haber escuchado a escondidas un poco más, porque se refería a mi camisa. Dijo que la franela es tela de empleado de perrera.

Noto una presión en el pecho y pienso en decir que lo siento, pero eso no es lo único que me ha molestado esta noche.

–Bueno, pues menos mal que no vas a tener que volver a llevarla.

Se saca las llaves del bolsillo.

–Adiós, Caymen.

–Adiós.

Ni siquiera miro por encima del hombro, aunque tengo muchísimas ganas de hacerlo. Quiero que me impida alejarme. Y estoy enfadada conmigo misma por querer eso.

No me detiene.

De vuelta en el almacén, Henry está guardando su guitarra, y Skye se está poniendo una bufanda alrededor del cuello.

No quiero que me dejen sola. Me duele el estómago.

–¿Adónde vais?

–A Henry no le gusta esto –explica Skye, señalando la comida de la mesa–. Vamos a por comida de verdad a la tienda de la esquina.

–¿Comida de verdad, en plan nachos y perritos calientes rancios?

–Exactamente –dice Henry.

* * *

Añado cuidadosamente tres segundos de Mountain Dew a mi vaso, y después paso al Powerade.

–¿Qué está haciendo? –oigo que pregunta Mason.

Skye se ríe.

–Es su mezcla especial. Se pasó todo el verano haciendo este experimento, y ahora ha descubierto la fórmula perfecta para mezclar refrescos.

–Tendré que probarlo –dice Mason, con el dueño de la gasolinera siguiéndolo mientras camina. El hombre no confía en los adolescentes, y siempre nos sigue contándonos cuáles son las «ofertas del día», en un intento velado de hacer que parezca que no nos está vigilando. En estos momentos le está contando a Mason que la cecina está de oferta, y él se está metiendo con él preguntándole si puede mezclar cosas distintas. La única a quien le hace gracia es a mí. Skye está echándole mostaza a un perrito caliente enorme.

Termino de llenar el vaso y tomo un sorbo. Está perfecto. Puede que Skye se burle de mí, pero ha valido la pena el esfuerzo.

–¿Cuánto pagarías por una camisa? –pregunto de pronto, recordando los cientos de dólares que Xander estaba a punto de gastar en una camisa de repuesto para ese cliente tan importante.

–Yo me compré esto por cincuenta centavos en el Ejército de Salvación –anuncia Mason con orgullo, señalando con un trozo de cecina la camiseta que lleva, con el logotipo de un grupo de música. El dueño sigue con los ojos intencionadamente el movimiento de la cecina, como si Mason fuera a escondérsela en la manga.

–Eso es increíble, incluso para ser una tienda de segunda mano –dice Skye asintiendo con la cabeza, claramente impresionada.

–Estos vaqueros me costaron cinco pavos –dice Henry–. Aunque hubiera estado dispuesto a pagar seis.

Se levanta la camiseta para mostrarnos una visión completa de su culo.

Me río. Esta es mi clase de gente, incluyendo al dueño demasiado desconfiado de la gasolinera.

Mason señala y pestañea al mismo tiempo.

–¡Ajá! –exclama en voz alta, haciendo que me sobresalte.

–¿Qué pasa? –pregunto.

–Por eso me sonaba.

Me giro con lentitud, siguiendo su dedo hasta una revista Starz que hay en un estante detrás de mí. En una esquina de la portada hay una foto de Xander.

CAPÍTULO 20

P robablemente no debería haber comprado la revista: ya estoy lo bastante irritada con Xander. Pero lo he hecho, y ahora estoy sentada en el sofá de mi salón, sola mientras espero a que regrese mi madre, leyendo el mismo artículo cutre otra vez. Lo único que dice es que la semana pasada vieron al «Príncipe de los Hoteles» en Nueva York, supervisando la reapertura de uno de los hoteles de la familia.

No es de extrañar que estuviera confuso porque yo no supiera cuál era el negocio de su familia cuando nos conocimos. Probablemente pensara que estaba fingiendo no saber quién era, pero la culpa era de no tener servicio de televisión por cable. Puede que no supiera quién era con exactitud, pero siempre supe que era alguien importante. Un artículo que me recuerde ese hecho no cambia nada. Arrugo la delgada revista y la lanzo contra el televisor encendido. Dos segundos después, mi madre entra por la puerta principal.

–Hola –dice cuando me ve en el sofá.

–Sí que ha durado la cita con el médico.

Sería demasiado obvio si fuera a recoger la revista, así que la dejo allí tirada y espero que no se fije en ella.

–Lo siento. He ido a hacer unos recados al terminar.

Señalo por encima del hombro.

–Te he hecho un sándwich. Está en el frigorífico. –La luz cambia cuando empiezan los anuncios en la televisión, y me fijo en que los ojos de mi madre están rojos. Me siento y me giro hacia ella–. ¿Te encuentras bien?

–Claro. Solo estoy cansada.

Desaparece al entrar en la cocina, que se encuentra separada de donde estoy solo por una pared.

–¿De verdad?

–Sí. Estoy bien. –Recupero la revista y me la meto en el bolsillo. Mi madre hace algo de ruido en la cocina, y después grita–: ¿Te lo has pasado bien?

Recorro los cuatro pasos y medio que me separan del televisor para apagarlo, y después espero a que mi madre se una a mí en el sofá.

–Sí. Hemos ido a casa de Skye para cavar una tumba. Ha sido muy guay.

–Eso suena genial. Deberías haberle dicho a tu amigo que entrara. Me habría gustado conocerlo.

No, no te habría gustado. Habrías odiado conocerlo.

–Tiene fobia a las muñecas. Alguna clase de trauma de la infancia.

–¿De verdad?

–Pues claro que no, mamá.

–Eres muy graciosa, Caymen.

–Se te empieza a dar bien el sarcasmo.

Ella se ríe.

–Entonces… ¿es tu amigo o tu novio?

–Solo somos amigos.

¿Y acaso seguimos siéndolo ahora?

–Bueno, pues si eso es todo lo que buscas, será mejor que tengas cuidado, porque ya sabes que hay una diferencia entre un amigo y un novio.

Pongo los ojos en blanco con una sonrisa.

–Sí, sí.

–Simplemente pon un poco de espacio –dice–. No vayas por ahí rompiendo

corazones.

–Eres como Sócrates, mamá.

–Sí, ¿verdad? –Oigo que abre un armario y después lo cierra, y me preparo para que se una a mí en el sofá, pero entonces dice–: Gracias por el sándwich, cariño. Me lo comeré mañana, ya he comido antes de venir.

–Vale.

–Siento llegar y no quedarme contigo, pero me voy ya a la cama.

–¿A las ocho?

–Ha sido un día largo, entre encargarme de la tienda y recorrer el pueblo.

Me levanto de un salto y la sigo por el pasillo.

–Espera.

Se gira para mirarme. La luz del pasillo está apagada, así que estamos en sombras.

–¿Sí?

–Habla conmigo, por favor. Sé que pasa algo.

Mi madre y yo solíamos contárnoslo todo. La distancia que siento entre nosotras es culpa mía, lo sé, por todos los secretos que estamos guardando, pero necesito que hable conmigo.

Se mira las manos, y sus hombros se levantan y vuelven a caer. No me mira a los ojos cuando contesta.

–No es nada. De verdad.

–Mamá, por favor. Sé cuándo no pasa nada, y ahora no es el caso.

–He tratado de obtener un préstamo hoy. Pero me lo han denegado.

No tengo que preguntar, pero lo hago de todos modos.

–¿Un préstamo para qué?

Finalmente levanta la mirada, y veo que tiene los ojos inyectados en sangre.

–Para pagar algunas facturas atrasadas. –Me toma la mano–. Pero no quiero que te preocupes por ello. Todo irá bien. Nos hemos atrasado un poco, eso es todo. Ya nos hemos atrasado antes. Esperemos que tengamos unos cuantos meses buenos… tan solo tendremos que tener más cuidado.

–¿Más cuidado?

¿Cómo podríamos tener más cuidado? Apenas gastamos nada.

–No te preocupes, ¿vale? Todo va bien.

Asiento con la cabeza y ella me da un abrazo, pero eso no impide que me preocupe.

Cierro la puerta de mi habitación notando una terrible presión en el pecho. La revista se me clava en el muslo, así que me la saco del bolsillo y la aliso.

–¿Vale la pena tener tantos problemas por ti, Xander? –le digo a su cara arrugada.

* * *

El lunes por la mañana me tomo mi tiempo para prepararme. Me he pasado todo el fin de semana tratando de pensar qué decirle a Xander. Estoy cansada de la sensación que se ha asentado en mi pecho y amenaza con quedarse.

Cuando voy al piso de abajo, mi madre está cerrando la bolsa verde del depósito para el banco y metiéndola en el bolso.

–Pensaba que te habías llevado el dinero el sábado por la noche.

Se sobresalta.

–Me has asustado. –Me mira de arriba abajo–. Vaya, qué guapa estás hoy. Hacía una eternidad que no te ponías ese jersey… hace que te resalten los ojos. ¿Es por ese chico especial del instituto?

Si no quisiera tanto a mi madre, la estrangularía.

–No, mamá, ya te he dicho que solo somos amigos. –Y ni siquiera va a mi instituto. Y… Espera, ¿está tratando de cambiar de tema? Casi ha funcionado–. Entonces, ¿qué ha pasado con el dinero?

–No me lo llevé el sábado.

¿Que no se llevó el dinero? Mi madre es un coñazo con lo de meter el dinero en el banco. ¿Y no dijo la otra noche que íbamos atrasadas con los pagos?

Debe de notar mi mirada, porque dice:

–No pasa nada. Lo ingresaré justo cuando abran.

–Vale.

Tomo mi mochila, me aliso el jersey y me dirijo hacia la puerta. Mi corazón da un pequeño aleteo inesperado, el primero desde la pelea con Xander. Sonrío y salgo al aire frío del exterior.

Xander no está.

El camino hacia el instituto parece el doble de largo de lo normal. Tal vez sea porque no dejo de mirar por encima del hombro, o quizá porque voy muy despacio para darle tiempo a llegar. Pero no lo hace.

* * *

Después de clase, mientras mi madre está en el piso de arriba introduciendo pedidos en el ordenador, tomo la cámara de Xander que he dejado guardada en el almacén y saco más fotos a las muñecas. Nunca me había sentido tan motivada

para crear la página web y ponerla en marcha, pues es evidente que nos vendría bien un aumento de clientela. Mientras miro fijamente los ojos sin vida de Aislyn a través del objetivo, un recuerdo regresa a mí: mi madre de pie tras la caja registradora esta mañana, con la bolsa del depósito bancario en la mano y tratando de evitar mis preguntas al respecto.

Me cuelgo la cámara al cuello y me cuelo en su despacho. Lo primero que busco es el libro de cuentas. El número rojo es aún mayor, por encima de los tres mil dólares. No me sorprende; prácticamente me lo ha dicho, pero hace que me preocupe todavía más. Abro el cajón donde guarda la bolsa del banco y la saco. Está cerrada, así que la miro fijamente durante un momento, sintiendo su peso en mis manos, sin querer abrirla para descubrir que el dinero sigue dentro. No tengo ni idea de lo que significaría si estuviera todavía dentro. ¿Que sigue escondiéndome cosas? Es mejor que sea rápido e indoloro, así que la abro y miro en su interior. Se encuentra vacía. Pero, aunque el dinero no está, lo cual demuestra que ha hecho el ingreso, me siento intranquila.

Suena la campanilla de la tienda, así que vuelvo a meter la bolsa en el cajón y me apresuro a salir.

Hay un hombre alto de pelo y barba oscuros justo delante de la puerta. Tardo un segundo en situarlo, pero entonces recuerdo que estuvo en la tienda hace unas pocas semanas, hablando con mi madre.

–¿Está Susan? –pregunta, y sus ojos se fijan en la cámara que llevo al cuello.

–No, no está.

Podría decirle que está en el piso de arriba, pero la sensación de intranquilidad que he sentido en el despacho de mi madre ha crecido.

–¿Podrías decirle que Matthew ha venido?

–¿Puedo ayudarlo en algo?

Sus ojos centellean, y su boca se curva en una sonrisa.

–No.

Y tras eso, sale por la puerta. Camina frente al escaparate, y espero unos pocos

segundos antes de salir con rapidez, permaneciendo cerca del edificio para que no me vea. Entra en un todoterreno azul marino aparcado a unas pocas tiendas de distancia. Saco con rapidez unas cuantas fotos, haciendo zoom en la matrícula, y después en su cara. El corazón casi se me detiene cuando sus ojos se dirigen hacia la lente de la cámara. La manecilla de metal de la puerta se me clava en la espalda al retroceder con rapidez. Probablemente no me habrá visto; había hecho bastante zoom.

Una vez dentro, voy hacia el teléfono. Me detengo justo cuando estoy a punto de presionar el botón del intercomunicador. No quiero contarle a mi madre lo de Matthew por teléfono. En realidad, no quiero contarle nada sobre Matthew. No es como si mi madre nunca hubiera salido con nadie. Lo ha hecho… alguna vez. Pero siempre me lo cuenta. Así que tengo que asumir que quienquiera que sea Matthew, no está saliendo con él. Y si no está saliendo con él, ¿quién es?

CAPÍTULO 21

D os días más tarde, miro fijamente la funda de la cámara de Xander, encima de mi cama. He descargado las fotos en el ordenador y comenzado a trabajar en la página web; cualquier cosa para mantener alejado de mi mente el hecho de que no he visto a Xander desde el sábado por la noche. Recuerdo lo que pasó aquella noche. Trajo la comida francesa, luego apareció Mason, yo retrocedí cuando Xander trató de tocarme el pelo, nuestra pelea. Llevaba todo el tiempo dándole señales para que se alejara, pero al parecer no las había captado hasta entonces.

Toco la funda con un dedo del pie y suelto un suspiro. He estado dos días planteándome si debería utilizar su cámara como excusa para volver a verlo, en plan «tan solo quería devolverte la cámara». Pero hay dos problemas. El primero es que no tengo ni idea de dónde vive, y el segundo es que no tengo su número de teléfono. También hay dos soluciones a estos problemas. La primera sería llamar a la señora Dalton y pedirle el número de Xander, y la segunda, ir al hotel Road's End y esperar encontrármelo.

La segunda solución es la que gana. Mi mente le da vueltas a la idea alocada de que, si aparezco en el hotel, él se encontrará allí por arte de magia. Podría decir que estaba por el barrio, y así no resultaría tan evidente ni parecería que estaba acosándolo.

Pero las cosas nunca salen como las imagino, así que mientras estoy en la recepción del bonito vestíbulo del hotel, hablando con la recepcionista, me resigno al hecho de que no va a pasar.

–Pero es que tengo su cámara –vuelvo a decir.

–Y como le he dicho antes, si me la deja a mí yo me aseguraré de entregársela.

–Si pudiera decirme dónde está, o darme su dirección o algo, podría devolvérsela yo misma.

La mirada que me dirige hace que me duela el corazón. Es una mirada que dice: «¿Sabes cuántas chicas han intentado conseguir información sobre Xander?».

Retrocedo un paso al verla.

–¿No quiere dejarla aquí?

–Es una cámara muy cara –digo, tratando de dirigirle una mirada que le deje claro que no confío en ella, pero no parece afectarla tanto como me ha afectado a mí la suya. Lo cierto es que si yo estuviera en su lugar, mirándome a mí, tampoco me daría la información que le he pedido sobre Xander.

Me giro y vuelvo por donde he venido, todavía sujetando la cámara de Xander. Parece que voy a tener que probar la primera opción, así que llamaré a la señora Dalton y le pediré el número de su nieto. Después de todo, tengo que devolverle la cámara. Es muy importante.

La correa de la funda está tensa alrededor de mi mano, porque me la he enrollado varias veces para evitar que cayera al suelo. Mis dedos se están volviendo más blancos cuanto más tiempo paso con la circulación cortada. Justo cuando llego a la puerta, me detengo. ¿Por qué me estoy haciendo esto? ¿Por qué me estoy aferrando tanto a esto? ¿Por qué me estoy aferrando tanto a él? No debería ser tan difícil. Si esto fuera correcto, no estaría mintiendo a mi madre al respecto. No me sentiría culpable por ello. Si esto fuera correcto, sería más fácil.

Vuelvo avergonzada hasta el mostrador de recepción y pongo la cámara encima.

–Sí. ¿Podría darle esto?

Asiente con la cabeza y parece estar a punto de decir algo (¿gracias, quizá?), pero entonces suena el teléfono, ella contesta y se olvida de mí. Respiro hondo y me alejo. Puedo dejarlo atrás también a él. Aquí, donde está su sitio.

Mientras conduzco de vuelta a casa, me doy cuenta de que las calles están llenas de niños disfrazados. ¿Cómo he podido olvidar que es Halloween? En el casco antiguo, sin embargo, no hay niños, pues poca gente vive en el distrito de los negocios. Aparco en el callejón y entro por la parte de atrás. La tienda está oscura, tal como la he dejado. Son casi las nueve y, teniendo en cuenta sus hábitos últimamente, imagino que mi madre ya se habrá ido a la cama. Sin embargo, la encuentro sentada en el sofá, viendo una película.

Me mira y sonríe.

–Pensaba que a lo mejor tendrías una fiesta esta noche y no recordaba que me lo hubieras dicho.

–No. Se me ha olvidado que era Halloween. –Ella da una palmadita en el cojín que hay junto a ella–. ¿Qué estás viendo?

–No lo sé, algún clásico de Hallmark.

Me siento a su lado.

–Deja que lo adivine: la mujer tiene cáncer, y el hombre no lo sabía, pero siempre la ha amado.

–No. Creo que el niño es quien se encuentra enfermo, y la madre se está dando cuenta de todo el tiempo que ha pasado trabajando.

Me pongo por encima una parte de la manta que tiene mi madre. No decimos nada, tan solo vemos la película, pero la sensación es cómoda y familiar, y para cuando acaba el filme me siento mucho mejor. La echaba de menos. Echaba de menos esto.

* * *

Al día siguiente, de camino a la tienda, paso junto al cartero, que está saliendo. Él asiente con la cabeza en señal de saludo y yo sonrío. Mi madre se encuentra tras el mostrador, revisando lentamente el correo. Me pregunto si estará tomándose su tiempo para evitar las facturas que quedan por pagar con dinero que no tenemos. Cuando llega hasta el final, levanta los ojos hacia mí.

–Hola.

–Hola.

Sostiene los sobres en alto.

–¿Estás nerviosa? –pregunta.

–Sí.

Si supiera cuánto…

–¿Cuándo crees que comenzarás a recibir noticias?

–¿Noticias?

–De Berkeley, Sacramento, San Francisco… ya sabes… las universidades.

–Ah, claro. –Tendría que enviar mis solicitudes primero–. Todavía no. En abril, creo.

Pero en realidad sí que lo sé. Sé que la fecha límite para la mayoría de las universidades se está acercando con rapidez. Aún no le he contado mi plan de esperar uno o dos años.

–¿En abril? Todavía falta mucho.

A mí me parece como si estuviera a la vuelta de la esquina.

Sonríe, mete las cartas en el cajón y después se gira hacia el calendario, demasiado grande para nuestro patético horario, en el mostrador trasero. Arranca el mes de la parte superior, lo dobla pulcramente y lo guarda en el armario de abajo con los demás, para que las futuras generaciones puedan ver que hemos tenido el año más aburrido del mundo.

–Es un nuevo mes –me dice–. Ha llegado el momento de organizar nuestras vidas. –Tiene el bolígrafo en alto, listo para organizar mi vida en esos cuadraditos definidos, el lugar al que pertenece–. ¿Tienes algo extra en el instituto esta semana?

–No. Pero tengo un examen importante mañana, así que debería estudiar esta tarde.

Bloquea el día de hoy después de las cinco para mí.

–Yo tengo una reunión de dueños de negocios el miércoles por la tarde.

Escribe la hora en el calendario, las seis, sin añadir más detalles.

–¿Dónde será?

–No estoy segura. Vamos cambiando de tienda.

–Entonces, ¿cómo es que nunca las habéis hecho aquí?

–La nuestra es demasiado pequeña para eso. –Mira el calendario casi en blanco–. ¿Algo más?

Mis ojos se quedan fijos en el sábado, el día que Xander y yo hemos estado haciendo nuestras jornadas de orientación profesional. Sería su turno.

–No. Nada.

–Vaya, tenemos un mes muy emocionante. No sé si vamos a poder aguantar un horario tan apretado.

–¿No hay ninguna fiesta de cumpleaños?

–Todavía no.

Guarda el bolígrafo y saca unos productos de limpieza. Durante toda la tarde, me encuentro mirando el calendario y la reunión del miércoles por la tarde señalada en negro. ¿Por qué siento tantas sospechas al respecto? Yo me he pasado los últimos meses mintiéndole a mi madre sobre con quién quedaba. ¿Es posible que ella también haya estado mintiéndome? El nombre de Matthew aparece en mi cabeza, y me apresuro a tratar de apartarlo. Pero se queda ahí.

–Mamá, ¿quién es…?

Suena la campanilla de la puerta, cortando mi frase. Miro hacia allí, con una estúpida falsa esperanza en mi interior que me dice que tal vez se trate de Xander. Pero no es él. Es Mason.

CAPÍTULO 22

M i madre sonríe.

–Hola. Mason, ¿verdad?

¿Recuerda cómo se llama?

–Sí. Hola. Me alegra verte otra vez. Esperaba poder robarte a Caymen durante una o dos horas, si a ti te parece bien, claro.

–Me parece perfecto. ¿Adónde vais?

–Tenemos ensayo del grupo, y quería su opinión sobre algunas canciones.

–Todavía no sabe que mis opiniones sobre la música no valen nada –le digo a mi madre.

–Tiene opiniones geniales –le asegura ella, como si el chico estuviera muy preocupado al respecto. Él camina junto a ella, y veo que los ojos de mi madre se fijan en su pantorrilla. La señala–. ¿Qué significa?

Mason gira el pie para mirarse el tatuaje, como si se hubiera olvidado de que lo tenía.

–Es un símbolo chino. Significa «aceptación».

–Es muy bonito –dice mi madre.

–Gracias. –Se vuelve hacia mí–. ¿Estás lista?

–Claro. Gracias, mamá, vuelvo en un rato.

Mason me pasa un brazo alrededor del cuello. Ya me estoy acostumbrando a su necesidad de tener contacto humano. Y la verdad es que yo también lo necesito en estos momentos.

Le doy un golpecito con el codo.

–¿Cómo puedes ir con pantalones cortos en noviembre?

–No hace tanto frío.

Por supuesto, tiene razón. En la costa de California, el comienzo de noviembre es bastante similar al comienzo de cualquier otro mes.

–¿Dónde tenéis el ensayo? –pregunto, y él señala una camioneta morada–. ¿En una camioneta?

–No, vamos a ir en ella hacia allí.

La puerta lateral de la camioneta se abre, y Skye sale con una sonrisa.

–No pensaba que fuera a ser capaz de convencerte para que salieras de la tienda.

–¿Por qué no?

–Porque eres demasiado responsable. Pero él me aseguró que podría, y al parecer he subestimado el encanto de Tic.

Más bien ha subestimado mi soledad. Mason huele bien, y me reclino un poco más contra su pecho.

–Bueno, mi madre estaba de buen humor. En realidad ha sido ella quien ha tomado la decisión.

–¡Ah! –dice Mason–. Mira esto. –Abre la puerta del copiloto y prácticamente entra de un salto para recoger algo del suelo. Saca una revista Starz–. Otro artículo… deberías empezar a coleccionarlos. Ahora son la prueba de nuestra fama, ¿verdad?

Tomo la revista y examino la portada hasta que encuentro a Xander bajo el titular «Xander Spence y Sadie Newel, vistos en Los Ángeles el fin de semana». La foto es de él yendo de la mano con una chica de pelo corto y oscuro y unas largas piernas bronceadas. El estómago me da un vuelco tan fuerte que me entran ganas de vomitar. Así que Xander consiguió más que la camisa para un cliente el pasado fin de semana.

Voy al artículo y comienzo a leer.

«Xander Spence, el hijo del propietario de hoteles de lujo Blaine Spence, fue visto en Los Ángeles el pasado fin de semana en el exterior del club nocturno Oxygen, con su novia de hace mucho tiempo, la actriz Sadie Newel, que ha estado rodando una película en París los últimos seis meses…»

¿Su novia de hace mucho tiempo? No puedo seguir leyendo más, porque la visión se me emborrona. Ni de broma voy a llorar por esto. Ya había renunciado a Xander. «Le he devuelto la cámara», me recuerdo. Aquella fue mi liberación. Pero secretamente, en lo más profundo, había estado esperando a que volviera. Me muerdo el interior de las mejillas y me obligo a contener las lágrimas.

–Vaya, qué artículo tan interesante –digo–. Han visto a dos personas caminando. Eso sí que es noticia.

Seis meses. Ha estado fuera los últimos seis meses, rodando. Yo era la distracción de Xander. Mi mente escoge este momento para recordarme lo platónica que ha sido nuestra relación: cómo nunca se acercaba demasiado al caminar, cómo dijo enfáticamente que era mi amigo al hablar con Mason, cómo nunca había llamado «citas» a nuestros encuentros. Eran «jornadas de orientación profesional». Cómo no se ha pasado siquiera por la tienda esta semana. Qué mente tan estúpida. ¿Por qué no me ha dicho estas cosas antes? Es evidente que he malinterpretado sus reacciones a las cosas. Me siento estúpida. En realidad, solo quería que fuéramos amigos.

Me trago las lágrimas. No pasa nada; esto era lo que necesitaba: una ruptura limpia. Una ruptura firme. Miro la foto de Sadie Newel. Es guapa y sofisticada, y parece mucho más su tipo.

Henry aparece desde detrás de la camioneta.

–¿Estamos preparados para grabar nuestro primer single? –Tiene el teléfono en la mano–. Xander dice que el estudio está completamente vacío ahora mismo.

* * *

–¿Te encuentras bien? –me pregunta Skye en voz baja. Estoy aplastada en el asiento del medio entre ella y Derrick, el batería.

–Sí, claro. ¿Por qué no debería estarlo?

Por «sí» me refiero a que estoy entrando en pánico. Voy a tener que ver a Xander. Voy a tener que enfrentarme a él. Esto no es bueno. Considero la opción de tirarme de la camioneta en marcha ahora que he asimilado bien la noticia.

–Porque acabas de descubrir que el chico que te gusta tiene novia.

Señala la revista, que habían tirado a la camioneta y de algún modo ha acabado debajo de mi pie. Tal vez sí o tal vez no haya pisado la perfecta cara de Sadie a propósito.

–¿Tan evidente era?

Se encoge de hombros.

–Dame un poco de crédito. Soy tu mejor amiga.

–Sí, bueno, pues ya lo he superado.

–Sí que ha sido rápido.

–Eso es porque he estado tratando de superarlo desde el minuto que lo conocí, así que he partido con ventaja.

Ella me da unas palmaditas en la rodilla, como si pensara que estoy en fase de negación. Vale, estoy totalmente en fase de negación, pero necesito que Skye me siga el juego hasta que todos los sentimientos que estoy tratando de convencerme de que tengo sean realmente ciertos.

Espero que el estudio y Xander no sean parte de un mismo paquete, porque no me siento preparada para enfrentarme a él en estos momentos. Es muy posible que simplemente haya llamado al estudio para decirles que los del grupo iban a ir. Lo cual significa que no tiene por qué estar ahí. Al menos, eso es lo que me digo durante el trayecto en coche de quince minutos en el que todos los miembros del grupo están hablando emocionados uno por encima del otro.

La camioneta llega hasta un control de seguridad, pasa por una puerta de hierro forjado y recorre un camino de adoquines. En cuanto veo una enorme fuente y una casa con más ventanas de las que puedo contar con facilidad, me doy cuenta de que el estudio y Xander son parte de un mismo paquete: viven en el mismo sitio.

CAPÍTULO 23

X ander nos espera en el camino circular, así que trato de permanecer oculta al fondo del grupo. Me pregunto lo avergonzada que debería estar por mi comportamiento durante el último par de meses. ¿Había sentido mi corazón latiendo a toda velocidad cada vez que se acercaba a mí? ¿Lo habría mirado con esos estúpidos ojos de corderito? Skye se había dado cuenta, y es probable que él también lo haya hecho. Y ahora va a pensar que les he preguntado a los del grupo si podía ir con ellos solo para verlo.

–El estudio está en la parte de atrás –explica Xander mientras los chicos comienzan a sacar los instrumentos de la camioneta. El sonido de su voz hace que vuelvan a escocerme los ojos, así que me maldigo. Él continúa–: Y vosotros decidís, pero el estudio tiene sus propios instrumentos, por si no queréis cargar con todo esto.

–Genial –dice Mason, dejando la guitarra donde estaba. Henry cierra la parte de atrás.

–Seguidme –indica Xander. Tarda un minuto en darse cuenta de que estoy. Me había escondido muy bien detrás de Skye y entre el bajo, Mike, y el batería, Derrick. Frunce el ceño–. Hola. No sabía que ibas a venir.

–Yo tampoco.

Sé que mi voz suena chillona y extraña, porque tengo la garganta muy tensa, pero trato de fingir que estoy perfectamente.

Duda durante un segundo, casi como si quisiera añadir algo más, pero entonces dice:

–Vale, pues vamos.

Hace un gesto para que lo sigamos. Me doy cuenta de que está esperando que me acerque a él para caminar a su lado. Lo sé porque mira por encima del hombro unas cuantas veces mientras recorremos su enorme jardín y pasamos junto a la

piscina y la cancha de baloncesto. Pero me quedo donde estoy, entre dos chicos que son prácticamente desconocidos, oyendo cómo cotorrean sin parar. Voy a demostrarle que sé que solo somos amigos. Que siempre hemos sido solo amigos. Y no solo eso, sino que también tengo otros amigos, y que no tiene que preocuparse porque me lance a por él.

–Vale, chicos –dice, abriendo la puerta y dejando las llaves y el teléfono móvil en una mesa pequeña que hay a la izquierda–. Podéis familiarizaros con los juguetes. Yo iré encendiendo el equipo.

Los del grupo atacan de inmediato los instrumentos, mientras que Xander permanece a este lado de la enorme ventana de cristal y comienza a trastear con las palancas y los botones. Skye se sienta en un sofá detrás de él, así que me uno a ella.

Xander cierra tanto la puerta que conduce al exterior como la que lleva hasta donde los miembros del grupo ya están tocando, amortiguando por completo el sonido. Me sonríe durante el camino de vuelta a su asiento, y me enfada que mi corazón no haya recibido todavía la noticia sobre su novia, porque la sonrisa aún lo hace latir a toda velocidad.

–Hay refrescos y esas cosas en el frigorífico, por si tenéis sed. –Señala un frigorífico de acero inoxidable que hay en la esquina, y después se gira, se pone unos cascos en un oído, presiona un botón del panel que tiene delante, y dice al micrófono–: Tocad la canción un par de veces, y yo os avisaré cuando estemos listos para grabar.

Suelta el botón y se gira en su silla con ruedas para mirarnos. Sería mucho más fácil si Xander fuera menos… ¿menos qué? ¿Confiado? ¿Atractivo? ¿Seductor?

Sí, eso último estaría bien. Da igual lo que me haya recordado mi cerebro: Xander es un seductor. Si fuera mi novio y estuviera con una chica tal como está conmigo, me enfadaría.

–¿Qué pasa? –pregunta.

–¿Qué?

–Me estás mirando.

–No es verdad –replico.

–Sí es verdad. ¿A que sí? –le pregunta a Skye.

–Sí, lo estabas mirando.

–Bueno, es que estoy tratando de averiguar qué razones tienes para vivir.

–¿Perdona?

Hago un gesto hacia este impresionante estudio que tiene en el jardín.

–¿Cómo consigues salir de la cama cada día con un futuro tan deprimente?

–De hecho, alguien está trabajando conmigo en ese problema. Espero que pueda ayudarme a descubrir lo que me depara el futuro.

Esa afirmación me hace recordar por qué empezamos a pasar el tiempo juntos. Según él, los dos nos encontrábamos en la misma situación. A lo mejor simplemente pensaba que yo lo entendía mejor que la mayoría, pero no era así. Éramos totalmente opuestos.

La puerta de la sala del grupo se abre, y Mason se lanza hacia el sofá, pasa junto a Skye y apoya la cabeza contra la mía.

–Creo que ya estamos listos –le dice a Xander.

–Vale. –Xander espera un momento, probablemente preguntándose si Mason va a levantarse, y entonces le señala la pantorrilla con la cabeza–. Bonito tatuaje.

–Gracias. Y hablando de eso. –Mason me mira, tomando un mechón de mi pelo y retorciéndolo en su dedo. Me siento agradecida por su atención; me hace sentir menos estúpida por cómo he estado actuando con Xander. Como si así pudiera ver que no estoy sufriendo por alejarme de él–. ¿Tu madre ha sido sarcástica hoy, o piensas que de verdad le gusta?

–Mi madre no es de las sarcásticas.

Mason se ríe.

–¿De verdad? Entonces, ¿cómo has dominado ese arte tan bien? ¿Tu padre es

supersarcástico o algo?

Como si hubieran notado que acababan de sacar el peor tema que nadie podría mencionar, el grupo entero se mete en la habitación, que ya de por sí parece sofocante. Noto una presión en el pecho por las ganas de decir: «No tengo ni idea de si mi padre es sarcástico o no, porque nunca lo he visto».

–No tiene forma de saberlo –dice Skye, sin ayudar en absoluto.

–¿De verdad? –pregunta Mason–. ¿No conoces a tu padre? ¿Y eso por qué?

Me muevo en mi sitio, preguntándome con qué broma podré salir de este tema.

Xander mira su reloj de muñeca.

–Chicos, no tengo mucho tiempo. Vamos a empezar ya con esto.

Me mira a los ojos durante una fracción de segundo, demostrando que lo ha hecho solo por mí.

Mason se levanta del sofá, olvidando a mi padre con tanta facilidad como ha sacado el tema. Ojalá yo pudiera olvidarlo con la misma facilidad.

El grupo toca delante de nosotros, como si fuera una película muda. Xander lleva los cascos puestos y está haciendo ajustes con las ruedecillas y las palancas. No sé para qué servirán esos ajustes, pero es evidente que él sí. Skye se pone en pie y se sirve un refresco del frigorífico.

–¿Quieres uno? –me pregunta.

–No, gracias.

Vuelve a unirse a mí en el sofá.

–¿Cómo lo llevas?

–Bien.

–Lo entiendo, por cierto.

–¿Qué es lo que entiendes?

–Lo de él. Entiendo por qué te gusta. Tiene algo.

Señala la espalda de Xander. Aunque no estamos hablando muy alto y él lleva los cascos, quiero chistarle para que se calle.

–Ya te lo he dicho: se ha terminado. Su novia es actriz, Skye.

Ella pone los ojos en blanco.

–Las actrices están sobrevaloradas. Lucha por él.

Me pongo en pie, necesito descargar un poco de energía nerviosa.

–No es una competición cuando una persona ya ha ganado.

El teléfono de Xander suena desde la mesa junto a la puerta. Es evidente que él no lo oye, porque no se inmuta. Me encuentro a menos de dos metros del teléfono, así que cedo a mi curiosidad y miro la pantalla brillante. La foto es lo que veo primero: una chica de pelo oscuro riéndose. No necesito ver el nombre en la parte de abajo para saber lo que pondrá, pero lo miro de todos modos. Sadie.

–¿Lo ves? –le digo a Skye, levantando una ceja.

–¿De verdad? –pregunta ella.

Asiento con la cabeza, y entonces, mirando todavía la espalda de Xander y el grupo que sigue tocando detrás del cristal, actúo movida por un extraño impulso, tomo el teléfono y respondo.

–¿Hola?

Skye abre tanto la boca que temo que vaya a desencajársele la mandíbula.

–¿Hola…? ¿Xander…? No te oigo muy bien. Estoy en el coche.

Su voz suena muy normal. Había visto a Sadie Newel en algunas películas, y esta versión no se parece a la sofisticada del cine.

No sé qué decir ahora que lo he hecho.

–No soy Xander. Voy a avisarlo.

–No te oigo. ¿Qué? Uf. Mira, tengo mala cobertura, pero necesito que me ayudes. Te llamaré cuando regrese al hotel.

El teléfono queda en silencio, así que vuelvo a dejarlo en la mesa, como si estuviera a punto de explotar.

Skye suelta una risita.

–Estás loca.

–No sabía que era yo. Va a volver a llamar después.

Xander se gira en la silla, y suelto un jadeo.

–¿Alguna de las dos quiere escuchar? –pregunta, quitándose los cascos y tendiéndonoslos.

–Sí –dice Skye, que se levanta de un salto y va hacia él. Cuando se sienta en la silla que hay junto a Xander para escuchar al grupo, él se gira para mirarme.

–¿Por qué no haces esto? –pregunto, sentándome otra vez en el sofá.

–¿Qué?

–¿Por qué no te ganas la vida produciendo música? Parece que te apasiona.

Él hace rodar la silla hacia delante hasta que nuestras rodillas chocan.

–Mi padre jamás me daría el dinero para algo parecido.

Miro fijamente nuestras rodillas, preguntándome si debería utilizar las ruedas de su silla en mi beneficio para empujarlo lejos de mí. Ignoro la necesidad de hacerlo.

–Entonces, ¿por qué mandó construir este estudio?

–Mi hermano mayor toca la guitarra clásica. Construyeron esto para que hiciera algo creativo, una afición. Yo me pasaba mucho tiempo con él aquí aprendiendo estas cosas, pero en opinión de mi padre esta no es una carrera profesional.

–Creía que no te importaba lo que pensara tu padre –digo.

Él entrecierra los ojos, como si estuviera considerando esa pregunta.

–Supongo que me importa lo que piense el dinero de mi padre. –Se frota la nuca–. Sin él, no puedo quedar libre de mi padre. Es como una espada de doble filo.

Comprendo lo que quiere decir: necesita dinero para ir a la universidad y labrarse su propia carrera profesional para poder conseguir su propio dinero. Pero me pregunto si a Xander realmente solo le importará el dinero. Parece esforzarse mucho por enfadar a su padre, así que me da la impresión de que en realidad le importa lo que piensa.

Al otro lado del cristal, Mason está cantando con los ojos cerrados. Tiene un aspecto ridículo.

Xander me da un golpecito en la rodilla con el puño, volviendo a atraer mi atención hacia él.

–Me alegra que hayas venido. Pensaba que no… –Inclino la cabeza, esperando a que termine–. Después de lo del sábado… y me devolviste la cámara sin decir palabra…

Sus ojos se clavan en los míos.

–¿Qué? –pregunto, muriéndome por saber por qué no termina sus frases, qué es lo que no está diciendo. ¿Es que haber dejado las cosas así lo molesta tanto como a mí?

–Este fin de semana estaré fuera, pero ¿qué tal el sábado que viene? ¿Sigue en pie?

Pestañeo una vez. ¿Eso es lo que quiere? ¿Más jornadas de orientación profesional?

Skye suelta un gritito, sobresaltándome.

–¡Ha sido una pasada!

Se pone en pie. Xander también lo hace, y acto seguido camina hacia donde está ella y aprieta el botón del micrófono.

–Ya hemos terminado. Buen trabajo, chicos. –Va hacia la mesa y se guarda las llaves y el móvil en el bolsillo. A continuación, me mira como disculpándose–. No sabía que ibas a venir. De verdad que voy muy justo de tiempo. –Comprueba su reloj–. Se supone que tengo que estar en el aeropuerto dentro de veinte minutos.

–Seguro que nosotros podemos llegar por nuestra cuenta hasta el coche.

–Entonces, ¿nos vemos el sábado que viene?

Me entran ganas de decirle: «No lo sé, será mejor que le preguntes a tu novia primero. Acaba de llamar, ¿por qué no se lo preguntamos?». Pero no lo hago; simplemente asiento con la cabeza. Y es que, tenga novia o no, quiero verlo el sábado. Al parecer, estoy mucho más lejos de haberlo superado de lo que esperaba, y me odio por ser tan débil.

CAPÍTULO 24

E l lunes por la mañana, mientras me despido de mi madre y me cuelgo la mochila para ir a clase, oigo un golpe en la puerta. Miro hacia allí y veo a Xander, con los dos vasos. El corazón me da un salto hasta la garganta. No, no, no, no, no. Esto no puede estar pasando. Tiene novia. Si yo supiera… Mi corazón dobla la velocidad cuando sonríe. Si algo más que mi corazón supiera que teníamos algo, podría abrir la puerta ahora mismo y arriesgarme a decepcionar a mi madre.

–¿Quién es?

No es un buen momento para esto. Mi madre y yo por fin estamos bien otra vez. Niego con la cabeza, pero en lugar de alejarse, Xander levanta una bebida con una sonrisita de suficiencia, como diciendo: «No voy a marcharme, así que déjame entrar».

Entrecierro los ojos y sonrío un poco. Está bien, si quiere jugar a este juego, que así sea.

–Ah, me parece que es el nieto de la señora Dalton. Vino aquí el otro día para recogerle una muñeca. Voy a decirle que hoy no abrimos hasta las nueve y que vuelva más tarde.

–Oh, no, cariño, la señora Dalton es nuestra mejor clienta. ¿Por qué no lo dejas pasar y vemos qué necesita?

No ha funcionado. Mierda.

Quito el cerrojo de la puerta con lentitud.

–Hola –saludo tras abrirla. Su aroma familiar entra arrastrado por la brisa, y no ayuda a mi corazón ya frenético. Respiro hondo–. Todavía no hemos abierto. ¿Necesita algo tu abuela?

Xander da un sorbo a uno de los vasos y después me lo tiende. Me encojo. Solo

ese acto va a hacer que mi madre piense que es la persona rica más repulsiva del mundo, y que quiere que le sujete la bebida mientras compra.

–Quiero conocer a tu madre –dice, lo suficientemente alto como para que ella la oiga.

–Sí, mi madre sabe mucho más sobre las muñecas que yo. –Me giro hacia ella–. Mamá, esto… eh… lo siento, ¿cómo te llamabas? ¿Wellington o algo así? –Frunce el ceño, confuso, pero me doy cuenta de que al mismo tiempo le parece gracioso–. No, ese no era tu nombre. Eh…

–Xander.

–Cierto. Ya sabía que era algo extraño de ese estilo.

–Caymen –dice mi madre–. Lo siento, mi hija es muy irónica. Solo está bromeando.

–La última vez que entró Xander, estaba muy interesado en las muñecas de bebés que dormían. ¿No dijiste que te alegraban el corazón solo de mirarlas?

–Yo no recuerdo haber dicho eso, pero suena propio de mí.

Me río y después me apresuro a morderme los labios para detenerme.

–Tal vez podrías mostrarle nuestra colección, mamá.

Ella me mira inclinando la cabeza, evidentemente confundida. Va a delatarme: debe de darse cuenta de que conozco a Xander. Tengo que salir de aquí. Agito el vaso lleno de chocolate caliente que llevo en la mano, fingiendo que se encuentra vacío.

–La basura está fuera. Voy a tirar esto por ti. –Me vuelvo hacia mi madre–. Voy a llegar tarde. Nos vemos después de clase.

–Que tengas un día estupendo, cariño.

Me voy y le dirijo a Xander una mirada de inocencia, con los ojos muy abiertos. Una sensación de tristeza me sigue hasta el exterior de la tienda, y no soy capaz de decidir si es porque acabo de mentirle a mi madre otra vez o porque de verdad

quiero que conozca a Xander. No solo que lo conozca, sino que le caiga bien.

* * *

Estoy a diez pasos del instituto cuando un par de manos me agarran los brazos desde atrás, haciendo que me detenga en seco.

–Eres una niñata. Lo sabes, ¿verdad? –me dice Xander al oído. A continuación me suelta y yo me giro, sonriendo.

–No, el niñato eres tú. Te dije que no quería que conocieras a mi madre todavía, pero tú has querido hacerlo de todos modos.

–Pues sí, así es. Quería demostrarte que les caigo bien a todas las madres. Y la tuya no es una excepción: me adora.

Mi corazón se detiene un instante.

–¿De verdad?

–No sabía que iba a costarme ciento cincuenta pavos demostrarlo, pero está encandilada.

Ah. Por supuesto que lo adora. Era un cliente.

–¿Has comprado una muñeca?

No lleva ninguna bolsa, así que le tomo las solapas de la chaqueta abierta y miro dentro.

–No la llevo encima, mujer. La he dejado en el coche.

–¿Cuál has comprado?

–No puedes esperar de verdad que lo recuerde.

–Sé que lo recuerdas.

–Daphne.

–¿Has comprado una de las lloronas?

–Sí, me sentía un poco frustrado ahí dentro, y esa bebé gritona representaba muy bien mi humor. Se la daré a mi abuela el año que viene por su cumpleaños. –Baja la mirada–. ¿Pensabas que me había guardado la muñeca dentro del abrigo?

Me doy cuenta de que sigo sujetando la chaqueta con fuerza.

–Si tu ego cabe ahí dentro, cualquier cosa es posible.

Justo cuando estoy a punto de soltar la chaqueta, Xander pone sus cálidas manos sobre las mías, presionándolas contra su pecho.

Ahora estoy mirando el cuello abierto de su camisa de marca, tratando de fingir que no me observa fijamente. Mis compañeros de clase pasan junto a mí, apresurándose por llegar, y noto que me miran.

–Pensaba que no estabas en la ciudad.

Se encoge un poco de hombros.

–Ya he vuelto.

–Pensaba que no íbamos a vernos hasta el sábado.

Mi voz parece un susurro.

–No podía esperar.

El corazón me late con fuerza en los oídos.

–Por cierto, ¿qué pasó la otra noche?

–¿Cuándo? –pregunta con suavidad; o a lo mejor es que no puedo oírlo por lo fuerte que me late el corazón.

–La crisis de la década en el hotel. ¿Encontraste una camisa de repuesto?

–Sí. Solo tuve que viajar a Los Ángeles.

Claro. Los Ángeles, el lugar donde vio a Sadie Newel. Mi buen humor desaparece con rapidez.

–¿Eso es todo?

Asiente con la cabeza, y estoy a punto de apartar mis manos cuando vuelve a hablar.

–¿Quieres venir al evento benéfico conmigo?

–¿Qué?

–Es dentro de dos semanas. Podremos bailar, codearnos con gente importante y sacarles el dinero. Es para la organización benéfica de mi madre.

–¿Otra jornada de orientación profesional?

–No.

Lo miro a los ojos. ¿Eso no es algo a lo que tendría que llevar a su novia?

–Tengo planes esa noche.

–¿Qué planes?

–No ir a un evento benéfico. –Sonrío–. Será mejor que me vaya. Llego muy tarde.

¿Por qué mis pies no se mueven?

–Adiós, Caymen.

Me suelta las manos. Yo bajo las mías a los costados, pero entonces me sorprendo a mí misma al darle un abrazo. Él me lo devuelve, y permanezco así más tiempo del que debería. ¿Por qué no puedo alejarme de Xander Spence y ya está, sin mirar atrás? La campana de advertencia suena detrás de mí.

–Tengo que irme.

Me aparto y me giro para marcharme.

–Caymen –dice, deteniéndome.

Me vuelvo hacia él.

–Dime.

–¿Recuerdas el empleado que no sabía utilizar la plancha?

–Sí.

–No lo despidieron. Sé que eso te molestó, así que… No lo despidieron.

¿Por qué esa noticia hace que me entren ganas de llorar?

–Bien. A lo mejor debería venir a la próxima jornada de orientación profesional que organice yo, donde aprenderemos cómo plancharte correctamente todas las camisetas.

–Le haré llegar la invitación.

* * *

Por la tarde, mientras estoy sentada detrás de la caja registradora haciendo los deberes y mi madre limpia los mostradores, se ríe.

–¿Qué pasa? –pregunto.

–El nieto de la señora Dalton.

–¿Xander?

–Sí, Xander. Ha sido muy gracioso esta mañana.

–¿Ah, sí? –pregunto esperanzada. A lo mejor sí que le ha causado una buena impresión a mi madre. A lo mejor, después de todo, no le molesta que pasemos tiempo juntos.

–No creo que quisiera que le tiraras la basura. Y después, cuando te has marchado, me ha dicho que le gustaba mucho tu nombre, y que el año pasado fue a las islas Caimán. Me ha preguntado si iba muy a menudo, como si todas las personas pudieran ir a donde quisieran cada vez que quisieran.

Normalmente soy yo quien se ríe de los ricos, y ella quien me dice que me contenga. Durante años eso me hacía enfadar, porque sabía que ella pensaba igual que yo. ¿Y ahora elige a Xander para meterse con él? Noto un nudo en la garganta, y aunque no creo que pueda hablar con él, lo intento de todos modos.

–Pero parecía majo.

Ella se encoge de hombros. Cada hueso defensivo de mi cuerpo está temblando.

–¿Vas a ver a Mason hoy? –pregunta, y su cambio abrupto de tema me deja sin habla–. Me gusta mucho el sentimiento de su tatuaje. No me gustan mucho los tatuajes en general… son muy permanentes. Pero me gusta el mensaje del suyo.

–¿Aceptación? –pregunto, esperando a que se dé cuenta de lo irónico que es eso después de lo que acaba de decirme.

–Sí, es un mensaje precioso. Estoy segura de que conoce a mucha gente que no lo acepta tras una primera impresión. Me siento muy orgullosa de ti por ser capaz de ver más allá de eso.

–¿Más allá de qué, mamá? ¿De su color de piel?

–¿Qué? No. Esto no tiene nada que ver con su color de piel. Vaya, Caymen, ¿de qué crees que estoy hablando?

–No lo sé; eso es lo que estoy tratando de averiguar.

Sé de lo que está hablando: del piercing en el labio, su tatuaje, su tic… pero me siento demasiado irritada como para ser complaciente. ¿De verdad no puede ver la hipocresía de lo que está diciendo?

–Voy a hacer los deberes arriba.

–Vale.

Cuando cruzo el umbral, lo comprendo: sospecha que hay algo entre Xander y yo. Por eso ha dicho lo que ha dicho. Por eso estaba menospreciando a Xander y alabando a Mason. Es su forma sutil de conducirme por el camino que quiere que siga. Tiene que ser eso. Quiero darme la vuelta y preguntarle si tengo razón. Pero ¿de qué serviría, si él tiene novia?

En el piso de arriba, paso junto a la encimera de camino a mi habitación y veo otra factura dentro de un sobre rosa. La preocupación se suma de inmediato a mi irritación. No sé cuál de las dos emociones es peor.

CAPÍTULO 25

Miro entre los estantes del Ejército de Salvación con Skye, tratando de no pensar demasiado.

Ella suspira.

–Supongo que no entiendo lo que ha pasado.

–¿Qué es lo que hay que entender? Tiene novia. Estoy segura de que ese es el fin de la historia.

Hace un par de días que no lo veo, y, cuando no está, siempre puedo pensar en las cosas con mayor claridad.

–Pero su forma de mirarte es tan… –Se detiene, tal vez al darse cuenta de que así no está ayudando en absoluto–. Lo siento. Cambiemos de tema.

Sostiene una falda en alto y me mira levantando las cejas.

–Ese color no te pega.

Vuelve a dejarla en su sitio.

–Y ya que cambiamos de tema, ¿qué pasa con Tic? Le gustas mucho.

–A Mason le gusta quienquiera que tenga delante en ese momento.

–Vale, tal vez tenga la capacidad de atención de un insecto, pero creo que podría sentar la cabeza. –Levanta otra falda y yo asiento con un gesto, así que la añade a la pila creciente que lleva sobre el brazo–. De verdad que es un tío increíble cuando lo conoces. Van a tocar mañana en La Playa, y para ellos es muy importante. Deberías venir.

Debería ir. Es cierto que Mason pega mucho conmigo. A mi madre le gusta, a mi mejor amiga le gusta, y sé que a estas alturas a mí también podría haberme

gustado, si no hubiera otra persona en medio.

Mi mano se detiene en el vestido negro, el que encontré cuando vine aquí con Xander. Me sorprende que todavía se encuentre aquí. Es increíble. Lo saco y paso una mano por las cuentas cosidas a mano.

Skye suelta un jadeo.

–Es precioso.

Vuelvo a dejarlo en el estante, y pongo la prenda de al lado, un horrible mono de licra, justo delante de él.

–Ah, ni de coña –dice Skye, que se acerca a mí y libera el vestido–. Te lo vas a comprar.

–No.

–Sí.

–¿Por qué? ¿Dónde podría ponérmelo?

–Eso es lo de menos. Si encuentras algo como esto, tienes que comprarlo. Esta es la clase de vestido en torno al cual planeas un evento.

Me muerdo el labio.

–No tengo cuarenta dólares.

–Yo sí, así que te lo voy a comprar. Será mi regalo de compensación porque te haya jodido un tío rico.

Me río un poco.

–Te lo devolveré.

* * *

Skye tenía razón: La Playa, un club cuyo nombre es demasiado literal, es un recinto mucho más grande, y me sorprende ver cuánta gente ha ido para escuchar tocar a los Sapos Crujientes. Las olas se mueven detrás del enorme escenario, y el viento salado mejora la actuación. Es un concierto genial, pero yo ya estoy planeando mi estrategia para marcharme pronto. De todos modos, no conseguiríamos hablar con los del grupo después del concierto con tanta gente tratando de atraer su atención.

Skye ha hecho unas horribles camisetas con sapos aplastados, y yo llevo una en contra de mi buen juicio.

–Dos canciones más y tengo que irme –le grito a Skye mientras Mason canta con esa voz suave como la miel.

–Sabía que tratarías de marcharte temprano, así que he hecho planes para después del concierto.

–¿Planes? ¿Qué quieres decir?

Señala el escenario con la cabeza.

–Los chicos quieren salir un rato.

Echo un vistazo hacia Mason, y él me mira a los ojos. Me canta directamente a mí durante un par de versos, y no me extraña que las chicas lo acosen después de algo así. Mi corazón da un vuelco.

–Vale. Me quedaré.

Skye suelta una risita.

–Pues claro que sí.

Cuando termina la última canción, espero que Mason desaparezca detrás del escenario durante un rato, tal como hizo en el último concierto al que fui, pero no lo hace. Suelta el micrófono, salta del escenario y cruza entre un público lleno de manos que tratan de agarrarlo, dirigiéndose directamente hacia mí. Para cuando me alcanza, tengo el corazón en la garganta.

–Hola.

Ha dicho esa única palabra de una forma tan rasposa y emocional que me doy cuenta de por qué actúa tan bien.

–Hola.

Me toma la mano y me la aprieta.

–No te vayas.

–Vale.

Entonces lo hace. Se dirige hacia el escenario, pasa a un lado a través de una fila de hombres fornidos, y desaparece de la vista. Lo observo durante todo el camino, y cuando se va me sacudo para salir del trance.

–Te dije que estaba loco por ti.

Recobro los sentidos y veo que su pequeña actuación ha atraído mucha atención. Hay demasiada gente mirándome.

–Necesito un poco de agua –digo.

–¿Me traes un refresco? –pregunta Skye, y me entrega un billete de cinco.

Camino por la arena con los pies desnudos, preguntándome por qué no habré dejado los zapatos en el coche en lugar de haberlos dejado en el guardarropa. Estaban tardando una eternidad en devolver las cosas. Hay un chico sentado en el bar que me resulta vagamente familiar. Y teniendo en cuenta que me está mirando fijamente mientras me dirijo hacia allí, él también debe de reconocerme. Sin embargo, no logro situarlo, y mi mente trata de recordar a toda la gente del instituto. Me doy cuenta de que su cerebro debe de estar haciendo algo parecido cuando sus ojos se iluminan al reconocerme. Ahora es él quien tiene ventaja, porque yo no lo sitúo.

–Eres la amiguita de Xander, ¿verdad?

Su frase apesta a arrogancia, y en cuanto la pronuncia me doy cuenta de que se trata de Robert, el del restaurante. El que creía que me había llamado vagabunda. Estoy comenzando a pensar que Xander había mentido para defenderlo.

–Sí. Hola.

Me inclino hacia la barra y pido una botella de agua y un refresco.

–¿Te ha traído Xander esta noche? –me pregunta Robert cuando el camarero se gira para preparar mi pedido.

Entrecierro los ojos. Ahora que Xander no está aquí, no siento la necesidad de ser educada.

–No. Conozco al grupo. ¿Cómo has entrado aquí?

Se ríe y me recorre con la mirada.

–Veo el atractivo. Tienes unos buenos… ojos. Cuando Xander se aburra de jugar contigo, podríamos quedar algún día.

Nunca había pensado que tuviera el instinto de tirarle un refresco encima a alguien a propósito, pero mi mano reacciona de forma automática. Sin embargo, él también tiene instintos, probablemente ocasionados por una vida de gente tirándole refrescos encima. Su mano sale disparada y me agarra la muñeca.

–Esa no es una buena idea –me dice, y unas gotitas de refresco se derraman por el borde–. Esta camisa cuesta más que tu alquiler de un mes.

–Lástima que hayas tenido que vender tu alma para permitírtela.

–¿Va todo bien? –pregunta Mason, que aparece por detrás y me rodea la cintura con los brazos.

Estoy a punto de asesinar a alguien, eso es todo.

–Vámonos.

–Tenemos que volver a vernos –dice Robert detrás de mí. Me cuesta un tremendo esfuerzo no tirarle el refresco encima, con vaso y todo.

–¿Quién era ese? –me pregunta Mason mientras nos alejamos.

–Nadie de quien merezca la pena hablar siquiera.

Solo que no puedo dejar de pensar en él. Es amigo de Xander. ¿Es así como actúa él cuando yo no estoy? Me siento como si estuviera hirviendo de rabia.

–¿Caymen? –Mason me quita la botella de agua y me sujeta la mano–. ¿Tengo que darle una paliza a ese tío?

Me agarro a él con fuerza.

–No. No vale la pena –vuelvo a decirme. Pero sé que esto ya no se trata de Robert. Y estoy intentando decidir si ese consejo sigue teniendo efecto.

CAPÍTULO 26

L a noche siguiente decido que tengo que terminar la página web que he estado montando poco a poco durante las últimas semanas, así que meto las fotos en el ordenador. Por desgracia para mí, además de las fotos de las muñecas también se abren todas las de la sesión de fotos de Xander en la suite del hotel. Incluso en una fotografía, su sonrisa tiene la capacidad de ablandarme.

Observo las fotos, deteniéndome en aquellas en las que lo había hecho sonreír. En la foto de esa revista con Sadie Newel no estaba sonriendo. Seguro que ella no es capaz de hacerle reír. Suelto un gruñido de frustración. «¿A quién le importa eso, Caymen? Está con ella.» Trato de borrar las fotos suyas, pero no soy capaz de hacerlo. En lugar de eso, guardo todas las fotos de las muñecas en una carpeta y la abro, para no tener que seguir mirando los ojos color ámbar de Xander.

Añado los nombres y los precios bajo las muñecas.

–¿Es una nueva página de pedidos? –pregunta mi madre al entrar en la cocina.

–No.

Sonrío. Había planeado sorprenderla cuando tuviera la página terminada, pero ya falta muy poco y debo compensarla por la actitud con la que he estado tratándola últimamente. Paso desde las fotos hasta la página principal.

–He estado trabajando en algo para la tienda.

Se coloca detrás de mí. En la pantalla hay un cartel en el que pone «Muñecas y Más». Había pensado en quitar ese «y Más», pero ya casi me parece una tradición. Y tal vez podríamos añadir más cosas cuando la página esté en marcha. Bajo la mirada un poco, hasta el lugar donde aparece el nombre de mi madre y su información de contacto.

–Quiero añadir una foto tuya aquí. A lo mejor podríamos sacarte una fuera de la tienda, enfrente del escaparate o algo así.

–¿Qué es esto? –pregunta.

–Es una página web que estoy diseñando para la tienda. –Extiendo los brazos a los lados, y digo con una voz falsamente chillona–: ¡Sorpresa!

–Una página web –repite con voz baja y plana.

–Va a ser genial, mamá. Ayudará a reflotar el negocio, a conseguirnos más ventas. Es el siguiente paso para nuestro crecimiento.

–No.

Eso es todo lo que dice, y a continuación se da la vuelta y pasa junto a la encimera para entrar en la cocina.

Me siento confusa.

–¿No?

Saca un vaso del armario y lo llena de agua del grifo.

–No quiero una página web.

No tenemos televisión por cable ni teléfonos móviles, ni siquiera un ordenador más moderno, pero no es porque mi madre piense que la tecnología es el diablo ni nada parecido. En realidad es porque no podemos permitírnoslo.

–Es barato, mamá. El dominio cuesta menos de veinte dólares al año, y yo puedo encargarme de ella. Incluso podrías encargarte tú cuando la pongamos en marcha. Es muy fácil, y…

–He dicho que no, Caymen. No la quiero.

–¿Por qué?

–Porque lo digo yo.

–Esa no es una respuesta, mamá, es un cierre de conversación.

–Estupendo, porque esta conversación ha terminado.

Pone el vaso de golpe en la encimera, y me sorprende que no se rompa. A continuación, sale a zancadas de la cocina y entra en su habitación.

Cierro las páginas que había abierto en el ordenador, tratando de permanecer calmada. Lo que realmente quiero hacer es tirar el ordenador al suelo, pero no lo hago. Apago la pantalla, bajo lentamente la escalera y salgo al exterior. Después empiezo a correr, y no me detengo hasta que tengo las mejillas entumecidas, las piernas doloridas y siento que mis pulmones están a punto de estallar.

Para cuando regreso a la tienda, estoy empapada en sudor y necesito hablar del tema con alguien. Descuelgo el teléfono y marco el número de Skye, pero salta directamente el contestador. Mis dedos tamborilean sobre la pared con un ritmo impaciente, y decido no dejar ningún mensaje.

Debería llamar a Mason, pero no lo hago.

Saco la carpeta de debajo del mostrador y la pongo encima de nuestro calendario demasiado grande. Busco el número de la señora Dalton.

Estoy a punto de acobardarme mientras escucho los tonos.

–Diga –responde la señora Dalton.

–Hola… –Podría decirle que me he equivocado de número. Suelto un jadeo al darme cuenta de que son más de las nueve. ¿Y si ya estaba en la cama?–. Siento llamar tan tarde. Soy Caymen… de la tienda de muñecas.

–No es tarde en absoluto, y solo conozco a una Caymen –dice–. ¿Cómo estás?

–Bien.

–¿He encargado algo? No me acuerdo, pero eso no significa que no lo haya hecho.

–Como si fuera a olvidarlo si encargara algo –replico.

–Eso es cierto. Entonces, ¿llamas para ver si me he muerto? Puede que parezca vieja, pero solo tengo sesenta y siete años.

–¿De verdad? Y yo que pensaba que tendría cuarenta y pico.

–Buen intento.

Tomo aire.

–Esperaba que pudiera darme un número de teléfono. Creo que él mismo me lo hubiera dado… Supongo que lo que quiero decir es que no estoy tratando de conseguirlo a sus espaldas ni nada por el estilo. Incluso me llamó una vez, así que no creo que le importe que lo tenga.

–Respira hondo, cariño.

–Lo siento.

–¿Quieres el número de teléfono de Alex? Es un encanto, ¿verdad?

–No. Bueno, sí que lo es, pero solo somos amigos.

Y ahora mismo necesito un amigo.

–Eso es lo que me parecía. –Me río: la señora Dalton es muy graciosa–. Sí, déjame que lo busque. Tengo un teléfono muy bonito que puede guardar cientos de números, pero sigo escribiéndolos en mi cuadernito rojo. –Me doy cuenta de que estoy conteniendo el aliento a causa de la expectación–. ¿Estás preparada? –pregunta.

Más que preparada.

–Sí. –Escribo el número sobre el calendario–. Muchas gracias.

–No es nada. Dile hola de mi parte.

Cuelgo el teléfono y miro fijamente el número durante una eternidad. Quiero hablar con él. Necesito hablar con él. Pero noto algo que se retuerce en mi interior. Cierro los ojos con fuerza, y cuando vuelvo a abrirlos marco el número rápidamente antes de cambiar de idea. Suena tres veces, y me da la impresión de que pasan varios minutos entre cada una.

Finalmente, responde.

CAPÍTULO 27

–Diga.

Su voz familiar alivia mi tensión automáticamente. No se parece en nada a Robert. Si fuera como él, se habría ido nada más descubrir que vivía encima de una tienda de muñecas. Me relajo con esa idea.

–¿Alex?

No sé por qué ese es el nombre que sale de mi boca. Probablemente sea porque lo he escrito junto a su número de teléfono cuando la señora Dalton lo ha llamado así.

–¿Caymen?

–Sí. Hola.

–¿Cómo que Alex? –pregunta.

–Lo siento. Me he liado. Es que estaba hablando con tu abuela.

–Mira por dónde.

Estoy tumbada en el suelo, detrás de la caja registradora, y me siento un poco como Skye mientras miro hacia el techo. Esta posición ayuda a pensar; no me extraña que pase tanto tiempo así.

Permanecemos en silencio durante un largo rato.

–¿Necesitabas algo? –dice al fin.

A ti.

–Necesitaba mi chocolate caliente de las mañanas, pero alguien ha hecho que me volviera adicta para después quitármelo.

–¿Esa es tu forma sutil de decirme que me echaste de menos la semana pasada?

–Echaba de menos el chocolate caliente. Tan solo pienso en ti como el tío que me lo trae. A veces se me olvida tu nombre y te llamo «el tío del chocolate».

Se ríe un poco, y me doy cuenta de que estoy deseando poder verle la cara, para contemplar cómo se le iluminan los ojos al sonreír.

–Pues yo he echado de menos tu ingenio.

–Es lógico. –El corazón me late con fuerza en las sienes–. Nunca llegué a darte las gracias por prestarme la cámara.

–¿Significa eso que ya has terminado la página web? ¿Cuál es la dirección? Quiero ver a esas muñecas ladronas de almas en mi pantalla.

Oigo unos papeles que se mueven al otro lado de la línea, y me pregunto si estará estirando el brazo sobre un escritorio o algo así para tomar el ordenador.

–No. Quiero decir que no hay dirección. Mi madre no la quiere.

–Ah. ¿Y eso?

–En realidad no estoy segura. Iba a darle una sorpresa, a enseñarle lo que había hecho, y entonces se ha enfadado conmigo. Se ha cerrado completamente y ha dicho que no la quería. No es nada propio de ella.

–¿Qué has puesto en la web?

–Esa es la cosa. Solo le he enseñado el cartel y nuestra información de contacto. Estaba contándole que también quería subir una foto suya.

–¿Es tímida con las cámaras?

Coloco el pie sobre la pared y dejo que mi mano libre flote por encima de mi cabeza.

–No.

–A lo mejor es solo que no quiere algo así en internet, su cara junto al lugar donde vivís. Es básicamente como si estuvieras poniendo vuestra dirección en la

página, con una foto suya. Comprendo que pueda darle miedo que un montón de extraños sepan dónde vivís. ¿Hay alguna forma de hacerlo sin la información personal?

He dejado de respirar, pero solo me doy cuenta porque veo unos bordes negros en mi campo de visión. Tomo aliento. ¿Está preocupada porque un montón de extraños descubran dónde vivimos, o por una persona muy en concreto? Mi padre.

–¿Te encuentras bien?

Hago un «hum», pues no confío en mi voz. Noto la garganta tensa, y no sé si las palabras podrán atravesarla siquiera.

–¿Estás segura?

Trago saliva.

–Sí. Creo que tal vez tengas razón.

Teniendo en cuenta cuánto me duele la garganta, me sorprende comprobar lo normal que suena mi voz.

–Suelo tenerla.

–¿Lo habrá intentado?

Tardo un momento en darme cuenta de que lo he dicho en voz alta, y otro momento en darme cuenta de que Xander ha dicho algo y está esperando la respuesta a una pregunta que no he escuchado.

–¿Qué?

–He dicho que quién ha intentado qué.

Me obligo a sentarme, y después me pongo en pie. Estar tumbada estaba haciendo que mis pensamientos quedaran demasiado libres.

–Esos extraños a los que te referías. ¿Crees que habrán tratado de encontrarnos para sus siniestros propósitos?

–¿Qué siniestros propósitos son esos?

Me apoyo en el mostrador de atrás, y con un bolígrafo negro me dedico a hacer garabatos alrededor de su número de teléfono, que está escrito en el calendario.

–Ya sabes las cosas para las que los extraños necesitan a la gente… comerse sus caramelos y encontrar sus perros perdidos.

–No me lo trago, ¿sabes?

–No deberías. Son las artimañas que utilizan para atraer a la gente a sus coches y poder llevárselos. Me alegra que no te tragues esas cosas.

–Me refiero a tus bromas. Sé que a veces las usas para esconder cosas.

–Me das demasiado crédito. Verdaderamente soy tan superficial como parezco.

–En absoluto. Y la respuesta a tu pregunta es «sí». Sí, creo que tu padre ha tratado de encontrarte. ¿Qué clase de padre no querría conocer a su hija?

–La clase de padre que salió corriendo solo al pensar en mí.

No sé por qué estoy hablando de esto. Hay una razón por la que evito este tema. Me siento como si alguien me hubiera clavado una aguja en cada centímetro de mi cuerpo, dejándome en carne viva y expuesta.

–Si te hubiera conocido, jamás habría podido marcharse.

Cierro los ojos. ¿Qué clase de hombre podría haber huido de ese modo, dejando a mi madre en ese estado? La clase de hombre que estaba aterrorizado. Aterrorizado de lo que le haría a su futuro. Desde luego, yo arruinaba el futuro de la gente, y mi madre es la evidencia de ello. En realidad, solo era un chico joven, con un futuro demasiado lleno de posibilidades y el dinero necesario para hacer que sucedieran. Probablemente se parecía mucho a Xander. Y por eso, cuando mi madre lo veía, no podía evitar ver su propio pasado.

–¿Tú hubieras podido marcharte?

–Jamás. –No soy capaz de decidir si eso me hace sentir peor o mejor–. Eso es lo que me hace pensar que lo ha intentado, Caymen. Un arrepentimiento como ese

no desaparece.

Suponiendo que se arrepienta.

–¿Tan difícil es encontrar a una chica?

–A lo mejor tu madre no te ha contado nada acerca de sus intentos.

–Mi madre no me escondería algo parecido. –Mientras digo eso, mis ojos se fijan en el cuadro del calendario, donde había escrito «reunión de dueños de negocios». A lo mejor sí que estaba escondiéndome algo parecido. Y si así era, entonces a lo mejor Xander tenía razón. A lo mejor me estaba escondiendo muchas cosas–. ¿Qué haces el miércoles por la tarde?

–Estoy libre.

–Jornada de orientación profesional. A las seis y media. Ven a la tienda.

–Es mi turno para las jornadas de orientación profesional. Tengo algo planeado para mañana, ¿recuerdas?

–Bueno, vale. Mañana tú, y el miércoles yo. –Me aclaro la garganta–. Salvo que sea demasiado. No vas a meterte en problemas por verme tanto, ¿verdad?

Quiero añadir «las novias pueden llegar a ponerse muy celosas», pero no lo hago porque temo que pueda sonar con amargura. Y eso es lo último que quiero que parezca.

–No, claro que no. Ya te he dicho que les caes muy bien a mis padres.

Ya no puedo dudarlo, ahora que sé que sus padres no piensan que esté saliendo conmigo.

–Mañana por la tarde me viene mejor que por la mañana.

–¿Qué te parece a las dos?

–Genial. Nos vemos mañana, entonces.

–¿Caymen?

–¿Sí?

–No tienes que colgar. Si necesitas hablar un poco más, tengo tiempo.

El nudo que tengo en el estómago se suelta con la sugerencia, y justo cuando estoy a punto de abrir la boca, oigo una voz de chica al otro lado de la línea.

–Xander, ¿por qué estás tardando tanto? ¿Estás al teléfono?

–Sí, siento hacerte esperar. Enseguida bajo, dame cinco minutos.

–¿Con quién estás hablando? –pregunta la chica.

–Una amiga. –Se cierra una puerta, y entonces oigo la voz de Xander más alta–. Lo siento.

–No pasa nada. Parece que tienes que irte. Nos vemos mañana a las dos. Adiós.

Cuelgo antes de que pueda detenerme, orgullosa de que mi voz suene calmada, porque me siento como si alguien me hubiera cerrado la mano sobre la garganta. Se acabaron las llamadas telefónicas. No ayudan.

CAPÍTULO 28

E spero en la acera. Cada minuto que pasa de las dos en punto me parece una eternidad. Pienso que a lo mejor ha cambiado de idea. A lo mejor Sadie Newel le ha dicho que no podía hablar con sus amigas tan tarde por la noche y hacer «jornadas de orientación profesional» con ellas.

A las dos y siete minutos, su coche dobla la esquina. Xander aparca y sale de él.

–Hola –dice.

–Hola.

Mi cuerpo sigue reaccionando ante él como siempre lo ha hecho: el ritmo cardíaco aumenta, y un hormigueo se extiende por mis brazos y me sube por el cuello.

Mira por encima de mi hombro en dirección a la tienda, y después otra vez a mí.

–¿Estás lista? –Asiento con la cabeza, y él levanta una mano y la lleva hasta mi hombro–. ¿Te encuentras bien?

Lo miro a los ojos y tengo ganas de decir: «No, me siento como una mierda. Mi madre me guarda secretos, probablemente me quedaré sin casa dentro de un mes, mi padre salió huyendo para escapar de mí, y tú tienes una novia que los dos fingimos que no existe».

Pero simplemente digo:

–Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

No debe de creerme, porque me da un abrazo. Cierro los ojos y respiro su aroma.

–Estoy aquí –dice contra mi pelo.

Quiero preguntar durante cuánto tiempo seguirá estando.

–Eres un buen amigo –respondo en su lugar, y después me separo de sus brazos.

El trayecto en coche es silencioso, hasta que Xander aparca en el aeropuerto.

–Eh… –Observo un avión que está despegando, y después dirijo la mirada aturdida hacia Xander–. ¿Vamos a ir en avión a algún sitio?

–No tienes miedo de volar, ¿verdad?

–No lo creo.

–¿Nunca has subido a un avión?

–No.

Y a lo mejor sí que tengo miedo, porque las palmas de las manos empiezan a sudarme.

–¿De verdad?

Me examina durante un momento, como si estuviera tratando de resolver un rompecabezas.

–Sabes que le dije a mi madre que estaría de vuelta esta noche, ¿verdad?

–Sí. Lo estarás.

–Vale.

No me hubiera sorprendido que Xander entrara en la cabina de mando del jet privado en el que embarcamos y pusiera en marcha los motores, pero por suerte no lo hace. Hay un piloto esperándonos.

Nos acomodamos en unos asientos que se encuentran el uno enfrente del otro. Xander saca una botella de agua de un armarito que hay debajo de su asiento, toma un sorbo y me la entrega. A continuación saca otra para él.

–¿Agua prebebida? En este vuelo son muy serviciales.

Me dirige una sonrisa. Sin embargo, no dura demasiado, y trato de pensar en algo más que decir para que vuelva a aparecer. Es una buena distracción, y he

echado de menos su sonrisa. Debería decírselo, pero no lo hago.

Tiene la atención puesta en la pantalla de su teléfono móvil, y veo que comienza a mandar un mensaje, o a escribir un mail o algo así. Me quito los zapatos y me coloco un pie por debajo del cuerpo, tratando de ponerme cómoda, tratando de olvidar que estoy sentada en un avión a punto de despegar.

Xander se mueve un poco y da una palmada en el espacio que hay junto a él.

–Puedes poner los pies aquí si quieres.

–¿No tienes fobia a los pies?

–¿Es que eso existe?

–Claro, es una enfermedad real. Hay grupos de apoyo, terapeutas, etcétera. –Subo los pies hasta el asiento que hay junto a él, y mi tobillo le roza el muslo–. ¿No te falta el aliento? ¿No te late el corazón con rapidez?

Deja una mano sobre mi pie mientras continúa trasteando con el teléfono. Sus ojos se encuentran con los míos, divertidos.

–¿Son esos los indicadores? Tal vez tenga un problema, después de todo.

¿Por qué tiene que decir cosas como esa? Antes de conocerlo, pensaba que sabía cuándo un tío estaba tratando de ligar conmigo. Pero él me dice las cosas con tanta sutileza, con tanta suavidad, que es difícil saber si lo hace a propósito o si simplemente está siguiéndome el juego con las bromas.

A lo mejor debería preguntárselo directamente y ya está. «¿Qué piensa tu novia de mí?» Es una pregunta justa.

–¿Xander?

–¿Sí?

–¿Qué…? –Baja el móvil y me dirige toda su atención–. ¿Qué estás haciendo con el móvil? ¿Estás jugando a Palabras con amigos o algo así?

Soy una cobardica. Una vez que la verdad quede al descubierto, tal vez empiece

a tratarme como si tuviera novia.

Y eso no es lo que quiero. Ese es el problema.

Se ríe un poco.

–No. Estoy mirando unas propuestas para la página web antes de perder la conexión. Perdona, ya lo dejo. Estoy siendo maleducado.

–No. No pasa nada.

Los motores que hay al otro lado de la ventana se ponen en marcha, y yo me tenso.

Xander guarda el teléfono y me sujeta el tobillo.

–Lo peor es el despegue. Una vez que estemos en el cielo, ni lo notarás.

–¿Y qué hay del aterrizaje?

–Bueno, vale, lo segundo peor es el despegue.

Las luces de la cabina se atenúan y el avión avanza hacia delante, en dirección a la pista. Xander traza patrones en mi tobillo con el pulgar. Debería sentirme nerviosa por el avión, pero todas las terminaciones nerviosas de mi pierna están vibrando con su tacto. Observo las luces que pasan junto a nosotros mientras el avión adquiere velocidad, y después cierro los ojos cuando la presión del despegue me empuja contra el asiento. Cuando nos quedamos firmes en el aire, me relajo.

Xander me suelta el tobillo.

–Ya está. ¿Ves qué fácil?

–Ahora solo tenemos que aterrizar.

–Exactamente.

Miro a mi alrededor.

–Hay baños en los aviones, ¿verdad? ¿No es solo cosa de las películas?

Señala detrás de mí. Cuando me pongo en pie y comienzo a moverme junto a él, el avión entra en alguna clase de turbulencia que me desequilibra. Me sujeto a los hombros de Xander.

–Les he pagado bien para que lo hicieran en el momento preciso –dice. Su forma de no flirtear es verdaderamente irritante.

Estoy a pocos centímetros de su regazo. Tan solo tendría que relajar las piernas un poco y estaría sentada sobre él. La tentación de hacer exactamente eso es muy real. Me estabiliza con una mano en la cintura, solo que no me empuja para ayudarme a levantarme. Únicamente deja la mano ahí, contra mi cintura, y me mira a los ojos.

Ahora tengo la garganta constreñida por razones distintas. Y entonces el avión vuelve a dar otra sacudida, y puede que sea mi imaginación, o mis piernas débiles, pero juraría que en lugar de sujetarme con la mano que apoya en mi cintura, me ha empujado hacia delante. Porque ahora estoy sobre su regazo, con las manos todavía sobre sus hombros.

–Hola –dice.

–Lo siento.

–¿Por qué?

–Porque te guste tanto coquetear.

Se ríe.

–Eres tú quien se encuentra encima de mi regazo. Yo estaba aquí sentado, ocupándome de mis asuntos.

–¿Solo ha sido el avión, entonces?

–Pues claro. –Trato de levantarme, pero él vuelve a hacerme bajar–. Vaya, el avión está dando muchos tumbos hoy –dice.

–Qué gracioso. –Solo que no es gracioso en absoluto. Una oleada de furia me atraviesa. Tiene novia, pero le gusta mucho coquetear. No quiero ser un secretito sucio. Si eso es lo que piensa que soy, lo lleva bien claro–. Deja que me levante.

Debe de notar la seriedad en mi voz, porque esta vez sí que me ayuda a ponerme en pie. Me encierro en el lavabo el tiempo suficiente para recobrar la compostura. Después de esta noche, tengo que terminar las cosas con Xander Spence. Lo digo en mi cabeza, y después en voz alta frente al espejo.

–Tengo que terminar las cosas con Xander Spence.

Soy tan convincente que casi me creo a mí misma.

Regreso a mi asiento.

–¿Tienes frío? ¿Calor? ¿Hambre? –pregunta.

–No, estoy bien.

–El asiento se reclina, por si quieres dormir.

–¿Es un vuelo largo?

–No, una hora o así.

No puedo imaginar cuán lejos llegaremos desde donde estamos en una hora. En coche no llegaríamos más allá de Oakland, pero por el aire es diferente.

–¿Alguna conclusión? –pregunta.

–¿Qué?

–¿Has averiguado adónde vamos basándote en tus increíbles habilidades de observación?

–No.

Me molesta que me conozca tan bien como para saber que estaba planteándome exactamente eso. Reclino el asiento hacia atrás y finjo dormir durante el resto del trayecto. Debido a mi recién encontrada determinación, tengo que sufrir el aterrizaje sin su ayuda.

* * *

–Ese es mi hermano –dice Xander, y señala al chico que nos está saludando con la mano mientras salimos del avión a la pista de aterrizaje. Me giro y trato de volver a entrar en el avión–. Quédate quieta –me pide, sujetándome la mano–. Te caerá bien. Lucas. –Se dan un abrazo con una única palmada en la espalda–. Esta es Caymen Meyers.

Lucas se gira hacia mí y me da la mano, con una sonrisa llena de sinceridad. Y eso es lo otro que me extraña tanto. Sea una amiga o no, ¿por qué su familia actúa como si esto fuera tan normal? ¿Como si no les importara que Xander haya recogido a una chica cualquiera de la calle y ahora esté quedando con ella y llevándola por ahí en el jet privado de la familia? Algo no encaja.

Lucas y Xander comienzan a ponerse al día de sus vidas, como si no se hubieran visto en meses. A lo mejor es así.

–¿Papa te va a obligar a volver a casa para el evento benéfico? –pregunta Xander mientras llegamos a un todoterreno negro aparcado en la calle.

Lucas suspira. No se parece en nada a Xander. Tiene el pelo rubio, mientras que el de Xander es castaño. Su tez es clara, mientras que la de Xander es olivácea. Pero los dos tienen el mismo aire.

–Sí. ¿Crees que podría contratar a un doble?

–Ya sabes que es el bebé de mamá. Un día dije en la mesa del desayuno que no tenía ganas de que llegara ese día, y ella casi rompió a llorar. Así que ahora finjo que es lo más emocionante del mundo, que funciona mucho mejor. –Xander abre la puerta del copiloto y aguarda, como si esperara que yo entrara en la parte delantera. Sonrío.

–Puedes sentarte junto a tu hermano.

Abro la puerta de atrás y subo.

–Mamá se estresa mucho –dice Lucas cuando todos hemos tomado asiento.

–Lo sé.

–¿Va a ir Scarlett? Porque no sé si podré soportarla este año.

–No lo sé. Anoche estuvo en casa y no dijo nada, pero estoy seguro de que mamá trató de convencerla. Habló con mamá y papá durante un rato mientras yo no estaba. –Xander lanza una mirada en mi dirección y sonríe, y me doy cuenta de que Scarlett debe de ser la chica que interrumpió nuestra llamada telefónica anoche, no Sadie–. Pero seguro que tendrá algún cotilleo sobre todos los que vayan al evento benéfico. Es como nuestra propia fuente personal de información horrible. No sería lo mismo sin ella.

Lucas me mira por encima del hombro.

–No deberíamos hablar de estas cosas o vamos a asustar a la pobre Caymen. No te preocupes, te gustará. Habrá un montón de señores mayores repulsivos que querrán bailar contigo. Mucha comida con aspecto de estar a punto de salir corriendo del plato. Y el grupo que tocará será tan emocionante que ni siquiera necesitan vocalista.

–Yo soy miembro de ese grupo. Me alegra que te guste.

–No. O sea, sí –tartamudea Lucas–. El grupo es genial. Solo estaba diciendo tonterías. Lo siento.

Xander se ríe.

–Está de broma, Luke. No es miembro del grupo.

Lucas niega con la cabeza y me mira a los ojos por el retrovisor.

–Lo has dicho con una cara tan seria que estaba seguro de que era verdad.

–Es muy buena con el sarcasmo.

Doy un golpecito en el reposacabezas de Xander.

–Pensaba que estábamos de acuerdo en que la palabra correcta era «excepcionalmente».

–Estoy tratando de no alentarte.

–¿Y funciona?

Lucas sonríe.

–A lo mejor el evento benéfico no será tan aburrido como pensaba. Se sentará a nuestra mesa, ¿verdad?

–Caymen es muy lista. Se niega a ir conmigo.

–¿Qué? –Lucas le da un puñetazo en el brazo a Xander–. ¿Esto ha pasado alguna vez anteriormente? ¿Necesito apuntarlo en algún sitio? –Mira a su alrededor, y al final acaba agarrando el teléfono de la consola central y se lo lleva a la boca como si fuera un dispositivo de grabación–. Una chica se ha negado a ir a un sitio con Xander. Avisad a la prensa.

–Lo que tú digas –replica su hermano.

–Y ya que hablamos de ello… ¿Dos semanas seguidas? Es impresionante, hermanito. Yo debo de ser demasiado aburrido como para que se preocupen por mí estos días.

–¿De qué estás hablando? –pregunta Xander.

–De Starz. –Pone los ojos en blanco con un suspiro al ver que Xander no parece tener ni idea. Si yo no supiera exactamente de qué está hablando Lucas, tal vez tendría el mismo aspecto–. La revista. Tú. En primera página.

–¿En serio?

Suena más enfadado que sorprendido.

–Sí. Dicen que estás saliendo con Sadie otra vez.

–¿Qué? –Señala más allá del semáforo donde estamos parados, a la tienda que hay en la esquina contraria–. Para ahí.

Lucas se encoge de hombros, obedece y aparca allí. Xander apenas espera a que el coche se detenga antes de saltar fuera y desaparecer en la tienda fuertemente iluminada.

CAPÍTULO 29

M ientras esperamos en el coche, Lucas se gira en el asiento y apoya los brazos sobre el respaldo.

–¿De qué va todo esto?

El corazón me late a toda velocidad. Ya se ha revelado el «secreto» de la novia, y me pregunto qué es lo que Xander dirá o hará ahora.

–Debe de estar enfadado porque hayan publicado algo sobre él y Sadie.

–Seguro que tienes razón. Es solo que pensaba que lo sabría.

–Yo también.

Unos minutos después, un ejemplar de Starz se estampa contra la ventana que hay a mi lado, haciéndome dar un salto de sorpresa.

–¿Has leído esto? –grita Xander a través de la ventana, aunque apenas puedo oírlo. Abre la puerta y se sube junto a mí sin esperar a que me aparte–. Lo has leído, ¿verdad? –Prácticamente está encima de mí. Me deslizo a un lado para hacerle hueco–. Conduce, Lucas –añade, y cierra la puerta. A continuación, vuelve a dirigir los ojos hacia mí, y hay fuego en ellos.

–¿Estás enfadado conmigo por haber leído un artículo? Mason me lo enseñó la semana pasada.

–¡La semana pasada! Caymen, ¿por qué no me dijiste nada?

–¿Qué querías que te dijera? ¿«Vaya, qué buena está tu novia»? No me sentía tan generosa.

Lucas se ríe, y Xander le lanza una mirada que lo hace callar de golpe

–A eso voy. Sadie no es mi novia.

–Pero el artículo…

Señalo la revista que está aferrando.

–Esta –señala la foto de Sadie en la portada de la revista– es una foto vieja. –La examina más de cerca–. Del año pasado.

–Pero el otro día te llamó…

–¿Que me llamó? No, no me llamó.

–Puede que yo respondiera al teléfono… dijo que volvería a llamarte.

Saca el móvil y comienza a bajar por la pantalla. Después suelta un gruñido, como si dijera: «Mira, aquí está».

Presiona el botón del altavoz de su móvil, y el mensaje dejado por Sadie Newel suena en el coche.

–Hola, Xander. ¿Dónde estás? ¿Has visto la revista Starz? Menudos idiotas. ¿Cuál es el plan? Necesito que hagas tu magia para que desaparezca. Dime que tu padre les dará un buen golpe.

Suena irritada.

Xander cuelga el teléfono, y después dirige la mirada hacia mí con lentitud, alzando una ceja.

–Ah.

Es todo lo que se me ocurre decir.

–¿Ah?

–¿Qué esperas que te diga? Vi un artículo, y sabía que habías estado en Los Ángeles ese fin de semana. Lo siento por pensar que todos los periodistas son honestos.

–Lo que espero –dice, inclinándose hacia mí– es que me preguntes.

Sus ojos son tan intensos que quiero apartar la mirada… o no apartarla jamás; no

soy capaz de decidirlo.

El corazón me late con fuerza, y me siento tan aliviada de que no esté con Sadie Newel que casi lo rodeo con los brazos. Una broma. Necesito una broma. Rápido.

–Tal vez deberías darme una lista de todas las actrices con las que has salido, y en qué año. De ese modo sabré si es una foto nueva o vieja.

–Yo puedo darte esa lista –interviene Lucas.

Aparto los ojos de Xander y los dirijo hacia su hermano.

–¿Podrías incluir también cualquier heredera o hija de algún millonario? Cualquiera que pueda ser noticia, en realidad.

–Tal vez tarde algún tiempo. Sería una lista muy larga.

Sé que está bromeando conmigo, pero las palabras me calan hondo, recordándome que no debería acercarme siquiera a aparecer en esa lista.

Xander suspira y se reclina en su asiento.

–No es una lista tan larga.

Pone la mano sobre la mía en el asiento que hay entre nosotros y yo trato de no sonreír demasiado.

Nos internamos en los edificios de ladrillo rojo de un enorme campus, y me siento confusa.

–¿Dónde estamos?

–En la Universidad de Nevada, en Las Vegas.

–¿Esta es la universidad que has escogido?

–No. Ya lo verás.

Es muy gracioso ver cuánto se emociona Xander en las jornadas de orientación profesional que organiza él. Tal vez debería ser planeador de vidas o algo

parecido. ¿Existirá esa carrera?

Solo cuando he recorrido a pie el gran campus me doy cuenta de una cosa.

–Estudias aquí –le digo a Lucas.

–Sí, así es.

Eso me sorprende. No es que la Universidad de Nevada sea mala, simplemente pensaba que estaría en una de las de la Ivy League, ese grupo de ocho universidades privadas de prestigio en el noreste de Estados Unidos. Sin embargo, todavía no he averiguado por qué estamos aquí.

Tras pasar junto a un montón de edificios que se parecen mucho, finalmente entramos en uno. Al final del pasillo Lucas llama a una puerta, y un hombre con gafas la abre con una sonrisa.

–Hola. Pasad.

Observo la habitación. Microscopios, quemadores, viales, vitrinas de cristal, placas de Petri. El departamento de Ciencias. El hombre (¿tal vez el ayudante de algún profesor?) dice:

–He oído que tal vez estés interesada en estudiar Ciencias.

Noto los pulmones a punto de explotar.

–Sí.

Comienza a hablar de las diferentes salidas profesionales que puede tener hacer una carrera de Ciencias. Medicina, investigación criminal, análisis, y más y más. Casi todas las que menciona me resultan interesantes.

–Sígueme –dice, y me conduce hasta un microscopio–. Estaba preparándome para analizar esta muestra de sangre. Lo que estoy tratando de averiguar es cuántos glóbulos blancos hay por cada unidad cuadrada. Si miras a través del microscopio y los cuentas, veré si mi número es el mismo que el tuyo.

Hago lo que me pide y le digo el número. Él lo escribe en una casilla en el papel que hay junto al microscopio. A continuación, se dirige hacia una vitrina de

cristal y saca un vial. Me deja inyectar una aguja en él y soltar una gota diferente de sangre en una lámina para analizarla también. Después me muestra distintas bacterias que crecen en las placas de Petri, y me explica de dónde consiguieron cada una, y los resultados. También me muestra unos viejos archivos oficiales con los que estaban trabajando los estudiantes para determinar la evaluación del ADN y las causas de la muerte.

Sé que debo de tener una expresión alucinada en la cara, porque cuando echo un vistazo a Xander veo que esboza la sonrisa más grande que he visto nunca.

–¿Te estás especializando en Ciencias, Lucas? –pregunto.

–No, mi especialidad es Arquitectura. Esta es solo una de mis clases. Y Rick es mi compañero de habitación, es el ayudante del doctor Fenderman.

–¿El doctor Fenderman nos ha atraído hasta aquí para utilizarnos en el futuro como sujetos de prueba?

–Sí, la siguiente parada de la visita es la jaula.

–Guay. ¿Por casualidad está haciendo alguna prueba con vacunas? Estos chicos necesitan pillar alguna enfermedad debilitante para escaquearse de ir a un evento benéfico.

–Mis condolencias –dice Rick. ¿Es que todo el mundo ha ido a un evento benéfico menos yo?

Rick pone otra lámina en su sitio, y yo miro a través del microscopio. Lucas y Rick comienzan a hablar, y mientras yo estudio la lámina noto cosquillas en la nuca.

–¿Te estás divirtiendo? –pregunta Xander. Ahora lo siento muy cerca detrás de mí, y el calor que emana su cuerpo hace que un escalofrío me suba por la columna vertebral.

–Sí. Esto es una pasada.

–Nunca te había visto tan contenta.

Nunca me había sentido tan contenta. Sigo mirando la lámina a través de la

lente, pero no veo nada porque el aliento de Xander me roza ligeramente la nuca. Mi cuerpo reacciona a él, de forma casi involuntaria, y se inclina hacia atrás, contra su pecho.

Él me rodea los hombros con los brazos.

–Deberías especializarte en Ciencias. No hace falta que sea aquí, pero ese campo te pega. Estarías muy mona con una bata blanca de laboratorio.

Sonrío.

–Es una buena idea. Tal vez dentro de un año.

Sin duda voy a tomarme al menos un año libre para ayudar a mi madre en la tienda.

–Caymen. –Su voz suena desaprobadora, como si supiera lo que estoy pensando–. Eso es un error.

–Sí, bueno, pero no tengo demasiadas opciones, Xander.

–Tienes tantas opciones como te permitas tener.

Me río un poco. Él sí que tiene tantas opciones como se permita tener, pero los demás debemos conformarnos con lo que tenemos.

–¿Por qué te importa tanto? –susurro.

Durante un segundo creo que no me ha oído, porque estoy mirando en dirección contraria a él, y sus brazos siguen rodeándome los hombros, pero entonces dice:

–Porque me importas.

Cierro los ojos durante un segundo y me permito sentir esas palabras, sentirlo a él. Quiero dejar que esto pase, pero hay algo que sigue refrenándome. Pensaba que era su novia, pero es evidente que ese ya no es un problema. Se trata de mi madre. Todavía no le he dicho nada, y me siento fatal por ello. No quería ser el secretito sucio de Xander, pero al final lo he convertido en el mío. Me alegra estar dándole la espalda, porque puedo notar la repulsión hacia mí misma escrita por toda mi cara. Muevo los brazos, obligándolo a bajar los suyos, y echo un

vistazo al reloj de la pared.

–¿De verdad son ya las ocho? Será mejor que nos marchemos, Xander.

–Antes de irte, hay un pequeño restaurante de comida mexicana en La Franja al que tengo que llevarte. No está muy lejos, y la comida es increíble.

CAPÍTULO 30

–Entonces, ¿se subió contigo a un avión y te llevó volando hasta el departamento de Ciencias para que te hagas una idea de cómo es la vida universitaria? ¿Y tú qué vas a hacer?

Skye está tratando de que haga algo exagerado para nuestra próxima jornada de orientación profesional, pero ¿cómo se supone que voy a superar eso?

–Eh, pues en realidad va a venir mañana por la noche, porque mi madre tiene una reunión con los dueños de los negocios…

No sé cómo terminar esa frase, así que tomo un joyero pequeño de un estante. Tiene joyas falsas pegadas por toda la tapa de madera, y es un ejemplo perfecto de por qué llamo a este lugar «Basura Evidente».

Skye está ocupada colocando unos libros viejos sobre un estante, dándome la espalda.

–No lo entiendo. ¿Qué tiene eso de jornada de orientación profesional? ¿Vas a llevarlo a la reunión para dejar que vea cómo discuten los dueños de los negocios pequeños?

–No. –Vuelvo a dejar el joyero en su sitio–. No, en realidad creo que mi madre no va a ir a la reunión. Creo que va a ir con algún tío. Una cita a mis espaldas.

Skye se gira con las manos sobre las caderas.

–Espera. ¿Me estás diciendo que tanto tú como tu madre estáis saliendo con alguien a espaldas de la otra?

Se ríe.

–No. Yo no estoy saliendo con Xander.

Todavía. No hasta que reúna el valor de decírselo a mi madre. Me he dado una

semana para hacerlo.

Pone los ojos en blanco.

–Sois las dos personas más enamoradas que no están saliendo que he conocido. Espera. –Camina hacia la parte trasera y llama a Lydia, la dueña–. Los libros están ordenados y ya he girado el cartel. ¿Necesitas que haga algo más?

–No. Que pases una buena noche. Nos vemos mañana.

Skye engancha el brazo en mi codo y me conduce por la puerta trasera, atajando a través del callejón hasta la parte de atrás de la tienda de muñecas.

–¿Dónde está tu madre? –pregunta, señalando el espacio vacío donde normalmente está aparcado nuestro coche.

–Fue corriendo a comprar después de que cerráramos.

–Bueno, pues volviendo a la jornada de orientación profesional… No comprendo qué es lo que pretendes hacer con Xander.

–Yo tampoco. Estaba planeando espiar a mi madre, pero me parece que es una mala idea. –Skye se ríe–. Tuve una idea el otro día para una nueva jornada. –Subimos las escaleras hasta mi apartamento–. La semana pasada hablé con Eddie, y me dijo que nos enseñaría a hacer sus famosas magdalenas.

Skye hace una mueca.

–¿Por qué?

–Porque a Xander le gustan. Le gusta toda la comida, en realidad. Dondequiera que vayamos, acabamos en su restaurante favorito. Pensé que podía hablar con Eddie para ver si le gustaría tener su propio restaurante.

–Oooh –dice Skye–. Eso es muy atento. Y dulce. –Una vez dentro, camina hasta el frigorífico–. Y aun así, finges que no quieres a ese tío.

Sonrío mientras ella rebusca entre el contenido del frigorífico. Veo que la luz del contestador automático está parpadeando, así que presiono el botón.

–Un nuevo mensaje –avisa una voz robótica.

–Hola, señora Meyers, soy Tina, del despacho del doctor Saunders –saluda una mujer–. Le hemos dado cita para la ecografía el día quince. Por favor, venga media hora antes y asegúrese de beber toda el agua que dijimos. Si tiene alguna pregunta, no dude en llamarnos, por favor.

Oigo que el frigorífico se cierra detrás de mí.

–No sabía que tu madre estuviera embarazada –dice Skye.

–¿Embarazada? ¿Qué?

–Ecografía. Eso es lo que les hacen a las mujeres embarazadas.

Mi cerebro apenas está procesando las palabras que ha dicho.

–No, no lo está.

–Ah, y entonces, ¿por qué va a hacerse una ecografía?

Tiene que haber otras razones por las que la gente se hace ecografías.

–No lo sé.

–¿Ha tenido náuseas? ¿Ha estado cansada?

Trato de recordar. No ha comido muy bien últimamente… tal vez sea porque tenía mal el estómago. Y desde luego que ha estado cansada. Asiento con la cabeza.

–Entonces, probablemente estará embarazada. –Asiente con la cabeza en dirección al contestador–. Además, le han pedido que beba mucha agua. Eso es lo que les dicen a las mujeres embarazadas, para que puedan tomarles medidas. –Niego con la cabeza una y otra vez–. Pero es emocionante, ¿no te parece? Vas a tener un hermanito o una hermanita.

–¿Emocionante? Sí, claro. No. No está embarazada. Eso es ridículo, ni siquiera tiene… –Me doy cuenta de que estaba a punto de decir «novio», pero es muy posible que sí que lo tenga–. No está embarazada.

Pero, si no está embarazada, ¿entonces qué es? La ansiedad me inunda. ¿Es que le pasa algo malo? La gente no se hace ecografías solo porque sí… ¿verdad? A lo mejor cuando te haces mayor es un procedimiento habitual.

Skye se pone enfrente de mí y me acaricia los hombros. Debo de haberme puesto totalmente catatónica.

–Probablemente no será nada grave. Y aunque esté embarazada, tampoco es tan grave.

–No está embarazada –insisto–. Es demasiado mayor para estar embarazada.

Skye se ríe.

–Solo tiene treinta y cinco años. –Su teléfono suena, así que lo saca y sonríe después de leer el mensaje–. Es Henry. Los del grupo están en Gritos Chillones, ¿quieres que vayamos?

Miro la luz ahora fija del contestador, y después echo un vistazo hacia la puerta. No soy capaz de tomar aire. ¿Cuándo regresará mi madre? Tengo que preguntarle algo al respecto. Pero ¿me lo contará? Lleva semanas negándose a contarme nada.

No debe de ser nada. Mi madre está bien. Es un procedimiento habitual.

–Sí, enseguida bajo. Dame un minuto.

Ella duda, pero entonces se marcha. Garabateo una nota diciendo que pasaré la noche en casa de Skye y la dejo sobre la encimera. Guardo algunas cosas en mi mochila y cierro la puerta detrás de mí.

* * *

Cuando entramos en Gritos Chillones, está prácticamente desierto. El barman señala la puerta que hay a un lateral del escenario cuando Skye le alza un hombro con actitud interrogativa, y ella recorre el club y se dirige directamente

hacia allí. La música de una habitación trasera se filtra en el pasillo tenuemente iluminado, así que seguimos el sonido. Los del grupo están sentados en unos sofás en la pequeña habitación, y levantan la mirada cuando entramos.

–Ahí está mi preciosa chica –canta Henry con suavidad para saludar a Skye, acompañándolo de unos rasgueos de la guitarra.

Ella sonríe y se mete en el pequeño espacio entre él y el brazo del sofá.

Mason me guiña un ojo.

–Hola, Caymen.

–Hola.

Tiro mi mochila contra la pared, busco espacio en el suelo y me siento. Tan solo quiero fundirme en el suelo y desvanecerme de la existencia durante un tiempo. Parece funcionar, porque los chicos comienzan a hacer el tonto con letras y música. Dejo que las melodías mezcladas reboten en mi interior.

Derrick, el batería, comienza a cantar al azar sobre su día. Cómo estuvo escuchando la radio en su coche, cómo fue a comprar leche a la tienda, y así sucesivamente. Dejo de escuchar, hasta que pregunta:

–¿Qué rima con «maldito extintor»?

Mason se pone serio, y pienso que está a punto de decir algo como «No seas idiota. ¿Por qué estás cantando sobre un extintor?». Pero en lugar de eso dice:

–No lo sé, ¿«marchito estafador»?

–¿Cómo que «marchito estafador»? –pregunta Henry.

–Ya sabes, un estafador que es muy viejo. Por eso está marchito.

Suelto una risita.

–¿Qué tal «inaudito furor»? –sugiere Skye–. Si lo estiras, yo creo que rima.

–Cantamos con inaudito furor sobre un maldito extintor… –canta Henry.

Mason se ríe.

–Cantamos con inaudito furor sobre Henry, un marchito estafador.

–¿Qué sentido tiene que el furor sea inaudito? –pregunto–. Si te enfureces, es porque algo te molesta, así que no tiene sentido que sea inaudito.

Henry toca un acorde, levanta la mirada hacia el techo durante un minuto mientras toca varios acordes más, y después canta:

–Estoy cansado de cantar con furor cuando solo necesito un poquito de amor.

Mason lo señala con el dedo.

–Sí. Llamaremos a esta canción «Maldito extintor».

Se ríen, pero Derrick comienza a escribir en un cuaderno mientras siguen gritando versos sobre arreglar cosas y volver a empezar. No puedo creer que acabe de presenciar el nacimiento de una canción que ha comenzado con las palabras «maldito extintor». Es muy raro ver algo creado de la nada. Pienso en mí misma, y en cómo Xander está tratando de crear algo con mi insignificante vida. Pienso que en parte lo ha hecho. Ha tomado de mi canción lo ridículo, el maldito extintor, y me ha hecho darme cuenta de que puedo ser algo más, algo diferente.

Después del día que he tenido, este pensamiento me hace feliz. Comienzo a gritar versos con ellos, y avanzan bastante con la canción antes de volver a introducir el elemento ridículo, y entonces alguien grita:

–¿Y por qué no me dejas comer sopa de tortuga?

Skye suelta un jadeo, ofendida, pero entonces todos nos reímos.

* * *

A las diez, las risas todavía no han terminado. Hemos ido más allá de las risas,

hasta llegar a una despreocupada estupidez. Skye está en el suelo, tumbada encima de mí.

–Será mejor que te lleve a casa, pequeña –dice–. La menor de edad tiene clase mañana.

–¡Voy a pasar la noche en tu casa! –grito.

–¿De verdad?

–Eso es lo que me ha dicho la nota, así que debe de ser cierto.

–¡Bien! ¡Fiesta de pijamas!

–Deberíamos tirar papel higiénico a la casa de alguien –digo.

–Sí. Sin duda deberíamos hacerlo. ¿La de quién?

–No lo sé. –A continuación levanto la mano, como si Skye fuera la profesora–. ¡La de Xander!

Ella se ríe.

–¿Quién quiere ir a tirar papel higiénico a la casa de Xander?

Los chicos se limitan a mirarnos y gruñir.

–No os necesitamos. –Me pongo en pie–. Vamos.

Skye corre hacia la puerta, y cuando yo llego a ella, un brazo tira de mí. Me giro y me encuentro de cara con el pecho de Mason. Estamos justo al otro lado de la puerta, en el pasillo tenuemente iluminado.

Me da un beso en la mejilla.

–Te has ido sin despedirte.

Doy un paso hacia atrás y lo miro a los ojos.

–Yo…

Pestañea con fuerza.

–Tú y Xander, ¿eh?

–Creo que sí.

–¿Estás segura de que encajáis?

Sé exactamente a qué se refiere, pero una imagen de Xander aparece en mi mente mientras asiento con la cabeza.

Él se encoge perezosamente de hombros.

–Ya sabes dónde encontrarme.

Y vuelve a desaparecer en la habitación.

CAPÍTULO 31

S kye y yo sujetamos sendos rollos de papel higiénico y miramos la verja que rodea la casa de Xander.

–¿No es un poco pronto para lanzar papel higiénico? –pregunta–. Ni siquiera son las diez y media. Las luces de la casa están todas encendidas.

–Nunca es demasiado pronto para lanzar papel higiénico. La verdadera pregunta es cómo vamos a entrar.

Trato de meterme entre dos barrotes de hierro forjado y el muslo se me atasca entre ellos. Comienzo a reír.

–¿Alguna vez habías sido tan irresponsable? –me pregunta Skye.

–Creo que no.

–Tu lado tonto es muy divertido.

Skye me sujeta por las axilas y trata de sacarme, pero no deja de reír. Finalmente logra liberarme y aterrizo sobre ella, de modo que las dos caemos al suelo.

–Vamos a tirar el papel higiénico a los barrotes de la verja.

–¿Le parecerá a Xander tan gracioso como a nosotras? –pregunta.

No tengo ni idea.

–Pues claro.

Está oscuro, pero nos las arreglamos para rodear los barrotes de papel higiénico. ¿Desde cuándo ha sido tan entretenido ser inmadura? Tardo un momento en darme cuenta de que puedo ver mejor mi tarea, y otro más en darme cuenta de que es porque alguien ha encendido una linterna. La persona que la sujeta se aclara la garganta.

–Señoritas. ¿Estáis disfrutando?

–Sí, mucho –responde Skye, y ambas nos giramos para ver una especie de guardia de seguridad que nos está lanzando una mirada desaprobadora–. Qué mono. Es un segurata.

Él baja las cejas.

–Un segurata que sabe el número de la comisaría. Vamos a hablar con el señor Spence, ¿de acuerdo?

Aquella noticia debería habernos estropeado un poco la noche, pero no lo hace. Quizá sea porque no parecía que la situación fuera real cuando nos encontrábamos ahí plantadas en la oscuridad, con el papel higiénico. Parece mucho más real cuando estamos en el porche del señor Spence con él escudriñándonos. Pero entonces, ¿por qué sigo sin poder parar de reír?

–¿Qué quiere que haga, señor? –pregunta el segurata.

El señor Spence vuelve a mirarme e inclina la cabeza. Me pregunto si recordará que nos presentaron. ¿Por qué debería hacerlo? Tan solo soy un nombre más que conoció hace semanas.

–Caymen, ¿verdad? –dice, y la sonrisa se borra de golpe de mi cara.

Asiento con la cabeza. Pues claro que me recuerda: soy el símbolo de la rebelión de su hijo. Soy la última chica de la Tierra que el señor Spence aprobaría. Lo más probable es que mi nombre y mi cara estén grabados en su memoria.

–¿Estás gastándole una broma a mi hijo? –Asiento con la cabeza, y él se ríe–. Voy a ser honesto: nunca han empapelado a ninguno de mis hijos. ¿Es así como lo llamáis? –Se gira hacia el segurata–. Estamos bien, Bruce. –A continuación, se vuelve otra vez hacia nosotras y dice–: ¿Por qué no entráis, chicas?

El pecho se me tensa a causa del pánico mientras miro los rollos de papel higiénico que todavía llevo en las manos.

–No. No pasa nada, nos iremos ya. Si me da una bolsa de basura, incluso lo limpiaremos todo.

Él sacude la mano, como descartando la sugerencia.

–No. Tenemos limpiadores que se encargarán de eso. Insisto. Debéis entrar.

–Es tarde. Tenemos que…

–¿Caymen?

La voz de Xander es como una oleada de calor instantánea, y noto cómo me arden las mejillas. Aparece en la puerta con unos pantalones de pijama y una camiseta. Incluso su pijama parece caro. Mira el papel higiénico que llevo en la mano, y después a Skye y el rollo de papel que lleva ella.

–Ha sido una apuesta –farfullo–. Se suponía que no tenían que pillarnos.

Skye comienza a reír, y yo me uno a ella.

Sus ojos centellean con una risa contenida.

–Entrad. Tess ha hecho chocolate caliente; creo que todavía queda un poco.

No sé si se supone que tengo que saber quién es Tess, pero no lo pregunto. Llevar el rollo de papel higiénico es humillación suficiente para una noche.

–No, gracias. De verdad, ya nos íbamos.

–Insisto –replica él.

Skye suelta un resoplido de risa, y estoy segura de que es porque Xander ha sonado exactamente igual que su padre. Me doy cuenta de que está conteniendo la lengua para que sea yo y no ella quien decida lo que haremos a continuación. Miro a Xander y a su padre, que me observan fijamente con actitud expectante, con los mismos brazos cruzados y los mismos ceños fruncidos. Ver un parecido tan evidente hace que me pregunte si yo me parezco en algo a mi padre. Puede que físicamente sea similar a mi madre, pero en cuanto a personalidad no nos parecemos en nada.

–Vale. Pero solo un momento, que es tarde. De verdad que no pretendíamos interrumpir.

* * *

La cocina es enorme. Hay encimeras de mármol de un tono neutro, una isla gigantesca y un frigorífico más grande que cualquiera que haya visto en una casa. Casi parece la sección de congelados de una tienda.

El padre de Xander nos sigue hasta allí.

–En realidad, Tess ya se ha marchado, pero estoy seguro de que os las arreglaréis. –Tess debe de ser la cocinera–. Buenas noches. Alexander, no te quedes hasta muy tarde –añade, y después se va.

Xander va hasta el fogón, de donde toma un hervidor.

–Está vacío.

–No pasa nada.

–No, yo me encargo. Creo que tenemos los polvos esos por alguna parte.

Comienza a mirar en los armarios. Es evidente que no va a parar hasta que estemos todos bebiendo chocolate caliente, así que voy hacia el fogón, tomo el hervidor para llenarlo de agua y después miro las ruedecillas. Skye se acerca para ayudarme a descifrarlas. Después de girar varias y apretar unos cuantos botones, logramos encender uno de los fuegos.

Xander sigue buscando el chocolate en polvo por todas partes. Parece un extraño en su propia cocina, abriendo puertas cuando es evidente que no tiene ni idea de lo que hay tras ellas. Finalmente saca el bote de la parte de atrás de un armario, con un sonoro:

–¡Ajá!

–¿Alguna vez habías mirado dentro de estos armarios? –pregunto.

–Pues claro.

–Entonces, vamos a jugar a una cosa. Skye nombrará algo de la cocina, y el que lo encuentre primero, gana.

–¿Qué gana?

–Derecho a presumir.

–Esta es mi casa. Creo que ganaré yo.

–Pues demuéstralo, chico rico. Tess no está aquí para prepararte el biberón.

–Ah, entonces juguemos.

Sonrío. Sé manejarme dentro de una cocina, y si es una cocinera quien la ha organizado, habrá sido inteligente y práctica. Los utensilios de cocina junto al fogón, y los vasos junto al fregadero. Voy a ganar. Asiento con la cabeza en dirección a Skye, y ella sonríe.

–Vale. Empezaremos con algo fácil. La espátula.

Xander corre hacia la isla y comienza a revolver entre los cajones. Yo me dirijo hacia los fogones y abro los cajones a cada lado. Encuentro la espátula enseguida, y me giro sosteniéndola en alto.

–Primera ronda para Caymen –anuncia Skye, y Xander levanta la cabeza para mirarme y suelta un gruñido.

–Vale, el segundo objeto. Un cuenco para los cereales.

Suelto un gruñido de indignación.

–¡No es justo! Sabías que Xander sabría dónde está.

Y, por supuesto, lo sabe. En el armario que hay junto a la despensa.

–Vamos a desempatar –dice Skye–. Tenéis que encontrar un colador.

Me río ante la expresión de Xander, una expresión que dice: «Ni siquiera sé lo que es eso». Corro hacia el fregadero: estará en alguno de los armarios que hay debajo. Cuando trato de abrirlo, un par de manos me agarran la cintura y tiran de mí hacia atrás. Después, Xander pasa junto a mí y abre el armario que iba a abrir

yo. Me lanzo hacia delante y me sitúo junto a él, tratando de empujarlo a un lado con el cuerpo.

–Tramposa –dice.

–¿Yo? Tú eres el tramposo.

Pero permanece firme. No logro apartarlo, y él se pone a buscar entre los estantes.

–Es como un cuenco con agujeros –señala Skye.

–Mi propia mejor amiga está en mi contra.

Rodeo la cintura de Xander con los brazos y trato de tirar de él. El hervidor del fogón silba, así que Skye lo aparta del fuego.

–¡Ya lo tengo!

Xander está sujetando el colador en el aire. Doy un salto y trato de quitárselo, pero él lo mantiene justo fuera de mi alcance. Cuando trato de bajarle el brazo, me rodea el hombro con el brazo libre y me sujeta contra su pecho.

–Y el ganador es Xander.

–¡Tramposos! ¡Sois un par de tramposos!

Se aclara la garganta.

–Me gustaría dedicar este premio a mi supremo conocimiento de la disposición de la cocina y sus utensilios que he empleado en tantas ocasiones. De no ser por… –Se detiene en mitad de la frase, y entonces dice–: Ah, hola, mamá.

De inmediato bajo las manos con las que estoy empujando el pecho de Xander y trato de librarme de su agarre. Él deja el colador sobre la encimera y me sujeta con ambos brazos.

–Mamá, estas son Caymen Meyers y su amiga Skye.

Giro la cabeza hacia ella, porque mi cuerpo está todavía atrapado por Xander. Tengo miedo de lo que veré en su cara. Miedo de que este sea el momento en el

que por fin me encuentre con la resistencia a esta relación por parte de su familia. Sin embargo, hay una expresión agradable en la cara de la mujer, que parece demasiado joven para ser la madre de Xander. Tiene el pelo rubio y los ojos azules, y ahora veo de quién heredó Lucas su aspecto. Xander no ha heredado nada de ella. Pero entonces sonríe, tal vez porque comienzo a forcejear con él, y compruebo que su mejor atributo lo ha heredado de ella.

–Encantada de conoceros, chicas. Caymen, he oído hablar mucho de ti.

–Hola, señora Spence. Su hijo no me suelta porque es un tramposo, pero estoy encantada de conocerla.

Xander me suelta, así que me aparto de él unos pasos, tratando de guardar para mí misma mi explosión de aturdimiento.

La señora Spence toma un rollo de papel higiénico de la encimera y arruga la nariz.

–Pregúntale a Caymen por eso –dice Xander.

«Genial, ahora voy a tener que contarle a su madre lo de mi acto de vandalismo.»

–Su hijo me llamó por una emergencia con el papel higiénico, así que he venido corriendo.

Parece confundida, así que Xander dice:

–Está de broma, mamá.

–Ah, sí. La ironía de la que me hablabas. –Vaya, ¿cuánto habrán hablado de mí?–. Bueno, pues me alegra que hayas hecho reír a mi niño, que es muy serio. –Me aprieta el brazo y después le da una palmadita en la mejilla a Xander–. Me voy a la cama. Puedes volver cuando quieras, Caymen.

–Buenas noches, mamá. –Después de que su madre se marche, Xander va hacia las tazas, echa unas cuantas cucharadas de chocolate en polvo en cada una, y a continuación vierte el agua caliente encima–. No está tan bueno como el de Eddie, pero espero que sirva.

–¿Tienes algún lavabo en alguna parte? –pregunta Skye–. ¿O diez?

Xander sonríe.

–El más cercano está después de ese arco. Primera puerta a la derecha.

–Gracias.

Se marcha, y Xander y yo nos quedamos solos el uno junto al otro, al lado de la encimera. Presiona la cadera contra mi costado al ir a por una cuchara, y entonces nuestras manos se rozan cuando tratamos de alcanzar la misma taza. Los dos nos apartamos de ella.

–Adelante –decimos al mismo tiempo, y después nos reímos. Él toma un sorbo de chocolate caliente y después desliza la taza hacia mí.

Todo el lateral de nuestros cuerpos se están tocando: hombros, codos, caderas, muslos… todo, hasta llegar a nuestros pies. Puedo sentir cada pequeño movimiento que hace.

–Me estás matando –dice sin aliento.

–Lo siento.

Me aparto un paso, pero él me agarra por el codo y me hace girar para mirarlo. Ahora toda la parte delantera de nuestros cuerpos se está tocando. Tomo aire bruscamente cuando un calor me recorre. Xander me hace retroceder contra la encimera. Su palma me presiona la parte inferior de la espalda, y me siento como si fuera a marcarme a fuego la huella en la piel.

Estoy mirando fijamente con tanta atención como puedo el cuello de su camiseta.

–¿Caymen?

–¿Sí?

–Pareces aterrorizada. ¿Esto te da miedo?

–Más que nada.

–¿Por qué?

–Porque no he traído caramelos de menta.

–Y ahora la respuesta real…

–Porque tengo miedo de que, una vez que me consigas, se acabe el juego.

No puedo creer que haya admitido eso en voz alta cuando ni siquiera me lo había admitido a mí misma. Pero me ha pillado. Xander siempre me pilla.

Su dedo recorre mi pómulo, y el corazón me golpea las costillas mientras los nervios que van desde mi mejilla hasta mi brazo cobran vida como si estuvieran zumbando.

–No me había dado cuenta de que estuviéramos jugando a ningún juego –dice.

Sonrío. Esa fue la misma frase que utilizó en nuestro segundo encuentro. Lo miro y, como si eso fuera todo lo que estuviera esperando, sus labios se encuentran con los míos. Cuando se tocan, me siento electrificada. Me besa con suavidad, y sus labios son tan cálidos como mi mano.

Justo cuando estoy a punto de iniciar el modo de ataque, oigo que Skye se aclara la garganta.

–Voy a por mi chocolate caliente y enseguida me largo –dice–. Ya te devolveré la taza otro día.

Me aparto y trato de empujar a Xander, pues no quiero ser maleducada, pero él no se mueve. Skye me dirige una sonrisa de «así me gusta», y me doy cuenta de que no se siente ofendida en absoluto.

–Ya la llevaré yo a casa –dice Xander sin apartar la mirada de mí. Tiene los ojos en llamas. Los dos escuchamos mientras Skye sale de la cocina, y entonces él me agarra por la cintura y me sube a la encimera. Envuelvo mis piernas y brazos a su alrededor y presiono sus labios con los míos. La acción es más intensa esta vez, y mi necesidad más obvia.

Él me responde y su lengua se encuentra con la mía, y sus manos me acercan tanto como es posible. Sabe bien, como a chocolate salado. Dejo que mis manos

exploren su espalda a través de su camiseta. Encuentro su columna vertebral y recorro cada vértebra. Una oleada de emociones inunda mi cuerpo, y me siento sorprendida cuando lo que me abruma es una intensa tristeza. La emoción que he estado reprimiendo con éxito durante toda la noche.

Estoy a punto de romper a llorar, así que entierro la cabeza en su cuello, esperando contener las lágrimas. Él se queda paralizado. Trata de retroceder, probablemente para poder mirarme, pero yo me aferro con fuerza a él. Me frota la espalda de arriba abajo.

–¿Caymen? ¿Qué pasa? Lo siento. ¿He ido demasiado rápido?

Me sujeta por la cintura y me hace bajar de la encimera.

–No. No es eso.

–Lo siento mucho.

–No, tú no has hecho nada. Este es un muy mal momento para que aparezca mi fase de negación.

No sé muy bien si habrá comprendido lo que he dicho, porque mis emociones están haciendo que no me exprese con claridad.

–Háblame. ¿Qué ha pasado?

–¿Podrías abrazarme y ya está durante un momento?

Estoy tratando de mantener a raya mis emociones antes de tratar de explicárselo.

Debe de darse cuenta de que le he bajado las manos a los costados, porque respira hondo y después vuelve a rodearme con ellas. No hay ni un milímetro de espacio entre nosotros. Su presencia es lo único que me mantiene entera mientras los pensamientos que debería haber estado teniendo durante toda la noche finalmente vuelven a salir a la superficie.

¿Qué pasa si mi madre está embarazada? Tener un bebé nos arruinaría; no podríamos permitírnoslo. ¿Y qué clase de tío es Matthew? ¿Va a salir huyendo cuando lo descubra? ¿Cómo ha podido mi madre cometer el mismo error dos veces? Si pensaba que tenía un poco de esperanza en abandonar la tienda de

muñecas y comenzar mi propia vida, esto haría que fuera casi imposible.

Se me escapa una lágrima solitaria y me apresuro a limpiármela con el dorso de la mano.

–Me estás asustando, Caymen. ¿Qué pasa?

–Mi madre.

–¿Se encuentra bien?

Suena alarmado.

–Puede que esté embarazada.

CAPÍTULO 32

X ander maldice entre dientes.

–Dios, Caymen, lo siento. –Eso es todo lo que dice durante un buen rato. Sus dedos crean un camino en mi espalda: hacia un lado, hacia otro, arriba, abajo. Repiten el mismo patrón una y otra vez–. ¿Cuándo te has enterado?

–Esta noche. –Suelto un suspiro–. Aunque tal vez no lo esté. Y espero de verdad que no lo esté. Pero, si no es así, eso significa que le pasa algo malo, y que soy una hija horrible por pensar siquiera durante una fracción de segundo que preferiría cualquier otra cosa salvo que estuviera embarazada.

Me aparta por los hombros, y yo se lo permito.

–¿Qué puedo hacer? –pregunta cuando nos miramos a los ojos.

–Convierte todo esto en un sueño del que pueda despertar mañana.

Se muerde el labio inferior.

–Ahora me siento como si me hubiera aprovechado de ti. Lo siento. Si lo hubiera sabido, jamás habría…

–Para –lo interrumpo–. No digas eso. Llevo semanas queriendo besarte. Mucho antes de que descubriera lo de mi madre, desde que me acompañabas al instituto.

Su mirada se dirige rápidamente a mis labios, y después vuelven a mis ojos.

–¿Querías besarme?

–La palabra correcta es «quiero». Quiero besarte.

Me inclino hacia delante y le rozo los labios con los míos, pero él se aparta un poco.

–Ahora sí que sería un imbécil si nos besáramos. Venga, vamos a hablar.

Me conduce de la mano por el pasillo hasta una gran sala de cine, con varios sillones reclinables dispuestos a distintos niveles de cara a una gran pantalla blanca.

–Vaya –digo, girando en círculo–. Aquí es donde tendríamos que ver El resplandor.

Una de las comisuras de su boca se eleva en una media sonrisa, y después va hacia una estantería llena de DVD y toma una con Jack Nicholson sacando la cara repulsiva por un agujero en una puerta.

–¿La has comprado?

–Pues sí. Dijiste que teníamos que verla, así que la compré.

Me siento en un sillón.

–Vale, pues entonces ponla.

Él niega con la cabeza.

–Esta noche no. Esta noche tenemos que hablar.

Deja la película en su sitio y se sienta en el sillón que se encuentra junto al mío.

–¿Qué estabas haciendo antes de que llegara?

–Deja que me corrija: esta noche tenemos que hablar de ti.

–¿No podemos ir conduciendo la conversación poco a poco? No se me dan bien estas cosas.

Asiente con la cabeza.

–Vale, ¿antes de que llegaras? Veamos… Estaba haciendo un trabajo de Historia.

–¿Vas a la Academia Dalton o a Oceanside?

Ambos son institutos privados, así que estoy segura de que irá a uno o al otro.

–A Dalton.

–Dalton… ese es el apellido de tu abuela. –Antes de terminar la frase siquiera, me siento estúpida por decirla–. Claro. No es una coincidencia.

Se ríe.

–Gracias, por cierto.

–¿Por qué?

–Por recordarme lo que es que te traten como a una persona normal. Ha pasado mucho tiempo desde que estuve con alguien que no sabía quién era.

Inclino la cabeza hacia un lado.

–Espera, ¿quién eres? –Él me tira del pelo con una sonrisita burlona–. Tus padres son muy simpáticos.

–Cuando consiguen lo que quieren, sí, lo son.

–Entonces, ¿has estado trabajando en la página web para tu padre?

Suelta un suspiro.

–Esa es la cosa: sí que lo he hecho. Lo sé, lo sé, no debería.

Levanto las manos.

–Yo no he dicho nada.

–Pues resulta que tenía un montón de ideas para la página, para que fuera fresca y emocionante, y mi padre las descartó todas por completo. Dijo que mejor algo limpio y clásico.

–Para vuestra clientela, probablemente será lo mejor.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que los adolescentes no van a reservar habitaciones en vuestros hoteles. Serán hombres de negocios y gente con dinero quienes lo hagan. Para

ellos, algo limpio y clásico está bien.

Cierra los ojos durante un segundo antes de hablar.

–Tienes razón. Pero ¿por qué no me lo dijo y ya está?

–A lo mejor intentó decírtelo. No escuchas demasiado a tu padre.

–Porque quiere convertirme en una versión perfecta de sí mismo, y me siento asfixiado. Yo no soy como él.

–¿No es gracioso que tú no quieras parecerte en nada a tu padre, y que yo desee saber si me parezco siquiera un poco al mío?

–Lo siento. Estoy siendo insensible.

Le toco el hombro.

–No, no lo eres. Entiendo lo que dices. No quieres que te definan por tu padre, sobre todo cuando físicamente te pareces tanto a él. Pero tú no eres él. Tú siempre serás diferente.

«Siempre serás increíble.» ¿Por qué me cuesta tanto decirlo en voz alta?

Xander me toma la mano y me recorre el dorso con el pulgar.

–Tu padre estaría muy orgulloso de ti. De quién eres.

Se me cierra la garganta con el comentario, y los ojos se me llenan de lágrimas. Logro mantenerlas a raya, pero me siento sorprendida por la fuerte reacción. Por cuánto necesitaba que alguien dijera eso.

–Vive en Nueva York. Es un abogado importante allí.

–¿Lo has buscado?

–Tenía que hacerlo. Tal vez necesite un riñón algún día. –Xander se ríe–. Cuando tenía doce años leí un artículo sobre un tío que llevaba años sin ver a su padre, y acabó teniendo cáncer. La médula de su padre era compatible, así que le salvó la vida.

Xander me mira fijamente durante tanto tiempo que comienzo a sentirme incómoda.

–No hace falta que estés en tu lecho de muerte para hablar con tu padre, ¿sabes?

Me froto el antebrazo.

–Abandonó a mi madre.

Él asiente con la cabeza lentamente.

–¿Tienes la sensación de que traicionarías a tu madre si quisieras verlo?

Levanto la mirada hasta la luz, pero otra lágrima se me escapa de todos modos.

–La abandonó.

–La relación de tu madre con él no tiene que definir la tuya.

–Pero a mí también me dejó.

–Lo siento. –Recorre mi mejilla con los nudillos–. ¿Y qué hay de tu madre? ¿Por qué es tan horrible la posibilidad de un embarazo?

–¿Crees que estoy exagerando?

–Yo no he dicho eso, en absoluto. Sé que yo también me enfadaría si fuera mi madre, pero no quiero proyectar mis razones en ti. Cuéntame lo que se te pasa por la cabeza.

–Estoy enfadada, y dolida, y avergonzada, todo junto en una gran bola emocional. Es que no me puedo creer que haya vuelto a hacerlo. –Subo las rodillas al asiento y me giro hacia un lado para mirarlo–. Me siento culpable y egoísta por desear que una persona no exista, pero no quiero que las cosas cambien así.

–Ya resolverás esos sentimientos. Te derretirás cuando tengas al bebé en tus brazos.

–No, no es cierto. No me gustan los niños, y yo tampoco les gusto a ellos. Llegamos a ese consenso general hace mucho tiempo.

Sonríe.

–Bueno, al menos tienes mucho tiempo para acostumbrarte a la idea.

–Si es que es cierto.

Suelto un suspiro y cierro los ojos con fuerza. Xander traza unos círculos pequeños en el dorso de mi mano con el pulgar.

–Me gusta mucho tenerte aquí. En mi casa. Deberías venir todos los días.

Me río.

–Es mejor tenerme en dosis pequeñas. Y hablando de eso, probablemente debería marcharme. Hay que ir a clase mañana.

–Ni de broma. Tienes que quedarte al menos otra hora. –Me atrae al sillón, junto a él–. Gracias por hablar conmigo. Sé que es difícil para ti.

Apoyo la frente contra la suya.

–Gracias por escucharme.

–¿Sigue en pie lo de mañana por la tarde?

¿Lo de mañana por la tarde? ¡Ah! La jornada de orientación profesional. Se supone que mi madre va a ir a la reunión de la asociación de dueños de negocios. Ni de broma voy a perdérmela ahora.

–Sigue en pie.

–¿Y qué hay de esta noche? –pregunta, rodeándome con fuerza con los brazos.

Mi estómago parece echar a volar sin mí.

–¿Qué hay de esta noche?

–¿Qué podríamos hacer durante la próxima hora?

Finjo planteármelo.

–¿Trabajar en tu página web?

–Ja, ja.

Adopto un gesto serio, lo cual es difícil teniendo en cuenta la sonrisa que quiere establecer residencia permanente allí.

–No, de verdad, deberías hacerla.

Inclina la cabeza y me examina la cara.

–¿Lo dices en serio?

–No –respondo contra sus labios.

CAPÍTULO 33

A bro la puerta de la tienda sujetando la campanilla y tiro de Xander hasta el interior.

–¿Qué de…?

–¡Chist!

Escucho durante unos instantes para asegurarme de que mi madre no salga por la puerta de atrás. Acaba de salir… tarde. Le había dicho a Xander que viniera a las seis y media, treinta minutos después de la hora a la que se suponía que mi madre tenía que salir, pero según pasaban los minutos me he dado cuenta de que iríamos muy justos. En realidad, es mejor de esta manera, porque ahora podremos seguirla. Antes, simplemente pensaba que tendríamos que buscarla.

Cuando finalmente tomo aliento y levanto la mirada hasta Xander, él está mirándome fijamente en la habitación oscura. Tengo una mano sobre su pecho, y lo he empujado contra la pared, justo en el interior de la tienda. Se me entrecorta el aliento.

Su aliento no debería parecerme ya tan familiar. Dejo que me cubra, cerrando los ojos. A continuación siento sus labios rozando los míos. Quiero perderme en su beso, pero sé que no tenemos tiempo.

–Venga.

Agarro la parte delantera de su camiseta, lo conduzco hasta la puerta trasera y abro una rendija. Luigi’s está una manzana por detrás de nosotros, y veo a mi madre doblando la esquina al final del callejón.

–Caymen –dice Xander detrás de mí–. ¿Puedes explicarme lo que está pasando?

–Vamos a hacer un poco de trabajo detectivesco. Por si queremos ser investigadores privados.

Me meto la mano en el bolsillo trasero y saco las fotos impresas que había sacado de Matthew con la cámara de Xander. La calidad es muy mala, ya que nuestra impresora es viejísima, pero la imagen es lo bastante clara.

–¿Qué tengo que buscar?

Salgo al exterior y él me sigue.

–Necesito descubrir todo lo que hay que saber sobre este tío.

–Vale… ¿qué sabemos por el momento?

–Nada.

Se aclara la garganta.

–¿La señorita Observadora Científica no tiene ningún hecho concreto?

–Tengo un presentimiento.

Que si mi madre está embarazada, tengo que saber todo lo que pueda sobre el padre potencial.

–¿Ahora los presentimientos demuestran las teorías?

–Cállate.

Se ríe y me toma la mano. Eso me sorprende, y debo de dar un brinco, porque Xander me la aprieta con una risita. Es muy raro ir de la mano con él. Pienso en la foto que vi en la revista de él y Sadie yendo de la mano, y me pregunto si habrá alguien esperando en las sombras en estos momentos para sacarnos una foto a nosotros.

Casi como si me hubiera leído la mente, dice:

–Nos mudamos aquí para alejarnos de los focos. Los Ángeles es horrible; allí no teníamos privacidad de ninguna clase. –Asiento con la cabeza, sin saber muy bien cuál es la respuesta más adecuada a sus palabras–. Pero teniendo en cuenta que esto no es precisamente la metrópolis más floreciente de California, y lo extendido que está nuestro negocio, viajamos mucho. Mi padre me lleva con él

en bastantes ocasiones, como mañana. Tengo que ir a Florida hasta el viernes, y después el evento benéfico es el sábado.

No me está pidiendo permiso… ¿verdad? Tan solo me lo está diciendo porque… ¿Por qué? ¿Porque ahora estamos juntos?

–Supongo que lo que quiero decir es… ¿cuándo volveremos a vernos?

–Ah. ¿La semana que viene?

–¿Vas a apuntarme en ese calendario tan grande?

–No lo sé, igual lo tengo completo. Tengo una vida superocupada, así que voy a tener que comprobarlo.

Cuando doblamos la esquina veo el toldo rojo y blanco del Restaurante Italiano Luigi's… y la espalda de mi madre mientras cierra la puerta tras ella. Hum. Eso no era lo que se suponía que tenía que hacer. Se suponía que tenía que quedar con un hombre alto, moreno y extraño.

–¿Y ahora qué? –pregunta Xander.

–Ahora esperamos.

Camino hasta una pequeña zona de césped en una esquina de la manzana que nos da una buena visión de Luigi's, aunque no podemos ver del todo la ventana. Me siento.

–¿Te preocupa estropearte los pantalones? –pregunto al ver que duda–. No está húmedo.

–No… Es solo que… ¿estamos espiando a tu madre?

Se sienta junto a mí.

–Sí –admito, haciendo una mueca.

–Caymen, sé que estás molesta, pero ¿de verdad crees que esto es lo mejor?

Señalo las fotos que siguen en su mano.

–Necesito saber algo sobre él.

Xander vuelve a mirar las fotos.

–¿Es él? ¿El padre de…?

Ni siquiera es capaz de terminar la frase; es como si se sintiera tan avergonzado como yo. Me pregunto si alguna vez habrá conocido a alguna mujer que se quedara embarazada fuera del matrimonio.

–Sí.

Me reclino hacia atrás sobre las palmas de las manos. Él asiente una vez con la cabeza y mira a nuestro alrededor.

–Entonces… ¿cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí esperando?

Echo un vistazo hacia Luigi’s.

–No lo sé.

Tal vez vaya a ver a Matthew después de la reunión. Recupero las fotos que tiene Xander y las miro otra vez.

–Entonces, ¿crees que sería un buen detective?

–¿Qué?

–Esta noche. La «jornada de orientación profesional». –Dibuja unas comillas en el aire y logra que parezcan hechas con clase–. Eso es lo que dijiste que íbamos a hacer esta noche, ¿verdad? Se suponía que tenías que buscarme opciones en las que pudiera encajar para que las explorara. ¿Piensas que se me daría bien el trabajo de detective?

–Sí. Claro.

–¿Por lo bueno que soy con las observaciones, adivinando pistas e interpretando señales?

Tira del césped y arranca unas cuantas briznas. Parece muy herido.

Veo unas luces de advertencia que me dicen que me eche atrás, que lo arregle, que le diga: «No, era por mí y mi madre, solo que necesitaba tu ayuda». Abro la boca, pero ya es demasiado tarde.

Xander se pone en pie, se sacude las manos y extiende una de ellas hacia mí.

–Te acompaño a casa.

–Voy a quedarme.

–Vale.

Comienza a alejarse.

–Lo siento –le digo a su espalda, y él se detiene–. He estado muy ensimismada y he sido muy cutre. Tú has hecho cosas increíbles por mí, y yo no he hecho nada por ti. Yo te llevé a cavar tumbas, y tú me llevaste a la Universidad de Nevada.

Se gira para mirarme.

Señalo al otro lado de la calle.

–Iba a llevarte a la panadería de Eddie. Iba a enseñarnos a hacer sus famosas magdalenas, y a contarnos cómo empezó su negocio y esas cosas. Pensaba que te gustaría, porque te encanta la comida y te imaginaba con tu propio restaurante o algo parecido. Pero entonces pasó esto, y…

Salva la distancia entre nosotros, toma mi cara entre sus manos y me besa.

Durante un momento no puedo respirar, y después todo lo que quiero hacer es respirarlo a él. Comer, dormir y beber a Xander Spence. No tengo suficiente. No sé cómo he existido sin él, porque su energía parece la fuerza que me sustenta ahora mismo.

Se aparta un poco, y yo tomo una bocanada de aire. Me tumbo en el césped, porque mis huesos ya no pueden mantenerme en pie. Él se tumba de lado junto a mí, sosteniendo su cuerpo con el codo.

–He comprado un vestido –digo en mi estado de felicidad.

–Ah… qué emocionante.

–Si quieres, puedo ponérmelo para ir el sábado contigo al evento benéfico.

–¿Si quiero? –Sacude la cabeza–. Me encantaría que vinieras al evento benéfico. Solo pensaba que te oponías por completo. Sí. Ven.

Vuelve a besarme, y yo río contra sus labios. Entierro los dedos en el pelo de su nuca. Él me aprieta un costado y yo vuelvo reírme.

No oigo ninguna pisada ni el tintineo de unas llaves. Lo único que oigo es a alguien aclarándose la garganta. Me siento demasiado rápido, y la sangre me sube veloz a la cabeza, haciendo que los bordes de mi visión se emborronen por un momento. Pero, borrosos o no, todavía puedo ver la cara de mi madre mirándonos desde arriba, llena de furia.

CAPÍTULO 34

P or alguna razón, suelto una risita. A lo mejor es porque todavía no puedo controlar el latido feliz de mi corazón. A lo mejor es porque sigo estando tan enfadada con mi madre por todos los secretos que ha estado ocultándome que verla enfadada conmigo me provoca algo de satisfacción. O a lo mejor es porque no tengo ni idea de qué decir. Sea cual sea el caso, la risita suena extraña en una noche por lo demás tranquila.

–Hola.

Mi madre mira a Xander, empezando por su pelo recién cortado y acabando en sus zapatos caros. Después, su mirada desdeñosa vuelve hacia mí.

–Nos vemos en casa.

Y tras eso, se marcha. Me muerdo los labios para contener la risa. Cuando dobla la esquina, me tumbo otra vez y bajo a Xander conmigo. Lo beso, pero él se resiste.

–Caymen, espera.

–¿Qué?

–¿No sabe nada de lo nuestro?

–Eso ya lo sabías.

–No, no lo sabía.

–Pensaba que después de haberme presentado a ella se lo habrías dicho.

Me siento fatal. Eso era exactamente lo que se suponía que tenía que hacer. Lo que iba a obligarme a hacer antes de que escuchara el maldito mensaje en el contestador.

–¿Por qué ibas a pensar eso? Fingí que no te conocía.

–Pensaba que estabas de broma. Pensaba que…

Esta noche no se me está dando muy bien lo de hacer que Xander se sienta especial. Subo los dedos por su muñeca, y después junto las palmas de nuestras manos.

–Lo siento. Mi madre tiene un historial que le ha hecho un poco de daño. Iba a decírselo, pero entonces pasó todo. Se lo contaré.

–Creo que acabas de hacerlo. –Suelto una risita, y una de las comisuras de su boca se eleva en una media sonrisa–. Entonces, ¿la panadería de Eddie está abierta ahora? Vamos a comer.

* * *

Xander se apoya sobre su coche, lamiéndose los últimos restos de magdalena de los dedos.

–No sabía que te llevaras tan bien con Eddie. Todo eso de la llamada secreta a la puerta de atrás después de cerrar… podrías habérmelo contado hace meses.

–No comparto las pocas ventajas que tengo.

Tiro la bolsa de papel vacía a una de las papeleras que hay en nuestra calle. Cuando me giro otra vez para mirarlo, Xander me atrae hacia él y yo suelto un gritito de sorpresa.

Entierra la cara en la curva de mi cuello.

–Debería irme. Mi madre está esperando pacientemente para gritarme. Será mejor que acabe con esto.

–¿Va a parecerle bien? ¿Lo nuestro?

Su voz suena amortiguada contra mi cuello.

Recorro su pelo con los dedos y sonrío.

–Estará bien en cuanto te conozca. O sea, ¿cómo podría no gustarle Xander Spence?

–Eso es cierto.

Me besa una vez y después me suelta.

Comienzo a alejarme, pero entonces me giro. Está reclinado contra su coche observándome mientras me marcho, con una sonrisa dulce en la cara. Tropiezo, pero enseguida recupero el equilibrio con una risita.

–Pásalo bien en Florida.

* * *

La tienda de muñecas se encuentra a oscuras, pero la escalera de la parte de atrás está iluminada. Respiro hondo y camino hacia ella con lentitud, nada preparada para enfrentarme a la furia que había visto ardiendo en los ojos de mi madre. Estoy demasiado feliz, y no quiero que me arruine el subidón de después de los besos. A lo mejor está dormida. A lo mejor todo esto se queda en nada. Me río de mí misma. Eso no va a pasar jamás.

La puerta emite un chirrido cuando la abro. Casi puedo sentir la tensión flotando en el aire, a punto de entrar en combustión. Mi madre está sentada junto a la mesa de la cocina, rígida. La luz de la habitación es tenue; tan solo están encendidas las luces de debajo de los armarios sobre la encimera. Enciendo el interruptor.

–¿Cuánto tiempo? –es lo primero que dice.

–Un par de meses.

–¿Es el chico con el que has estado quedando?

–Sí.

–¿Qué hay de Mason? Pensaba que Mason y tú…

Niego con la cabeza.

–Solo somos amigos.

Se pone en pie para mirarme de frente.

–¿Dónde lo conociste?

Sé que ya no está hablando de Mason. Ahora ha vuelto al tema de Xander.

–Aquí.

–Lo has conocido aquí.

Señala el suelo.

–No, en realidad fue allí abajo –explico, señalando la puerta. Tal vez ahora no sea un buen momento para una broma, porque su cara entera se tensa.

–Sabes que los Dalton son…

Es como si ni siquiera fuera capaz de pronunciar la palabra.

–¿Más que ricos? Sí, lo sé.

–Caymen…

Suelta un largo suspiro.

–¿Qué problema hay? Nos gustamos.

–Las personas como él no acaban con personas como nosotras.

Suelto un suspiro.

–Mamá, por favor. No estamos en el siglo diecinueve.

Suelta una risita irónica.

–Cuanto más rico eres, más lento pasa el tiempo.

Suelto un suspiro falso.

–Entonces, ¿estás diciendo que va a tener diecisiete años para siempre?

–Caymen, esto no es una broma. –Se pasa las manos por la cara–. ¿Qué pensará la señora Dalton?

Miro su mano, ahora cerrada, y mi estado de euforia desaparece finalmente.

–¿Qué tiene que ver la señora Dalton con esto?

–Conociste a su nieto en la tienda. Pensará que somos poco profesionales.

–Creo que le caigo bien.

–Le caes bien como la chica que la atiende, no como la chica que sale con su nieto.

Pestañeo una vez, y me quedo sin palabras a causa del aturdimiento. Es como si mi madre acabara de decir: «La familia de Xander pensará que no eres lo bastante buena para él. ¿Y sabes qué? No lo eres».

–Sabías que no querría que lo vieras, y por eso me mentiste para empezar desde el principio.

No puedo creer que mi madre, que ha estado guardándome tantos secretos, tenga el descaro de hablarme de eso siquiera.

–Mamá, no seas ridícula. Nos lo pasamos bien juntos. ¿No puedes alegrarte por nosotros y ya está?

–Pero eso es todo lo que es para él. Pasarlo bien. ¿Es que no lo ves? Para él solo eres un poco de emoción, Caymen, algo diferente, hasta que esté listo para sentar la cabeza de verdad.

–Espera, ¿te he dado la impresión de que quiero que me proponga matrimonio? Iba a esperar al menos otras tres semanas antes de pedirle que lo haga.

Ignora completamente mi sarcasmo.

–Se lo está pasando bien. Es emocionante; salir con la chica que vive encima de la casa de muñecas. Una aventura. Pero no quiere nada a largo plazo. Va a romperte el corazón.

–Vaya, no me extraña que mi padre nunca viniera a verme.

–¡Tu padre nunca quiso verte! De eso es de lo que estoy hablando, Caymen. ¿Es que no lo entiendes? Nos abandonó.

Estoy respirando fuerte, y mi pecho sube y baja en movimientos grandes, pero aun así siento como si el oxígeno no me llegara hasta los pulmones.

–Genial. ¿Crees que podría chantajearlo? ¿Aparecer en su trabajo gritando «papá», como Will Ferrell en Elf?

–Caymen, bromear sobre ello no va a ayudar a que ninguna de las dos se sienta mejor.

Siento como si alguien me estuviera apretando el corazón con su puño.

–Elf no es ninguna broma. Esa película es un clásico.

Mi madre suelta un fuerte suspiro.

–Si quieres hablar de cómo te sientes realmente, estoy aquí. No puedo impedirte ver a Xander, pero si confías en mi buen juicio o te importa algo mi opinión, no lo harás.

No quiere saber lo que siento realmente. Tan solo quiere que deje de ver a Xander.

–Tomo nota de tu opinión.

Salgo de la habitación esperando poder volver a respirar pronto.

CAPÍTULO 35

E l sábado espero fuera de la tienda. Mi madre y yo apenas nos hemos mirado la una a la otra en toda la semana y no quiero que utilice esta ocasión como excusa para volver a exponer sus horribles opiniones sobre Xander, así que no quiero darle esa posibilidad. Me muevo incómoda sobre mis tacones, que en realidad son de Skye. No suelo llevar zapatos de tacón, pero hay sacrificios que estoy dispuesta a hacer por Xander, y al parecer puedo añadir «tacones» a una lista cada vez más grande… justo después de «mi relación con mi madre».

Llega con un elegante coche deportivo negro y me muerdo el labio. Cuando le decía que tendría más de un coche, estaba de broma. ¿Por qué tiene que encajar tan bien con algunos estereotipos, y despreciar los otros? Es como si estuviera empeñado en demostrar que mi madre tiene razón en la superficie para que tenga que hacer un esfuerzo de verdad por darse cuenta de que se equivoca. Pero no está haciendo ningún esfuerzo.

Sale del coche, y mi corazón me deja claro que sigue gustándole Xander, y mucho. Está increíble con el traje. Se ha peinado el pelo hacia atrás, lo cual lo hace parecer mayor de lo que es. Su piel tiene un resplandor saludable de su viaje a Florida.

–Te he echado de menos –dice.

–Y yo a ti.

–Estás preciosa.

Aunque el vestido me queda bien, me hace sentir cohibida, pues está ajustado en todos los lugares apropiados. Y el hecho de que lo haya comprado en una tienda de segunda mano no ayuda: los vestidos de esta noche van a ser el doble de bonitos y cien veces más caros.

–Me siento como un fraude.

–¿Por qué? ¿No llevas toda la vida asistiendo a estos eventos?

–Ah, sí, montones de veces.

Le doy un golpe en el brazo.

–Bueno, pues tienes suerte. Mi madre me obliga a ir.

–Hace bien en obligarte. Sería un crimen privar al mundo de verte en traje.

Se tira de la parte inferior de la chaqueta.

–¿Te gusta?

–Sí. Mucho.

Me rodea la cintura con un brazo y me acerca a él, bañándome con un despliegue de aromas, desde la pasta de dientes hasta la loción para después del afeitado. Los tacones hacen que me tambalee un poco, pero me apoyo en él y recupero el equilibrio. Lo abrazo y por un segundo temo que mi madre esté observándonos a través de la ventana, pero su aroma y sus brazos me recuerdan por qué estoy luchando. Por esto. Por él. Me siento bien cuando me abraza. Todas las cosas que mi madre ha dicho sobre él y sobre mí parecen desaparecer entre sus brazos.

Me besa la mejilla.

–Hueles bien.

–Tú también.

Mira por encima de mi hombro, en dirección a la tienda.

–¿Vamos a entrar?

–No… no.

Lo abrazo con más fuerza. Me gustaría poder llevarlo dentro. Me gustaría que mi madre lo conociera, que lo aceptara como había hecho con Mason.

–Vale.

Me conduce hasta el otro lado del coche, abre la puerta del copiloto y me ayuda a entrar.

Una vez que sube él también, pone en marcha el motor y después me dirige una larga mirada.

–¿Qué pasa, cielo?

Xander me toma la mano y la pone sobre su rodilla.

–¿Ese es el nombre cariñoso que vamos a utilizar? ¿Cielo?

Sale de la plaza de aparcamiento y comienza a conducir.

–¿No te gusta?

–Está bien. Aunque nunca he entendido que se llame «cielo» a la gente.

–Entonces, ¿quieres hacer alguna petición?

–Siempre me ha gustado mucho «cariño», sobre todo porque no soy cariñosa, así que me hace reír.

–¿Qué te parece «muñequita»?

–¡Ja! Solo si quieres que me dé un patatús.

–Vale, ¿qué tal «cambiadora de temas»? Ese te pega mucho. –Me aprieta la mano–. Buen intento, pero ¿qué te pasa… muñequita?

Suelto un suspiro.

–Mi madre y yo hemos tenido una pelea enorme.

–¿Por mi culpa?

–Qué arrogante. ¿Siempre piensas que todo tiene que ver contigo?

–¿Por qué fue entonces?

–Por ti.

Sonríe. Me encanta su sonrisa. No quiero hablar de mi madre. Quiero hablar sobre su sonrisa o sobre besarnos. Podríamos hablar sobre besarnos.

–¿Qué es lo que tengo que a tu madre no le gusta?

–En resumen, que eres rico. Si pudieras cambiar esa cosilla, mi vida sería mucho más fácil.

–Me pondré a ello.

–Gracias. Eres muy comprensivo.

–Entonces, ¿quiere a alguien diferente para ti?

–¿Qué quieres decir?

–Alguien diferente a su pasado.

–Claro. Básicamente no quiere que conozca a un tío rico, me deje embarazada y después salga corriendo.

–¿Atribuye eso al dinero?

–Lo sé; es ridículo.

–Entonces, ¿por eso comenzó a vivir encima de una tienda de muñecas?

Pienso en cómo mis abuelos paternos le dieron a mi madre el dinero que utilizó para empezar con la tienda de muñecas.

–Sí, exacto.

–Entonces, espera, ¿has vivido aquí toda tu vida?

–Sí.

–Vaya, sí que es extrema.

¿Qué tiene de extremo vivir encima de una tienda de muñecas?

–En cierto sentido, supongo.

–Yo pensaba que mi madre lo era, pero la tuya se lleva la palma.

* * *

La sala de bailes del hotel es la más bonita que he visto nunca en la vida real: enormes lámparas de araña, suelos de baldosas con patrones dibujados y gruesas cortinas que caen desde el techo. Xander me conduce hasta una mesa en la parte delantera y yo respiro hondo. ¿Cuál era ese consejo cutre que me dio Henry antes de que conociera a Mason? Ah, sí, que fuera yo misma. No estoy muy segura de que eso vaya a funcionar aquí. A lo mejor esta noche podría elegir ser otra persona.

Entonces veo a la señora Dalton, y quiero salir corriendo y esconderme. En cualquier otro momento, en cualquier otra situación, su presencia me habría tranquilizado, pero después de lo que ha dicho mi madre noto la mano muy caliente al tenerla unida a la de Xander, como si estuvieran iluminando con un foco nuestros dedos entrelazados.

La miro durante demasiado tiempo, porque nuestros ojos se cruzan. Me limpio unas gotas de sudor de la frente, y veo que la mujer sonríe y nos saluda con la mano.

–Creo que nos está haciendo señas –dice Xander, y me guiña un ojo tras elegir esas palabras. Quiero bromear yo también, pero estoy demasiado nerviosa.

–Caymen –me saluda la señora Dalton–. No sabía que ibas a venir. Me alegra mucho verte. Estoy encantada de comprobar que Alex ha empleado sus encantos en ti.

–Ha sido muy difícil, abuela. Esta chica se ha hecho de rogar.

Me besa la mano.

–Así son la mayoría de las cosas que merecen la pena.

Quizá son imaginaciones mías, pero eso no suena como la respuesta de una mujer enfadada porque su nieto esté saliendo con una chica pobre.

–Más te vale tratarla bien.

Señala a Xander con el dedo mientras le advierte.

–¿No se supone que eso tendrías que decírselo a ella? Después de todo, yo soy tu nieto.

Se inclina para darle un beso en la mejilla, y le susurra algo que la hace reír.

–¿Qué le has dicho? –pregunto cuando nos marchamos de allí.

–Le he dicho que tú eres perfectamente capaz de pronunciar y de llevar a cabo tus propias amenazas, y que no necesitabas guardaespaldas adicionales.

–Eso es cierto.

–Se supone que tengo que interactuar un poco con la gente antes de sentarnos, pero en lugar de eso voy a bailar contigo y después iremos a buscar nuestra mesa.

–No.

–¿No quieres bailar conmigo?

–No, o sea, claro que sí, quiero bailar contigo, pero no deberías escoger esta noche, la noche especial de tu madre, para ser un mal hijo. Me echará la culpa a mí.

Se ríe.

–No, no lo hará. De hecho, mi madre ha comentado hace no demasiado que últimamente me he vuelto mucho más responsable. Y eso te lo atribuye a ti.

–No me había dado cuenta de que fuera una influencia tan buena sobre ti, teniendo en cuenta que últimamente he sido la reina de la irresponsabilidad.

Según mi propia madre.

–Vamos, están tocando nuestra canción. Escucho durante un momento. Hay una banda de música en la esquina tocando una pieza clásica en directo, y tal como había dicho Lucas no hay ningún vocalista.

–¿Esta es nuestra canción?

–Bueno, es tu banda, ¿recuerdas? Así que, en realidad, cualquier canción que toquen es nuestra.

–Muy cierto.

Llevar tacones hace que tenga la altura perfecta para enterrar la cara en su cuello. Le desabrocho los tres botones del traje de su chaqueta y deslizo las manos en su interior mientras nos balanceamos al ritmo de la música junto a otras parejas.

Xander comienza a inventar una letra ridícula para la canción y me la canta mal al oído.

–Deberías ir a buscar un micrófono. La banda te necesita.

–¿Qué pasa? ¿Prefieres la suave voz de Tic?

–Sí.

Se ríe.

–Yo también.

Una voz de mujer interviene en nuestra charla.

–Hola otra vez, Caymen.

Xander se detiene y se da la vuelta.

–Madre.

La abraza, y a continuación ella me sorprende dándome a mí otro abrazo. Tiene el pelo rubio y bien arreglado. Sus cejas están depiladas a la perfección, y debe de inyectarse algo en la piel para tenerla tan suave.

–Me alegra mucho ver a mi hijo sonriendo tanto. Le sienta bien la sonrisa, ¿no te parece?

–Yo siempre digo que es su arma secreta.

Xander frunce el ceño.

–¿Ah, sí?

–Sobre todo en mi cabeza, pero a veces también a tus espaldas.

Le lanzo una mirada de reojo a la señora Spence. Estoy siendo yo misma, así que espero que mi ironía no le cause rechazo. Tiene una sonrisa en el rostro, de modo que creo que todo va bien.

Xander me acerca a él.

–Ah, bueno, eso explica muchas cosas.

–Tan solo venía a saludar, no puedo quedarme. Alguien tiene que encargarse de este evento. –A continuación, me baja una mano por el hombro–. Tú y yo deberíamos hablar después. Me encantaría conocerte mejor.

Asiento con la cabeza y sonrío, a pesar de que quiero decir que eso me suena a tortura.

Cuando se marcha, Xander me toma la mano y vuelve a acercarme a él, meciéndose con la música.

–Y ahora, no es que espere que vayas a recordar sus nombres, pero déjame que te diga quiénes son los miembros de mi familia.

No solo comienza a nombrar a muchas de las personas de la sala, sino que, además, asigna una pequeña historia ridícula a cada una de ellas.

–Y esa –dice, señalando al otro lado–, es mi prima Scarlett.

–Ah, la de la muñeca. –Inclino la cabeza–. Sí, se parece un montón a ella.

–¿Verdad que sí?

Se ríe, y es casi como si la chica supiera que estábamos hablando de ella, porque no solo mira a Xander, sino que comienza a caminar en nuestra dirección.

–Scarlett. –Ella le tiende la mano con aparente debilidad y a continuación besa el aire junto a su mejilla–. Esta es Caymen.

–Hola. He oído hablar mucho sobre ti.

Le lanzo una mirada de reojo a su primo. ¿Es que habla acerca de mí todo el tiempo? ¿Y cuál es la respuesta apropiada para esa declaración?

–Me parece que Xander necesita salir más, si yo soy el tema de interés.

Scarlett me dirige una sonrisa casi tan amplia como la de su homóloga muñeca, y a continuación le aprieta el bíceps a Xander.

–¿Has visto a quién ha traído tu hermano esta noche?

–No, todavía no hemos llegado hasta allí.

Xander estira el cuello, evidentemente tratando de averiguar quién es la pareja de su hermano.

–No lo hagas si puedes evitarlo. Tiene un enorme complejo de Cenicienta.

Xander se ríe.

–¿De verdad? ¿Lucas?

–No me sorprende, teniendo en cuenta la universidad a la que va –replica la chica, y frunce los labios.

¿Es que Xander no le ha dicho a nadie de su familia que soy más pobre que las ratas? Pero, si lo hubiera hecho, ¿no trataría de disimular lo que ha dicho Scarlett, en lugar de sonar como si estuviera de acuerdo con ella?

–En fin, es un placer conocerte, Caymen, pero Bradley acaba de llegar y tengo que irme.

La observamos mientras se marcha, y espero a que Xander aclare las cosas ahora que ya no está. Tal vez diga que su prima es una pija y una esnob (ya que evidentemente lo es), pero no lo hace. Me ofrece el codo y dice:

–Vamos a sentarnos.

Me conduce directamente hacia Lucas.

–Pensaba que Scarlett decía que deberíamos evitarlos –señalo.

–No podremos evitarlos toda la noche. Tenemos los asientos asignados, y tengo hambre.

–Caymen –me saluda Lucas, que se pone en pie y me rodea con un brazo–. No pensaba que fueras a venir esta noche. ¿Decidiste darle una oportunidad al aburrimiento, después de todo?

–Sí, bueno…

No sé qué decir; sigo sintiéndome aturdida después de lo que acaban de decir Xander y Scarlett.

Hace un gesto hacia una chica que está a su derecha.

–Esta es Leah.

Ella no se pone en pie, pero me sonríe.

–Encantada de conocerte.

Xander aparta una silla para mí y yo me siento, aturdida.

–¿Dónde está Samuel? –pregunta Xander, mirando a su alrededor. En los dos asientos que quedan ahora vacíos hay sendas tarjetas con nombres.

–Está de camino.

Samuel llega menos de cinco minutos después y, al igual que Lucas y Xander cuando se vieron en el aeropuerto, Xander y él se abrazan como si llevaran años sin verse. Lucas se une a ellos. A continuación, Samuel presenta a su acompañante e intercambiamos cumplidos.

–Samuel –dice Xander, poniendo una mano en la parte inferior de mi espalda–. Esta es Caymen Meyers.

–¿La auténtica Caymen Meyers? –Me dirige una enorme sonrisa, y me sorprende lo diferentes que son cada uno de los hermanos. Xander sin duda heredó el aspecto moreno de su padre, mientras que los demás son más rubios, como su

madre–. He oído hablar mucho de ti –añade.

–Lo siento.

Nos sentamos, y Samuel extiende el brazo con la copa vacía y hace un gesto a un camarero, que se acerca para llenársela.

–Entonces, Caymen, ¿estás emparentada con los Meyers de Farmacias SCM?

Comienzo a decir que no, pero Xander se adelanta.

–Sí, son sus abuelos. Están en la lista de invitados de esta noche. –Mira a su alrededor–. Todavía no han llegado, pero en cuanto lo hagan obligaré a Caymen a que me los presente.

–Mi padre siente mucho respeto por tu abuelo –continúa Samuel–. Dice que cualquier hombre que pueda obtener unos beneficios así de unas tiendas de nivel medio debe de ser un genio. A mí me encantaría examinar el cerebro de un hombre de negocios tan inteligente como él.

Me siento demasiado aturdida para pensar. ¿Por eso la familia de Xander ha sido tan agradable conmigo? ¿Ha estado fingiendo que soy rica?

CAPÍTULO 36

–No tengo abuelos.

Lucas y Xander se ríen.

–Dice las cosas con una cara tan seria… –comenta Lucas–. ¿Cómo sabes cuándo está bromeando y cuándo no, Xander?

–Siempre está bromeando.

Samuel sonríe.

–No sabía que los Meyers tenían parientes viviendo por aquí hasta que Xander me lo dijo –explica.

Su hermano asiente con la cabeza.

–Yo tampoco lo sabía, pero la abuela me lo dijo.

Nada de todo esto tiene sentido. La señora Dalton debía de haberse confundido. ¿Por qué pensaba que estaba emparentada con esos tales Meyers tan ricos?

Trago saliva con fuerza y examino las mesas a mi alrededor. A continuación, echo un vistazo hacia la puerta, observando a la gente que entra. En cierto sentido, sí que había bromeado acerca de lo de no tener abuelos. Sí que los tengo, dos pares; es solo que no los conozco. Los padres de mi madre la repudiaron cuando se quedó embarazada de mí, y los de mi padre le pagaron para que mantuviera la boca cerrada. Tengo los abuelos más astutos del mundo. Meyers es el apellido de mi madre, pero es uno bastante común. Mi madre no puede estar emparentada con los Meyers de Farmacias SCM. Es solo una coincidencia. Miro fijamente a la dulce señora Dalton, al otro lado de la habitación, y ella me sonríe.

Todo el mundo en la mesa me está mirando, y me doy cuenta de que alguien debe de haberme hecho una pregunta. Una mano me aprieta la rodilla, y yo doy

un respingo. Bajo la mirada y sigo el camino de la mano hacia arriba hasta llegar al hombro de Xander, y después a sus ojos preocupados.

–¿Te encuentras bien? –pregunta.

–No… sí… Necesito ir al lavabo.

–Está después de esas puertas, a la derecha. –Se pone en pie para señalar, y a continuación me da un beso en la mejilla–. No te escapes por la ventana ni nada parecido. Estamos a punto de llegar a la parte superaburrida; no vas a querer perdértela.

Intento reírme, pero no me sale nada. Estar en el lavabo es un gran alivio, y me encierro en uno de los compartimentos y trato de comprender lo que acaba de suceder. Xander piensa que soy rica. Piensa que vengo de una familia rica. Por eso su padre no tuvo ningún problema conmigo tras descubrir mi nombre, y sus hermanos actúan como si fuera su igual. Se me escapa un sollozo, y utilizo la mano para amortiguarlo.

–Los chicos ricos son estúpidos –digo, obligándome a enfadarme, porque no puedo permitirme sentirme herida ahora mismo. Todavía tengo que llegar a casa con dignidad.

Me dispongo a salir del lavabo, y casi me llevo un portazo en la nariz cuando la puerta se abre con tanta rapidez que apenas soy capaz de apartarme de su camino.

–Lo siento –dice la chica, pasando junto a mí con rapidez. Se dirige hacia el lavabo y comienza a frotar una mancha en su camisa blanca de botones. Cuando me fijo en su falda negra me doy cuenta de que debe de formar parte del personal de servicio. Parece estar al borde de las lágrimas.

–¿Te encuentras bien?

–Acabo de mancharme la camisa de vino tinto, y no creo que vaya a salir. –Frota con más fuerza, y a continuación lleva las manos hasta el dispensador de jabón–. Mi jefe me obligará a irme a casa.

–Espera. No uses jabón. Tengo algo, toma. –Meto la mano en el bolso y saco una botellita de solución de peróxido. En la tienda no se nos manchan demasiado las

muñecas, pero alguna que otra vez algún niño pequeño con las manos pegajosas o alguien bebiendo café hace algún daño. Esta solución es milagrosa. Vierto un poco en su camisa, y después la froto con una toalla de tela de la encimera–. ¿Mira, lo ves? Es como si fuera magia.

La chica la examina, y después me da un abrazo. Tras reparar en que probablemente no debería atacar a los invitados, se aparta de mí con la cara roja.

–Lo siento. Es solo que… Muchísimas gracias.

–Solo es una botella de quitamanchas.

–Bueno, pero lo aprecio mucho.

–De nada.

Baja la mirada hasta su camisa limpia una última vez.

–Será mejor que me vaya.

–Mejor.

Se marcha, y yo me apoyo en la pared de azulejos. Su «crisis» me ha distraído durante un momento, pero no ha borrado lo que me espera al otro lado de la puerta.

Tengo que salir de aquí. No puedo mirar a Xander cuando le diga la verdad. Salgo a la sala de baile y casi derribo a una mujer en el pasillo que lleva un sujetapapeles en las manos y unos auriculares.

Comienzo a rodearla, pero entonces me detengo.

–¿Es usted quien ha organizado el evento?

Sonríe como si estuviera evidentemente entrenada para encargarse de los invitados, pero veo las señales obvias del estrés detrás de sus ojos. Probablemente pensará que tengo alguna queja.

–Sí, ¿puedo ayudarla?

–Xander Spence ha dicho que mis abuelos están aquí, pero no los encuentro.

¿Podría decirme a qué mesa se sientan? Meyers.

Señalo el sujetapapeles, como si ella no supiera ya dónde está la disposición de los asientos.

–Por supuesto. –Pasa las páginas, recorre una de ellas con el dedo, y a continuación dice–: Ah, aquí están. Mesa treinta. La conduciré hasta allí.

–Gracias.

Me siento como si estuviera caminando bajo el agua. Mis piernas se mueven a cámara lenta, y la cabeza me palpita a causa de la presión. Una vez dentro, retrocedo hacia la pared más cercana y la mujer me sigue.

–Están justo ahí. Es la que lleva la blusa color turquesa. ¿La ve?

Sigo la línea de su dedo en dirección a la mujer de turquesa.

–Sí, allí está. Gracias.

–No hay de qué.

La organizadora del evento se aleja con rapidez, probablemente en respuesta a la vocecilla que he oído gritándole al oído.

Los dos están dándome la espalda, pero la mujer de turquesa lleva el pelo oscuro hasta los hombros, y el del hombre que hay junto a su lado es de un plateado distinguido. Me quedo en el borde de la habitación y camino lentamente por ahí, esperando el momento de verles las caras. Finalmente lo hago. Espero a que me golpee un reconocimiento instantáneo, alguna sensación, pero no sucede nada. Una pequeña cantidad de peso desaparece de mis hombros.

La mujer levanta la mirada y nuestros ojos se cruzan. En su cara aparece una expresión que añade el peso de antes y otras dos toneladas más: reconocimiento. Su boca forma la palabra «Susan», y puedo verlo claramente desde el extremo de la habitación donde me encuentro. La cara me arde al ver el nombre de mi madre en sus labios.

La señora Dalton no estaba confundida. Estos Meyers son mis abuelos.

La mujer le agarra el antebrazo a su marido, y él la mira, confuso. No espero a ver qué pasa a continuación. Me giro sobre mis talones para ir directamente hacia la puerta, pero entonces choco contra el pecho de Xander.

–Aquí estás. Acaban de llegar los aperitivos a la mesa. Hay caviar y galletitas con alguna clase de ensalada griega. ¿Te gusta el caviar?

–No lo sé. Nunca lo he probado.

Entonces recuerdo lo que ha dicho antes sobre mi madre siendo extrema y el tema de vivir encima de una tienda de muñecas. Piensa que mi madre lo ha hecho a propósito; para mostrarme cómo vive la otra mitad. Y ahora me estoy dando cuenta de que en cierto modo es así. Mi madre creció siendo rica; por eso sabe mucho más de lo que debería de las cosas de la gente rica. Mi madre…

Me ha mentido. Mi vida es una mentira. No: su vida es una mentira. La mía es la verdad. Estamos arruinadas. Estamos sobreviviendo sin apenas aire. Un poco más de oxígeno consumido podría ser la ruina de nuestra tienda.

–¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? –pregunta Xander.

Debo de estar lanzando rayos mortales por los ojos, porque estoy muy enfadada.

–Solo te gustaba porque pensabas que… –Ni siquiera puedo terminar la frase. Estoy demasiado enfadada; y no solo con él, sino con todo. Con mi madre, con la situación, con los abuelos que ni siquiera conozco–. Tengo que irme.

Mi giro con rapidez, a tiempo de ver otra cara familiar. Una que no quiero ver. Robert. Verle la cara hace que desee haberle tirado el refresco encima la última vez.

Xander me sujeta por el codo.

–Espera. Háblame.

–Creo que no recuerdo tu nombre –dice Robert.

–Nunca te lo he dicho –gruño.

–¿Dónde está tu novio esta noche? Mason, ¿verdad? Canta muy bien.

La mano de Xander en mi codo se tensa.

–Robert, ahora no es un buen momento.

–La vi en un concierto la semana pasada. No sabía que ella y Mason estaban juntos.

–No lo estamos –replico.

–¿Qué quieres decir?

Xander me quita la mano del brazo.

–Estaban tocándose mucho.

–Eso no es verdad. –Con el rabillo del ojo veo que mi abuela está a punto de alcanzarnos–. Tengo que irme.

–Caymen.

Los ojos de Xander parecen heridos, pero yo también me siento herida. Demasiado herida para pensar. Demasiado herida para defenderme de ese idiota que tiene por amigo. Tan solo necesito marcharme.

Y eso es lo que hago.

CAPÍTULO 37

T engo sentimientos contradictorios luchando por mi atención mientras entro en la tienda. Uno es la extrema cantidad de furia que siento hacia mi madre por haberme mentido durante toda mi vida acerca de todo. El otro sentimiento es un dolor intenso en el corazón que me hace querer correr hasta los brazos de mi madre y decirle que tenía razón con lo de los chicos ricos y que necesito que me ayude a liberarme de ese dolor.

Se encuentra sentada como una estatua detrás de la caja registradora, como si hubiera estado esperándome. Las luces están apagadas, y solo quedan algunos estantes iluminados. La expresión de su rostro parece tan carente de vida como la de las muñecas que la rodean.

–Lo siento –dice–. He sido injusta.

–Estaban allí esta noche –grazno. Todavía me duele la garganta.

–¿Quiénes?

–Tus padres.

El aturdimiento, seguido por la devastación, hace que se le arrugue el rostro, y entonces apoya la cabeza en el mostrador que tiene enfrente. Estoy demasiado ocupada sintiendo lástima por mí misma como para sentirme mal por ella. Paso junto a mi madre, subo la escalera y entro en mi habitación, asegurándome de cerrar la puerta con firmeza.

He visto muchas muñecas rotas en mi vida. Algunas tenían daños tan pequeños como la falta de algún dedo, pero otras tenían miembros dislocados, o cráneos agrietados. Nada de eso tiene comparación con lo destrozada que me siento ahora mismo. Es culpa mía. Siempre he sabido que Xander era parte de una especie totalmente diferente. ¿Por qué me he permitido pensar que yo podía ser parte de ello?

Me cambio de ropa para ponerme un chándal, me aovillo en la cama y

finalmente dejo que las lágrimas que han estado acumulándose dentro de mi cabeza salgan en forma de fuertes sollozos.

Golpean suavemente en la puerta, pero hago caso omiso. Eso no le impide entrar. ¿Por qué debería hacerlo? Es evidente que no tiene ningún respeto en absoluto por mis sentimientos. Vuelvo a tratar de contener las lágrimas, e intento controlar mi respiración. Mi madre se sienta en la cama detrás de mí.

–En realidad no hay una buena explicación sobre por qué te oculté la identidad de mis padres. Supongo que tal vez una pequeña parte de mí pensaba que querrías una vida como la de ellos. Que yo no podría darte suficiente, y que irías a buscarlos para conseguir lo que pensabas que te faltaba.

Si me hubiera dejado sola, podría haberlo contenido, pero el fuego en mi garganta está listo para salir.

–¿Por qué te marchaste? –Me incorporo para sentarme–. ¿Qué es lo que hicieron?

–Caymen, no. Es verdad que me echaron. Me repudiaron. Siempre he sido honesta sobre ese asunto. Pero lo siento, de verdad que lo siento. Podría haber sido más abierta. Estaba muy enfadada y herida con mis padres, y era demasiado orgullosa. No les di la oportunidad de arreglar las cosas, incluso aunque hubieran querido. Simplemente desaparecí.

–Y me hiciste sentir fatal por mantener en secreto a Xander. Me hiciste sentir como si no tuviera ningún valor. Como si la señora Dalton y su familia me odiaran.

–Lo siento mucho.

–¿La señora Dalton sabe quién eres? No lo entiendo.

–Conoce mi historia, pero no pensaba que conociera a mis padres. Debe de haber estado guardándome el secreto todo este tiempo.

–No sé si podré volver a confiar en ti alguna vez. Estoy enfadada.

–Lo entiendo. Espero que puedas hacerlo, pero lo entiendo.

–Y Xander. No es perfecto, pero ha sido bueno conmigo y me ha tratado bien, y tú ni siquiera querías darle una oportunidad. Él no es mi padre, y yo no soy tú. No voy a quedarme embarazada y salir huyendo.

Asiente con la cabeza.

–Lo sé.

Se lleva la mano al estómago y toma aliento bruscamente.

–¿Qué pasa?

–Nada, estoy bien. Tan solo necesito…

Se pone en pie, pero se tambalea un poco y después apoya una mano en la pared para estabilizarse.

Yo también me levanto.

–No tienes muy buen aspecto.

–Debería irme a la cama.

Avanza tambaleándose y se sujeta en el respaldo de la silla de mi escritorio.

–Mamá. Algo va mal.

Vuelve a llevarse la mano al estómago y se apresura a salir de mi habitación.

La sigo directamente hasta el cuarto de baño, donde apenas llega a tiempo para vomitar en el lavabo. Este se queda de un rojo brillante.

–¡Mamá! ¿Eso es sangre? –Se limpia la boca con la mano y se mancha la muñeca de sangre. A continuación, tose–. ¿Te ha pasado antes? –Niega con la cabeza–. Vale, nos vamos al hospital.

* * *

Recorro el pasillo de un lado a otro, esperando a que el doctor me diga lo que está pasando. Llevo dos horas aquí. Cuando finalmente sale, estoy a punto de derrumbarme. Él mira a su alrededor, y me pregunto a qué estará esperando.

–¿Solo estás tú? –pregunta.

–¿Cómo que solo yo?

No entiendo la pregunta.

–¿No hay nadie más aquí contigo?

–Ah. No. Solo yo. –Me siento mal. Tal vez debería haber llamado a Matthew. Debería estar aquí; tiene derecho a saberlo. Me prometo buscar su número y llamarlo tan pronto como termine de hablar con el doctor–. Por favor, ¿está bien mi madre?

–Está mejor. Le hemos hecho algunas pruebas, tratando de descartar ciertas cosas. Le hemos dado algo para ayudarla a dormir.

–Y, eh… –No sé cómo decirlo–. ¿Está bien el bebé?

–¿El bebé? –Abre mucho los ojos y mira su portapapeles–. ¿Te ha dicho que está embarazada?

–No. Tan solo pensaba que era una posibilidad.

–Pues no lo está. Pero le haremos algunas pruebas más para verificarlo.

Me siento avergonzada por el pequeño alivio que siento. Sin embargo, la vergüenza no dura demasiado, porque con esa posibilidad descartada casi por completo me doy cuenta de que eso significa que le pasa algo más grave. La preocupación que me invade no deja ningún espacio a la vergüenza.

–¿Está enferma? –pregunto con voz estrangulada.

–Sí, y estamos tratando de averiguar cuál es la causa. Hemos descartado algunas cosas graves, así que eso es bueno. –Me da unas palmaditas en el hombro, como si al hacer eso sus palabras fueran a hacerme sentir mejor–. Pronto sabremos algo.

–¿Puedo verla?

–Está dormida, y necesita seguir así por el momento. Te prometo que te llamaré en cuanto muestre señales de despertarse. –Hace una pausa y vuelve a mirar a nuestro alrededor–. De verdad que no deberías estar sola ahora mismo.

Pero estoy sola. Mi madre es todo lo que tengo.

–No tengo teléfono móvil.

–Entonces, ¿a qué número te gustaría que te avisara?

Ha habido momentos en mi vida en que me ha molestado no tener teléfono móvil, como cualquier otro adolescente que conozco. Pero ahora que solo quiero sentarme en la sala de espera y quedarme dormida en el anticuado sofá, es la única vez que me siento como si fuera a morirme por no tenerlo. Tal vez debería ir a casa de Skye. Pero ¿y si Skye no se encuentra allí? Además, su casa está diez minutos más lejos que la tienda. Estar diez minutos más lejos del hospital no es una opción. Le doy el número de la tienda y me marcho.

Voy allí de inmediato y después subo al piso superior, donde me siento expectante junto al teléfono. Esto no va a funcionar; necesito mantener mi cerebro ocupado. Siempre hay algo que hacer en la planta de abajo. Toda mi vida viviendo en una tienda de muñecas y nunca había limpiado los estantes a la una de la madrugada, pero para cuando llego al escaparate delantero, una pared entera de estantes está reluciente, y yo estoy sudando. Comienzo con otra pared. Cuando voy por la mitad del segundo estante, encuentro una placa sin muñeca. El nombre es Carrie. Busco en los estantes, pero no encuentro la muñeca. Mi madre debe de haberla vendido hoy, y habrá olvidado poner la placa con su nombre en el cajón para hacer el siguiente pedido.

Sin embargo, no tenemos que encargar otra Carrie, porque es muy popular: sé que hay al menos dos de repuesto. Es una bebé durmiendo, una recién nacida, con una expresión pacífica en la cara. Todo el mundo la adora. Hasta yo pienso que es muy mona; lo cual es un pequeño milagro, teniendo en cuenta que casi todas las muñecas me dan muy mal rollo.

Voy a la parte de atrás. Hay tres cajas con el nombre «Carrie» escrito en un extremo, lado a lado en el segundo estante. Este es lo bastante bajo como para alcanzarlo sin ayuda, así que bajo una de las cajas. Me doy cuenta de inmediato

de que está vacía por su peso, pero escarbo en su interior de todos modos, confirmando mi sospecha. Bajo la siguiente caja. Vacía. Bajo todas las cajas, sin importar el nombre que haya en ellas. Enseguida el suelo está lleno de bolitas de porexpan, pero no hay ni una sola muñeca.

Ahora sé cuánto tiempo se tarda en bajar una pared entera de cajas y buscar en su interior: cuarenta y cinco minutos. Me desplomo en el suelo y pongo la frente sobre las rodillas. Siempre he pensado que yo llevaba muchas de las cargas de mi madre, que hacía más de lo que debería en la tienda, que mantenía el lugar en marcha, pero es obvio que ella las llevaba sola. ¿Por qué mi madre alejó a todo el mundo?

Yo estoy haciendo lo mismo.

Bajo el teléfono inalámbrico y marco.

Suena cuatro veces.

–¿Hola? –responde la voz soñolienta.

–Te necesito.

CAPÍTULO 38

C uando Skye entra en el almacén, suelta un jadeo.

–¿Qué ha pasado?

–Lo he dejado todo hecho un desastre.

Ella se sienta en el sofá y da una palmada a su lado. Me arrastro hacia Skye y apoyo la cabeza sobre su regazo. Ella juega con mi pelo, trenzando y destrenzando un mechón.

–Soy una persona horrible. Pensaba que prefería morir a que mi madre volviera estar embarazada, y ahora me siento como si me estuviera muriendo.

–Cuéntame.

–Mi madre está enferma. Está en el hospital, pero no me dejaban quedarme.

–¿Eso es que no está embarazada?

–No.

–Y entonces, ¿qué hay de Matthew?

–No lo sé. A lo mejor simplemente están saliendo. Debería llamarlo, ¿no? –Me duele la cabeza–. No tengo su número.

–No te preocupes. Tu madre se pondrá bien. Ella misma llamará a Matthew mañana. –Asiento con la cabeza, y Skye me pasa la mano por el pelo unas cuantas veces–. Y bueno… ¿dónde está Xander? ¿Ha salido para traerte comida o algo así?

Cierro los ojos con fuerza, pues no quiero pensar en la otra parte horrible de la noche.

–Lo de Xander se ha acabado para siempre.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Pensaba que éramos ricas, Skye. Es la única razón por la que le gustaba.

Ella tose y ajusta su posición en el sofá.

–Eh… no te ofendas, pero él ha estado aquí, ¿verdad? ¿Por qué iba a pensar que erais ricas?

–Porque conoce a mis abuelos. A los padres de mi madre. Y al parecer son de las personas más ricas de California.

–¿Qué?

–Estaban esta noche en el evento benéfico.

–Vaya. Eso es una locura.

Me impulso para sentarme.

–Sí que es una locura, ¿verdad? Debería estar enfadada al respecto. Con mi madre. Y con Xander.

–¿Estás enfadada con Xander porque tus abuelos son ricos?

–No. Porque esa es la única razón por la que le gustaba.

–¿Eso es lo que te dijo?

–Bueno, no, pero… –Me paso las manos por la cara–. Pero ¿cómo vamos a saberlo con certeza ninguno de los dos? Incluso aunque me asegure que habría seguido saliendo conmigo de todos modos, nunca lo sabremos, porque él no lo sabía y ahora no podemos demostrar nada.

Skye me toma la mano con la suya.

–No todo hay que demostrarlo. A lo mejor deberías confiar en él y ya está.

–¿Y qué hay de mi madre? ¿También debería confiar en ella? Porque ha estado

mintiéndome toda mi vida, y estoy enfadada. Y me siento culpable por estar enfadada, porque está enferma.

Vuelvo a tumbarme en el sofá y me quedo mirando el techo.

–Lo entiendo; yo también estaría enfadada. Pero ¿no crees que se merecen saber que está enferma?

–¿Quiénes?

–Sus padres.

Asiento con la cabeza, pues sé que tiene razón.

–¿Podrías llamar mañana a Xander y conseguirme la información de contacto de mis abuelos?

–¿No quieres hablar con él?

Me presiono los ojos con las palmas.

–No. Y, por favor, no le digas lo que le pasa a mi madre. Lo último que necesito es que sienta lástima por mí y venga a verme por eso.

–Sí, por supuesto que te conseguiré la información sobre ellos. –Baja hasta el suelo y apoya la cabeza en el sofá, cerca de la mía–. ¿Por qué no intentas dormir? Yo me encargaré de vigilar el teléfono.

–No puedo dormir.

–¿Quieres que le diga a Henry que venga? Podría tocar la guitarra. Así te distraerías un rato.

–Son las tres y media de la madrugada. ¿No crees que estará dormido?

Mira su teléfono móvil para confirmar la hora.

–Seguro que no. Es como un búho.

–Yo creo que los búhos se acuestan a las dos. En todo caso, debe de ser un búho nocturno.

–¿Por qué crees que los búhos se acuestan a las dos?

–No lo sé. Normalmente eso es lo máximo que aguanto levantada, así que seguro que ellos también.

Se ríe y comienza a teclear un mensaje.

–Si responde, es que está despierto, y si no, es que está dormido.

–Vaya, ese sí que es un método científico de determinar si alguien está dormido o despierto.

Me da un golpecito juguetón en la cabeza.

–Me alegra que no hayas perdido el sarcasmo.

* * *

En algún momento de las primeras horas de la mañana decido que Henry es un buen tío, y me alegra que Skye supiera ver más allá de su nariz puntiaguda. Me quedo dormida mientras toca la guitarra.

Cuando abro los ojos, veo a Skye al teléfono, al otro lado de la habitación. En un segundo paso de estar medio dormida a totalmente consciente; salto del sofá y casi piso a Henry, que está durmiendo en el suelo. Skye me ve y agita una mano en mi dirección, negando con la cabeza. Forma con la boca el nombre de Xander y yo me doy la vuelta de inmediato y me siento en el sofá. Espero que no tenga muchos problemas para conseguir la información de mis abuelos, y así él podrá perderme de vista por completo.

–No –dice Skye–. Está dormida.

Por cierto, ¿qué hora es? Bajo el brazo y giro el reloj en la muñeca de Henry para verlo. Son las diez y media de la mañana. Vaya. He tenido al menos cinco horas de sueño. Entonces, ¿por qué sigo sintiéndome como si alguien me hubiera golpeado la cara con un bate? ¿Y por qué Skye no ha colgado el teléfono

todavía? ¿Cuánto tiempo se tarda en escribir un número de teléfono y una dirección?

–Xander, por favor –oigo que dice.

Es demasiado agradable; a estas alturas yo ya habría conseguido el número. Tal vez debería llamar al hospital mientras espero. Busco el teléfono, pero entonces me doy cuenta de que Skye está utilizándolo. ¿Por qué no habrá empleado su móvil? ¿Y si los del hospital están tratando de llamar en estos momentos? Mi furia hacia Xander está regresando con todas sus fuerzas.

–No –dice Skye, con un suspiro que suena demasiado dulce. Estoy a punto de ponerme en pie para quitarle el teléfono, cuando dice–: Gracias. –A continuación, escribe algo en el papel que está sujetando–. Sí. Por supuesto, se lo diré.

Cuelga el teléfono.

–¿Que me dirás qué?

–Que quería hablar contigo.

–Está bien saberlo. Yo no quería hablar con él.

–Lo sé. –Me entrega el teléfono y después se agacha junto a Henry y le pasa una mano por la mejilla–. Henry. Despierta.

Yo le pego una patada en la pierna, y él despierta sobresaltado.

–A veces hay que usar un poco más de fuerza, Skye.

Ella pone los ojos en blanco, pero sonríe. Puede que necesite usar más fuerza, pero no la cambiaría por nada del mundo.

* * *

Una hora más tarde me encuentro en la recepción del hospital, esperando a que

alguien me ayude. No ha llamado nadie, pero después de que Skye tuviera que marcharse a trabajar y yo llamara a los padres de mi madre para ponerlos al día, no podía quedarme más tiempo esperando. Finalmente, la recepcionista cuelga el teléfono.

–Está en la habitación trescientos cinco. Toma el ascensor hasta el tercer piso y alguien te indicará dónde está el ala desde allí, ¿vale?

–Gracias.

Me siento ansiosa. Tan solo quiero ver a mi madre: si la veo, sé que me sentiré mejor. La mayoría de mi furia se ha convertido en preocupación, pero la furia sigue merodeando por allí, y quiero que se vaya. En cuanto estoy en su habitación y le veo la cara, pálida pero pacífica, suelto un suspiro de alivio. Acerco una silla a su cama y me obligo a tomarle la mano.

–Hola, mamá –susurro, pero ella no se mueve.

No sé cuánto tiempo permanezco allí sosteniéndole la mano (¿una hora?, ¿dos?), pero al final el doctor entra y me hace un gesto para que salga al pasillo.

–Siento no haber dejado que la vieras anoche, pero la teníamos abajo y es mucho más difícil tener visitas en esas habitaciones, porque son compartidas. Pero más tarde la subimos aquí.

–¿Qué es lo que le pasa?

–Todavía estamos esperando los resultados de algunas pruebas. ¿Tu madre ha estado muy cansada últimamente?

–Sí.

Asiente con la cabeza, como si lo sospechara.

–Tengo una corazonada de lo que está pasando, pero lo que vamos a hacer es meterle una cámara en el estómago para echar un vistazo. La ecografía no me ha enseñado gran cosa, y me gustaría ver más de cerca.

–Vale. ¿Es peligroso?

–No. Es un procedimiento muy común con un riesgo mínimo, que con un poco de suerte nos dará algunas respuestas definitivas.

–¿Ella lo sabe?

–Todavía no se ha despertado. –Debo de poner cara de asustada, porque añade–: Eso no es motivo de alarma. Le hemos dado algo para ayudarla a dormir, y los efectos deberían pasársele pronto. Después hablaremos con ella, y tú podrás hablar con ella, y si acepta, haremos el procedimiento a primera hora de la mañana.

–¿Puedo quedarme aquí?

–Por supuesto. Como he dicho, ahora que tiene una habitación privada, eres libre de quedarte. Incluso puedes dormir en la habitación si quieres.

–Sí. Gracias.

Mientras me preparo para volver a entrar en la habitación, veo a mis abuelos doblando la esquina. ¿Por qué no está mi madre despierta para ocuparse de esto? Estas personas son desconocidas para mí. Me froto los brazos y hago un pequeño gesto con la mano.

–Caymen, ¿verdad? –dice la mujer… ¿La señora Meyers? ¿La abuela?

–Sí. Hola, soy Caymen.

Ella se cubre la boca durante un momento mientras toma un poco de aire.

–Te pareces mucho a tu madre a tu edad. –Me toca la mejilla–. Aunque tienes los ojos de tu padre. Eres guapísima.

Cambio el peso de un pie al otro.

El hombre le gruñe entre dientes y después me tiende la mano.

–Hola, yo soy el desconocido número uno y esta es la desconocida número dos. ¿Te sientes incómoda ya?

Le dirijo una media sonrisa.

–Lo único que va a hacerla sentir incómoda es tu retorcido sentido del humor, Sean. Está bromeando, cariño.

–Lo sé. –¿Puede ser genético el sentido del humor? Señalo hacia la puerta–. Todavía no ha despertado, pero podéis verla si queréis.

La mujer respira hondo varias veces, y después toma varias bocanadas de aire rápidas.

–¿Debería buscarte un tanque de oxígeno, Vivian, o vas a estar bien? Seguro que hay alguno de sobra por aquí.

Ella le da un golpe en el pecho.

–Tan solo dame un momento. Llevo diecisiete años sin ver a mi hija y ahora voy a verla en la cama de un hospital. Necesito hacerme a la idea.

–El doctor cree saber lo que le pasa, y ha dicho que se va a poner…

Estoy a punto de decir «bien», pero entonces me doy cuenta de que no ha dicho eso. A lo mejor no va a ponerse bien.

–Caymen –dice Sean–. ¿Podrías decirme dónde está ese doctor? Tengo unas cuantas preguntas para él.

–Claro. Mira, es ese de ahí, el que está hablando con la enfermera.

–Gracias. Vosotras dos, entrad sin mí. Iré a verla enseguida.

Se marcha, y Vivian permanece junto a la puerta respirando de esa forma tan extraña.

–Deberías entrar sola –le digo–. Yo me quedaré aquí fuera esperando.

Asiente con la cabeza, pero no se mueve. Le sostengo la puerta y eso la pone en movimiento. ¿Se enfadará mi madre si se despierta y ve a la suya sentada junto a ella? Tal como se derrumbó en la tienda de muñecas cuando le conté lo de sus padres anoche, tengo la sensación de que lleva mucho tiempo esperando esto.

Mi mirada recorre el pasillo hasta el lugar donde se encuentra Sean, hablando

con el doctor. Me alegra tener a alguien a mi lado para ocuparse de las cosas importantes. Si Sean es tan inteligente como lo describían Xander y sus hermanos, entonces sé que puede hacerse cargo de la situación.

Mis abuelos son ricos. Qué extraño.

Enseguida Sean vuelve a estar a mi lado.

–¿Cuánto tiempo crees que necesitará para superar diecisiete años de problemas? –pregunta, consultando su reloj de muñeca–. ¿Crees que diez minutos serán suficientes?

Sonrío.

–Mi madre está dormida, así que eso probablemente servirá para ahorrar tiempo.

Él toma aire entre dientes.

–No, a Vivian se le da muy bien discutir consigo misma. –Se gira hacia mí–. Seguramente necesitarán más tiempo. ¿Has comido ya?

–¿No quieres verla? Hace diecisiete años que no la ves.

–Y también hace diecisiete años que no te veo a ti.

Me arden los ojos y se me emborrona la visión, pero consigo pestañear para contener las lágrimas.

–Tengo que recuperar el tiempo perdido, ¿verdad? ¿Será suficiente con diez minutos?

–Yo estaba pensando en cinco, pero ya veremos cómo se te da.

Sonríe.

–Ah, así que después de todo sí que eres mi nieta.

CAPÍTULO 39

P aso el resto del día observando a mi madre ir desde la pura felicidad a la furia, a las lágrimas, y después otra vez a la felicidad. Es como un ciclo completo, y al doctor no le gusta. Por la tarde nos echa a todos, a pesar de que había dicho que yo podía pasar la noche allí. Sin embargo, mi madre no se niega, así que imagino que probablemente necesita descansar.

–Pues ha ido bien –dice Sean en el pasillo.

Vivian le lanza una mirada.

–Caymen, nosotros vivimos a unas horas de aquí. ¿Crees que podríamos quedarnos contigo mientras tu madre se recupera?

–Podemos buscar una habitación de hotel si es demasiado problema –añade Sean con rapidez.

–Nuestra casa es muy pequeña… no sé si estaréis muy cómodos allí. Seguro que estáis acostumbrados a cosas más grandes.

Sean levanta las manos.

–Piensa que somos unos consentidos, Viv. No podemos permitirlo.

–Calla –replica Vivian–. Estaremos bien en cualquier caso, cariño. ¿Qué preferirías tú?

Yo preferiría que se quedaran en un hotel, pero eso suena muy maleducado, y tal vez esté bien tener un poco de compañía.

–Podéis quedaros conmigo, no pasa nada.

Mientras caminamos hacia el aparcamiento, Sean se aclara la garganta.

–Conque Xander Spence, ¿eh? Es demasiado guapo para mi gusto, pero es de

buena familia.

–Tu gusto no es lo que importa, gracias a Dios –interviene Vivian–. Parece muy buen chico.

–No estamos juntos.

–Ah. Lo habíamos supuesto por lo de anoche.

–Pasaron algunas cosas. Da igual.

Entonces, ¿esto es lo que pasa cuando tienes abuelos? ¿Más gente que te da consejos sobre citas?

Vivian me rodea con un brazo.

–No quería decírtelo, pero también es demasiado guapo para mí, cariño.

Mi faceta de defender a Xander a toda costa salta automáticamente.

–En cuanto lo conoces, es… –Me detengo. Ya no necesito seguir defendiendo a Xander.

Vivian me da un apretón en el hombro.

–Han sido veinticuatro horas muy largas, ¿verdad?

–Sí.

* * *

Me doy cuenta de que creen que el apartamento es pequeño; sobre todo cuando Sean abre la puerta del armario del pasillo pensando que conduce a otra parte de la casa y tiene que detenerse en seco.

–Es espacio suficiente para las dos, y ya sabéis que tenemos toda la tienda del piso de abajo, así que si nos sentimos demasiado apretadas aquí, siempre

tenemos espacio para ponernos cómodas.

Todavía no la conozco lo suficiente, pero me da la impresión de que Vivian se siente culpable por nuestro modo de vida. Sin embargo, lo que he dicho iba en serio: claro que nuestra casa es pequeña, sobre todo en comparación con lo que otros tienen, pero mientras crecía nunca me sentí privada de nada. Siempre fui feliz. Parece que solo recientemente he comenzado a ver todo lo que no tengo.

Vivian insiste en ir a comprar, y vuelve a casa con más comida de la que podríamos comer en un mes. Se pone en marcha buscando un sitio para todo lo que ha comprado. Entonces comienzan las preguntas que tanto me temía.

–Así que estás en el último curso, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

–¿Y qué vas a estudiar el curso que viene? –pregunta Sean con tono inocente mientras lee la etiqueta de una lata de maíz que ha comprado Vivian. Es evidente que está tratando de evitar el contacto visual, porque, ¿qué más puede haber en una lata de maíz aparte de maíz? ¿Sabe de algún modo que este tema es delicado para mí?

–No estoy… –Quiero decir que no estoy segura, pero no puedo. Y no es porque me avergüence admitirlo, ni porque necesite ayudar en la tienda. Después de haber descubierto todas las cajas vacías en la parte de atrás, me doy cuenta de que en realidad no he servido de gran ayuda. Mi madre tiene que averiguar qué es lo que necesita la tienda, y que yo me quede revoloteando por ahí no va a ayudar. Necesito avanzar–. Voy a estudiar Ciencias. Todavía no sé dónde.

–¿Qué vas a hacer con la carrera en Ciencias? ¿Te interesa la medicina?

–No, creo que prefiero la criminología. Pero todavía no lo sé seguro.

–Es un gran campo para trabajar después; podrías ir en muchas direcciones desde allí. En realidad, las opciones son ilimitadas.

Asiento con la cabeza.

–Sí, lo son.

Suena el teléfono y lo descuelgo con rapidez, pensando que podría ser mi madre o el doctor, pero es otro hombre.

–¿Está Susan?

–No, no está. ¿Quiere dejar algún mensaje?

–¿Puedes decirle que ha llamado Matthew?

–Matthew. No. O sea, sí que puedo, pero está en el hospital.

Suelta una risa burlona que me pilla con la guardia baja.

–¿Esa es su excusa esta vez?

–¿Qué?

–Mira, dile a tu madre que si paga las facturas dejaré de llamarla.

–¿Es usted un recaudador?

Sean me mira.

–Dile que me llame –continúa Matthew.

Sean me hace un gesto para que le entregue el teléfono, así que se lo doy. Sale por la puerta y la cierra tras él. Es agradable tener apoyo.

CAPÍTULO 40

M i madre me agarra la mano con fuerza.

–El doctor ha dicho que es solo un procedimiento estándar, mamá. No hace falta que te pongas nerviosa.

–Pero no has sido sarcástica conmigo en toda la mañana. Piensas que es algo serio.

Me río.

–Estoy demasiado cansada para ser sarcástica y, además, tu padre me está haciendo sentir muy poco original.

Sonríe.

–¿Te caen bien?

–Sí.

Es lo único que puedo decir. Ahora no es el momento de volver al tema de que no debería haberme mentido durante toda mi vida. Mis abuelos no son ni por asomo los monstruos que ella había pintado, y apenas he sido capaz de conseguir que no se desbordara la furia.

–Lo sé –dice, como si me estuviera leyendo la mente–. Te los robé. Tomé esa decisión por mí, pero no tenía ningún derecho a tomarla por ti. Lo siento mucho.

Le aprieto la mano.

–Recuperaremos el tiempo perdido cuando te encuentres mejor, así que deja de hacerte la enferma de una vez. Si querías que tus padres volvieran, podrías haber hecho algo menos dramático.

Sonríe.

–Así que no voy a morirme.

–Te quiero, mamá.

–Yo también te quiero, hija.

Sean y Vivian ya han hablado con mi madre, así que tomo el ascensor hasta el piso de abajo para unirme a ellos en la sala de espera. Cuando doblo la esquina veo que no están solos. Reconozco de inmediato la espalda de Xander, al menos por su postura extremadamente buena. Si Vivian no me hubiera mirado al entrar, podría haberme marchado sin que él me viera, pero la mirada de mi abuela hace que se gire. El corazón me late con fuerza en el pecho. Retrocedo de todos modos, camino hasta la parte delantera del hospital y salgo a la fría mañana. Los árboles sin hojas que están dispuestos en una hilera en el aparcamiento parecen negros contra el cielo blanco.

–Caymen –me llama Xander–. Espera, por favor.

Me detengo en una zona de césped amarillento y lo miro.

–¿Qué?

–Casi había olvidado lo inseguro que puede volver tu mirada a alguien. –Espero a que me explique por qué se encuentra aquí–. Vale. Supongo que debería hablar. –Respira hondo–. Aquí estoy, enfrentándome al fracaso. Aquí estoy, jugándomelo todo, a pesar de que sé que podría perder. Y estoy aterrorizado.

Trago saliva con fuerza, luchando contra el instinto de consolarlo.

–Pero, como tú dijiste, todo lo que vale la pena tener hace que merezca la pena arriesgarse. –Mira al césped y después otra vez hacia mí, casi como si se hubiera preparado un discurso y este fuera el comienzo–. Lo siento mucho. Aquella noche, la noche del evento benéfico… fui un estúpido. No sabía que no conocías a tus abuelos. Y cuando Robert dijo que…

–¿Robert? –El recuerdo de Robert aquella noche me golpea la mente con una sacudida. Con todas las cosas que habían sucedido, me había olvidado de él–. Yo no… Mason y yo nunca hemos estado juntos.

–Lo sé. Me lo explicó Skye. Pero me pilló desprevenido, y pensé que era por eso

por lo que te marchabas. Porque te sentías culpable. Pero Robert es un imbécil. No sé por qué lo creí, ni siquiera un segundo. Debí haber salido corriendo detrás de ti para asegurarme de que estabas bien. De que estábamos bien.

Es cierto. Robert es un imbécil.

Baja la mirada hacia las manos, y después se pasa los dedos por el pelo, con aspecto de estar lo menos sereno que lo he visto nunca.

–Entiendo que te impresionara ver a unos abuelos que nunca habías visto, pero ¿por qué no me has devuelto ninguna de mis llamadas?

–Estabas saliendo conmigo porque pensabas que era rica.

–¿Qué?

–Y puedes negarlo todo lo que quieras, pero nunca sabremos si es cierto o no. Porque no puedes dejar de saberlo.

–Descubrí lo de tus abuelos hace menos de un mes. Me lo dijo mi abuela, pero al principio no lo sabía.

–No puedes dejar de saberlo –vuelvo a decir.

–Pero…

Arruga la nariz, y después mira al cielo, frustrado.

–Pero ¿qué?

–No me odies por decir esto, pero… está claro que tú no eres rica. He visto cómo vives, y cuando descubrí lo de tus abuelos pensé que a lo mejor tu madre querría asegurarse de que vieras cómo vivía la otra mitad, o algo por el estilo, para darte perspectiva. Pero cuando me di cuenta de que ni siquiera conocías a tus abuelos, cuando descubrí que los viste por primera vez en el evento benéfico, entonces supe que no tenías dinero. Caymen. Eres pobre. Y todavía me gustas. Mucho.

Suelto una risa, y él sonríe. Por la forma que tiene de acercarse a mí, me doy cuenta de que ya está preparado para dejar este asunto atrás. Pero yo todavía no lo estoy; todavía tengo preguntas.

–Pero tu prima… Se puso a hablar del complejo de Cenicienta, y tú no dijiste ni una palabra.

–Mi prima es una niñata consentida, y he aprendido que lo mejor es no discutir con ella. Pero tienes razón; hice muchas cosas mal aquella noche. Debería haber defendido a la acompañante de mi hermano. Y a ti. Debería haberle pegado a Robert un puñetazo tan fuerte que no volviera a querer pronunciar mi nombre, y mucho menos a utilizarlo para entrar en ningún sitio. No debería haber dejado que te marcharas. Debería haberte llevado a casa. Debería haber mandado a la mierda el evento benéfico.

–No, que se ensucia.

De pronto se detiene y se queda muy quieto. Me siento confusa. Estaba segura de que iba a llegar a alguna clase de conclusión a la que realmente quiero que llegue. Algo que me haga decir: «No pasa nada. El amor lo conquista todo». Pero en lugar de eso me ofrece su sonrisa mordiéndose el labio inferior, y prácticamente salgo corriendo hasta sus brazos. Por primera vez desde que hui de él la otra noche, siento que mi corazón está completo.

–¿Por qué estás sonriendo como si hubieras ganado?

–Porque acabas de ser sarcástica conmigo. Has dicho «No, que se ensucia». Eres sarcástica cuando estás de buen humor, y si estás de buen humor, entonces es que no debes de estar terriblemente enfadada conmigo.

–Mi madre y tú pensáis que tenéis bien controlados los patrones de mi sarcasmo, ¿verdad?

–Sí.

–Soy sarcástica a todas horas, Xander, esté o no de buen humor, así que no hace falta que dibujes un diagrama ni nada parecido.

Suelta una risa ligera.

–¿Sabes cuánto te he echado de menos?

Cierro los ojos y respiro hondo. Ahí está; la frase que me hace querer perdonarlo.

–¿Cómo sabías que estaba aquí? ¿Cómo descubriste lo de mi madre?

Contengo el aliento. La respuesta a la pregunta me parece muy importante: ¿decidió venir a buscarme antes o después de saber lo de mi madre? Necesito de verdad que la respuesta sea «antes».

–Bueno, ayer llamé a la tienda de muñecas, pero Skye no me dejó hablar contigo…

–Pensaba que Skye te había llamado a ti –lo interrumpo.

–No, te llamé yo a ti, pero fue Skye quien respondió, y lo único que le interesaba era la información sobre tus abuelos. Le supliqué que me dejara hablar contigo, pero no quiso. Así que fui a la tienda de muñecas, pero estaba cerrada. Me puse nervioso; nunca había visto la tienda de muñecas cerrada durante el día. Fui a la tienda de antigüedades para buscar a Skye y averiguar qué estaba pasando. Ella no estaba, pero la dueña, que creo que podría estar un poco loca, por cierto…

–Nosotras utilizamos la palabra «excéntrica», pero cualquiera de las dos sirve.

–Me contó lo de tu madre. Me dijo que no estaba segura de en qué hospital se encontraba, así que empecé en el general y después vine a este. –Da un paso hacia delante y vuelve a utilizar el arma secreta de su sonrisa–. ¿Podemos abrazarnos ya? –pregunta.

Pero no espera a que responda, sino que me acerca a él. Yo no se lo impido, y le rodeo la cintura con los brazos. Unas lágrimas silenciosas descienden por mi rostro mientras me relajo contra él. Lo necesitaba.

–Te quiero –susurro.

–¿Qué has dicho? No te he oído.

–No te pases.

–Yo también te quiero –dice, y pone la mejilla contra la mía–. Muchísimo.

CAPÍTULO 41

È l se aparta primero, aunque tengo agarrado un trozo de la parte trasera de su camiseta, y lo aferro con fuerza.

–¿Cómo se encuentra tu madre? ¿Está embarazada, entonces?

–No.

–Eso es bueno… ¿verdad?

–No. Fui una egoísta. Un bebé habría sido una buena noticia, pero esto es horrible. Están tratando de averiguar qué es lo que le pasa.

Xander me pone un mechón de pelo por detrás de la oreja y me quita una lágrima de la mejilla con el pulgar. Intenta retroceder de nuevo, pero he agarrado otro trozo de su camiseta. Él se ríe y se rinde, rodeándome otra vez con los brazos.

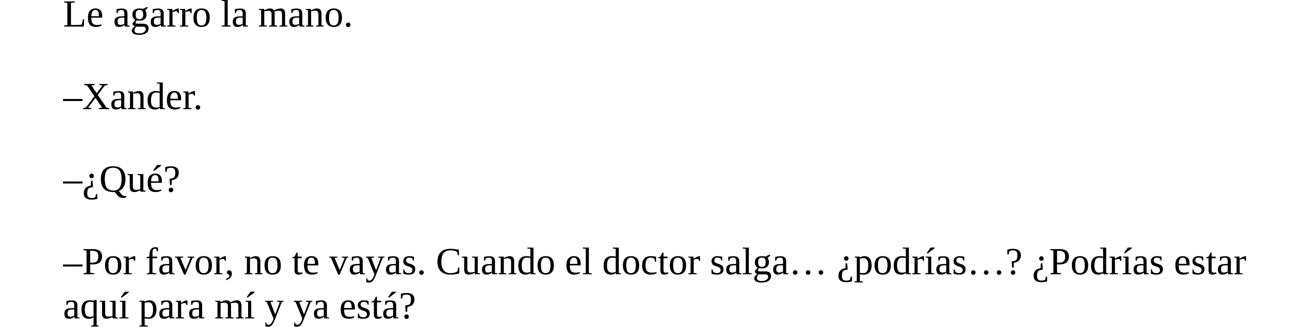
–Lo arreglaremos. Mi padre conoce a algunos de los mejores doctores del mundo, y…

Entonces me separo de él y doy un paso hacia atrás.

–No. No estás aquí para resolver este problema. Lo último que necesito es que tus padres piensen que he comenzado a salir contigo porque mi madre está enferma y quería tu ayuda. Sean y Vivian tienen las cosas bajo control, y todo va a salir bien.

Aunque pronuncio las palabras, no estoy segura de creérmelas.

–Entonces, ¿qué puedo hacer? ¿Tus abuelos tienen algún lugar donde quedarse? Porque básicamente estoy en el negocio de dar alojamiento a la gente durante un par de noches… –Sonrío–. ¿Tenéis hambre? ¿Cuándo fue la última vez que comisteis? Tal vez podría traer comida para todos…



Le agarro la mano.

–Xander.

–¿Qué?

–Por favor, no te vayas. Cuando el doctor salga… ¿podrías…? ¿Podrías estar aquí para mí y ya está?

–Pues claro.

Me aprieta la mano y volvemos a entrar en el hospital, juntos.

Sean levanta una ceja cuando nos ve, probablemente pensando: «¿No habíamos quedado en que este chico era demasiado guapo?».

–¿Todavía no ha bajado el doctor? –pregunto.

–No.

–Este es Xander, por cierto –añado mientras levanto ligeramente su mano con la mía–. Estos son los Meyers… aunque supongo que ya os conocisteis en el evento benéfico.

La mirada de Sean va alternativamente de Xander a mí, y parece como si estuviera conteniéndose para no dar alguna clase de regañina de abuelo. Me pregunto si será difícil para él guardarse una opinión. Quizás haya aprendido una o dos cosas sobre los adolescentes en los últimos veinte años. Es evidente que no tenía ni idea cuando mi madre vivía con él.

–Xander, acabamos de conocerla, así que cuida muy bien de ella –dice Vivian finalmente.

–Por supuesto, señora.

–Caymen –dice mi abuelo, tomando la mano de Vivian con la suya–. Voy a darle de comer a mi mujer. ¿Necesitas algo?

–No, estoy bien.

Encuentro una silla en una esquina, y Xander se sienta junto a mí. En un

televisor colgado de la pared están dando las noticas, pero el volumen es demasiado bajo como para que ninguno las oiga.

Sean y Vivian salen de allí juntos, y yo los observo. ¿Cómo es posible que un día estuviéramos mi madre y yo solas, y al siguiente tenga a tres personas que se preocupan tanto por mí?

Una sacudida de miedo me atraviesa. ¿Será esto algún plan de Dios, se estará asegurando de que no me quede sola cuando le pase algo a mi madre? Miro al techo. «Sigo queriendo a mi madre –digo en mi cabeza–. Por favor, no me la quites.»

–¿Caymen? –Xander me toma la mano–. ¿Te encuentras bien?

–Tan solo estoy asustada.

–Lo sé. Yo también.

Estira las piernas y apoya la cabeza contra la pared. A continuación, lleva mi mano hasta sus labios y la deja ahí.

Apoyo la cabeza sobre su hombro.

–Vale, descartado lo de ser detectives, aunque debo decir que a ti se te da mucho mejor la observación que a mí.

–Solo la observación forzada.

Recorro una vena de su antebrazo con el dedo.

–¿Y qué hay de la producción musical? Henry te amaría eternamente.

Sonríe.

–Sería divertido, pero hace falta dinero para producir música. Aunque mi opinión es completamente de principiante, creo que los Sapos Crujientes son muy buenos, así que les irá bien… Pero ¿podemos hablar del logo? ¿Quién ha diseñado esa cosa?

–De verdad, es malísimo. Pero a lo mejor es tan malo que es hasta bueno.

Aprieta los labios.

–No lo sé.

–Vale, pues nada de producir música. Eso nos conduce de vuelta al tema de la comida. Te encanta.

–Pues sí.

–¿Te enfadarías si te digo una cosa?

–¿Por qué tendría que enfadarme?

–Porque a lo mejor no quieres oírlo.

Suelta un suspiro.

–Vale. Dímelo.

–Creo que tu padre podría tener razón sobre ti. Creo que eres una persona con muchos talentos, y alguien que puede encargarse de muchos problemas al mismo tiempo. Además, tienes este encanto silencioso… Tal vez el hotel sea tu futuro. Encaja bien contigo.

Contengo el aliento, esperando a que se ponga a la defensiva, a que me diga que no lo conozco tan bien como él me conoce a mí.

Levanta los hombros y después los baja.

–Tienes razón; no quería oír eso.

–Lo siento.

–Pero quizá tengas razón. Pienso más en el hotel de lo que debería una persona que no se preocupa por él.

–Caymen.

Giro la cabeza de golpe hacia la nueva voz que hay en la sala, y me pongo en pie de inmediato al ver que se trata del doctor.

–¿Sí? ¿Cómo se encuentra?

–Las cosas han ido bien. El problema era lo que sospechaba: tiene úlceras sangrantes en el estómago.

–¿Qué significa eso? Suena serio.

–Lo es, pero es bueno que lo hayamos descubierto. Es una enfermedad que se puede tratar, pero va a costarle algún tiempo recuperarse de ella. Tiempo en un ambiente libre de estrés.

–Claro. –Tal vez necesitara un tiempo lejos de la tienda de muñecas. Tomo aliento–. ¿Puedo verla?

–Sí. Ha preguntado por ti al despertar.

El doctor se gira, y yo comienzo a seguirlo. Miro hacia atrás al ver que Xander no me sigue.

–Te esperaré aquí –dice–. Yo informaré a tus abuelos cuando vengan.

–No. Ven conmigo, por favor. Mi madre querrá verte.

Le había contado lo que pasó entre Xander y yo en el evento benéfico, y ella parecía mucho más triste de lo que debería una persona a quien no le cayera bien Xander. En ese momento no había nada que pudiera decir para consolarla, pero ahora que estamos juntos espero que eso la haga feliz.

–Caymen, estaré bien.

Camino hacia atrás, le tomo la mano y lo arrastro conmigo.

–No se trata de ti.

Se ríe.

* * *

Entro en la habitación sola, y dejo a Xander esperando en el pasillo. Mi madre extiende la mano hacia mí y yo me siento junto a su cama.

–Supongo que soy una bola de estrés.

–Tú no; solo tu estómago.

–Lo siento.

–No lo sientas. Me gustaría que hubieras confiado más en mí. Que me hubieras dejado ayudarte más.

Suelta una risa poco alegre.

–¿Más? Caymen, ya has hecho más de lo que tenía derecho a pedirte.

Miro fijamente la vía intravenosa de su brazo. Está rodeada de moratones púrpura.

–La tienda está…

–¿En un buen lío? Sí, lo sé.

–Estoy trabajando en opciones alternativas… quizás una tienda online sea la forma de seguir. Pero, Caymen, esta es mi responsabilidad, no la tuya. Pensaba que acabaría dejándotela en algún momento, pero no te apasiona, ¿verdad?

Me río, y después apoyo la cabeza en la cama, junto a ella.

–Solo lo intentaba con tantas ganas porque sabía lo importante que era para ti.

Me da una palmadita en la cabeza.

–Eres una hija increíble. Haces muchas cosas solo por mí, ¿verdad?

–Eso es lo que hace la familia.

–Caymen, si quieres conocerlo, tienes todo el derecho a hacerlo.

La miro a los ojos.

–¿Qué? ¿A quién?

–A tu padre. La decisión es tuya. No vas a hacerme daño.

Asiento con la cabeza. Todavía no estoy segura de lo que quiero hacer con mi padre, pero me siento bien al tener elección.

–Y entonces, si la tienda de muñecas no es tu sueño… ¿cuál es?

–Ir a la universidad. Estudiar Ciencias.

–Perfecto.

–Xander está aquí. En el pasillo.

–Sabía que volvería. ¿Cómo podría nadie permanecer alejado de ti mucho tiempo? Dile que entre; le debo una disculpa.

Sonrío. El firme agarre de mi madre sobre mi mano me ayuda a recordar lo fuerte que es. Le devuelvo el apretón, y después salgo al pasillo.

–¿Se encuentra bien?

Abrazo a Xander y entierro la cara en su cuello.

–¿Cómo puedo sentirme tan completamente feliz cuando mi madre está en el hospital y la tienda de muñecas está en un lío?

–Porque sabes que todo va a salir bien. Esto es como la calma de después de la tormenta. Todo se ha asentado, y aunque ha habido destrucción a su paso, sabes que lo peor ya ha terminado.

–Bonita analogía.

–Gracias.

–¿Estás preparado para la charla de después de la tormenta con mi madre?

–Por alguna razón, no me siento tan confiado como la primera vez que hablé con ella.

–Estarás bien. Les caes bien a todas las madres, ¿recuerdas?

Dobla las rodillas, me rodea la cintura con los brazos y se pone en pie, levantándome del suelo de modo que las puntas de mis pies rocen las baldosas.

–Mientras su hija me quiera, puedo enfrentarme a cualquier cosa.

–¿También al «redrum»? Porque después de esto vamos a ir a tu casa para ver El resplandor.

–Ahora que mi futuro son los hoteles, ¿de verdad es una buena idea?

Puedo sentir su sonrisa contra mi mejilla.

–No te preocupes, puedes taparte los ojos si quieres. No voy a reírme de ti… Al menos, no demasiado.

AGRADECIMIENTOS

Nunca pensé que podría escribir literatura contemporánea. Siempre me ha encantado leerla; devoro novelas contemporáneas tanto como me trago las galletas con pepitas de chocolate de mi madre (por si acaso esa sonrisa no lo ha dejado claro, son las mejores del mundo, y hay que comer como mínimo tres de una sentada junto a dos cucharadas de masa cruda. Sí, después me encuentro mal; y no, no puedo evitarlo. Así que es una comparación bastante acertada). Pero nunca me atreví a escribirla. O al menos nunca me atreví a mostrarle a nadie mis intentos de escribirla. Así que quiero dar las gracias a mis amigas Candice Kennington, Jenn Johansson, Natalie Whipple y Renee Collins por decirme que la literatura contemporánea es «lo mío». Ellas me animaron, me ayudaron a superar mis inseguridades y me animaron para llegar a la línea de meta. Os quiero, chicas.

No estaría escribiendo en absoluto de no ser por mi marido, Jared, que me apoya en todo lo que hago. Y, ¿debería decirle al mundo que este es su libro favorito de los míos? Creo que le da vergüenza porque es, bueno… un hombre. Y piensa que el hecho de que le guste este libro lo hace sonar ligeramente menos masculino. Pero el hecho de que le encante este libro me hace quererlo todavía más. También tengo los mejores hijos del mundo: Hannah, Autumn, Abby y Donavan. Me hacen reír todos los días, y reír es lo que más me gusta.

Por supuesto, tengo que dar las gracias a mi agente, Michelle Wolfson, por su apoyo y sus increíbles habilidades. Me siento afortunada por considerar a mi agente no solo la mejor en su trabajo, sino también una gran amiga. Y hablando de ser los mejores en sus trabajos, adoro a mi editora, Sarah Landis. Es muy lista, y me hace parecer mucho más lista de lo que yo soy. También me gustaría dar las gracias a MaryAnn Zissimos y Alice Jerman por toda su ayuda. Y junto a estas señoritas, tengo la suerte de contar con un equipo increíble en HarperTeen. Muchísimas gracias por todo lo que hacéis.

Me gustaría dar las gracias a todos los lectores de Pivot Point. Vuestros correos electrónicos y reseñas me hacen sonreír todos los días. Aprecio de verdad tanto apoyo. También quisiera dar las gracias a los Thirteeners por ayudarme a superar

el último año. Sois increíbles, chicas, y vuestros libros también.

Y hablando de lectores, tengo algunos a los que dar las gracias. Son lectores que me han ayudado a través de las diferentes etapas de mi viaje; desde los lectores iniciales que se enfrentaron a mis primeros manuscritos iniciales, hasta los más tardíos que me ayudaron a revisar: Stephanie Ryan, Heather Garza, Rachel DeWoody, Rachel Braithwaite, Melissa Braithwaite, Sara Raasch, Michelle Davidson-Argyle, Misti Hamel, Julie Nelson, Nicki Broby, Jenny Weech, Linda Cassidy-Lewis, Tricia Sutton, Ed Defranco, David Shireman, Jessica Lester, Gayle Taylor, Brianne Seamons, Elizabeth Minnick, Heather Hague, Brooke Shepard y Candace Mecham (lo siento si me he saltado a alguno; seguro que sí).

Los profesores son increíbles, y yo he tenido algunos de los mejores. Quiero dar las gracias especialmente a Gayle Taylor y Jana Rigby, mis profesoras de Inglés, que vieron algo especial en mí y siempre me animaron a salir de mi zona de confort tanto leyendo como escribiendo.

Por último, me siento muy afortunada por tener una familia increíble que ha sido un apoyo enorme para mí. Mi madre es el mejor ejemplo para mí de lo que es una mujer fuerte. Mis hermanos, Jared y Spencer; y mis hermanas, Heather y Stephanie siempre me han apoyado. Gracias, chicos. Y algunas de mis personas favoritas del mundo son mi familia política. Estoy muy contenta por haber entrado al casarme en una familia tan genial. Uf, esto es un montón de gente guay. Soy una chica con suerte.

Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales: